



118065)

DR

7043

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

LOS T.M

SALONES

CÉLEBRES

POR

SOFÍA GAY

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16.

Tel. 360.

SALONES CELEBRES

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO IV

Escrita por ARENAL (Doña Concepción), BARRANTES, CAMPOAMOR, CÁNOVAS, CASTELAR, ECHEGARAY, GALDÓS, MENÉNDEZ Y PELAYO, PARDO BAZÁN (Doña Emilia), PALACIO VALDÉS, PÍ Y MARGALL, THEBUSSEM, VALERA y ZORRILLA. La parte extranjera estará redactada por BOURGET, CANTÚ, COPPÉE, CHERBULIEZ, DAUDET, DOSTOYUSKY, GLADSTONE, GONCOURT, RICHPIN, TOLSTOY, TURGUENEF y ZOLA.

Precios de suscripción, pagando adelantado:

En España, seis meses, *17 pesetas*; un año, *30 pesetas*.—
En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *40 francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven á partir de los meses de Enero y Julio de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, p^{al}.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

LOS
SALONES
CELEBRES

POR

SOFÍA GAY

— ~~LIBRO~~ — Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Sorla

7043

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16.

~~~~~  
*Es propiedad. — Queda  
hecho el depósito que marca  
la ley.*  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL. — Impr. de la Comp. de Imp. y Libr.
S. Bernardo, 92.—Teléfono núm. 3.074.

EL SALÓN

DE LA

EMPERATRIZ JOSEFINA

Estábamos en Agosto de 1804. El Emperador acababa de ir á Boulogne, donde se construían dos mil barcazas con el propósito de desembarcar su ejército en las costas de Inglaterra. Durante ese tiempo, la emperatriz Josefina tenía que ir á los baños de Aquisgrán. Las gentes que en los menores pasos de los soberanos

buscan una causa oculta, y á quienes la aparente ó real nunca les parece sino un pretexto, decíanse al oído que, apenas formada la corte imperial, venía á ensayar las solemnidades y la etiqueta junto á los vestustos paredones del palacio de Carlomagno y á probarse la corona de Francia bajo las góticas naves de aquella catedral donde se hacían coronar los emperadores de Alemania, y cuyo tesoro encierra aún el tahalí y la espada del más grande de nuestros reyes.

Al tener noticia de tal viaje, las autoridades, grandes y pequeñas, encamináronse á toda prisa á sus puestos respectivos, unas para recibir y escoltar á la princesa, otras para arengarla.

Cuando viajaba la Emperatriz, todo quedaba previsto y convenido

de antemano; llevaba escrita su lección, dictada por el Emperador; todo iba señalado, hasta la más mínima respuesta á los alcaldes y prefectos parlanchines encargados de cumplimentarla. En elogio de Josefina, debe decirse que nunca eran más graciosas y oportunas sus contestaciones como cuando se le olvidaban los lugares comunes prescritos y tenía que improvisar sus respuestas dando las gracias.

Nada sirve mejor para dar idea del carácter de esta amable criolla francesa, que lo dicho por el mismo Napoleón en el paralelo que hace entre ella y María Luisa.

«He estado muy ocupado—dice—en mi vida por dos mujeres muy diferentes: la una era todo arte y gracias, la otra inocencia y candor

natural; y ambas tenían grandes méritos.

»La primera no tenía en ningún momento de su vida posiciones ó actitudes que no fuesen agradables ó seductoras; hubiera sido imposible sorprenderla ó experimentar nunca ninguna inconveniencia; todo lo que el arte puede imaginar en favor de los atractivos era imaginado por ella, pero con tal misterio, que nunca se advertía nada en ella. La otra, por el contrario, ni siquiera sospechaba que con inocentes artificios pudiera ganarse nada. Aquélla se apartaba siempre de la verdad, su primer impulso era la negativa; ésta ignoraba el disimulo y todo rodeo érala extraño. La primera jamás pedía nada á su marido, pero tenía deudas en todas partes; la segunda no vacilaba en pe-

dir cuando nada tenía ya, lo cual era muy raro. No hubiese creído poder tomar nada sin pagarlo en seguida. Por lo demás, ambas eran buenas, dulces, muy afectas á su marido; siempre las he encontrado del humor más igual y de una complacencia absoluta (1). »

General fué la alegría en el departamento de Roër cuando se supo que la Emperatriz iba á visitarlo. En cuanto lo supe, abandoné París, á pesar de hallarme bastante delicada de salud, para reunirme con mi marido en Aquisgrán y ayudarle á hacer los honores de su casa á todas las personas distinguidas á quienes llevaba ya á la ciudad la próxima estancia de la Emperatriz.

(1) *Memorial de Santa Elena*, tomo III, página 240.

Los verdaderos enfermos, esos á quienes incomodan el movimiento y el ruido, cedieron sus habitaciones á los enfermos ambiciosos que, so pretexto de tomar las aguas, iban á atisbar las plazas vacantes aún en la casa imperial.

Eran un buen asunto para observaciones todos aquellos tejemanejes para conseguir obtener lo que se aparentaba desdeñar, así como las burlas picantes y las críticas notables de las personas no acogidas por aquella corte, una negativa de la cual haciales tratarla de parodia burlesca.

Por aquella época no había en Francia buenos caminos sino aquellos por donde tenía que pasar el Emperador; y como la guerra nunca le había llevado al departamento de Roër, no puede figurarse el de-

plorable estado en que se hallaba la carretera de Lieja á Aquisgrán. Era una serie de precipicios, donde por lo común cada viajero se dejaba algunos restos del carruaje; por mi parte, habiendo destrozado ya dos en aquel maldito camino, nunca viajaba por él sino á caballo. Pero á la emperatriz Josefina no se la podía proponer esta manera de eludir los peligros del camino, y el municipio se decidió á implorar al ministro del Interior y al director de Obras públicas para obtener esa reparación urgente. Por toda respuesta, el director dió orden de tapar de cualquier modo con arena los enormes hoyos en que se hundían las ruedas; por último, de arreglar aquello provisionalmente, de modo que quedase á salvo la vida del séquito de la Emperatriz, á re-

serva de ver de nuevo en peligro la de todos los que vinieran después de su paso.

Esto pareció una injuria de la dirección de Obras públicas contra los habitantes de Aquisgrán; he aquí cómo se vengaron de ella. Habiendo sabido el momento en que había de pasar por aquel camino dicho funcionario para ir á ofrecer sus respetos á la Emperatriz, hicieron sacar bonitamente la arena con que se habían llenado las roderas y las excavaciones profundas. El director volcó como un simple particular y hasta con mayores riesgos, en atención á su extremada obesidad y á aquella confianza ministerial que no permite á la *Providencia de las carreteras* de un país creerse en peligro dentro de su Imperio.

Toda la seriedad del círculo de la Emperatriz no pudo contenerse ante el relato de los infortunios de que M. Crété había sido víctima durante el trayecto de Lieja á Aquisgrán; porque varias personas estaban en el secreto de la chocante petición indirecta, cuya manera, desusada hasta entonces, había de tener el satisfactorio éxito negado á las más elocuentes súplicas.

Hallando conveniente el Emperador que al comienzo de un reinado tuviera alojamiento propio la Emperatriz, había hecho comprar, por cuatro veces su valor, la casa de uno de los más ricos propietarios de Aquisgrán, lo primero de todo por lograr la simpatía de los habitantes haciéndoles creer que aquella adquisición era una garantía del proyecto de la Emperatriz

de ir el siguiente año á tomar las aguas, y además porque presumía que ella y su corte estarían allí cómodamente instaladas. Pero la casa de M. J***, pequeña y fea, distaba mucho de convenir á tales huéspedes, y nada pinta mejor la sumisión de Josefina á las órdenes de su regio esposo como el haberse resignado á permanecer en aquella barraca hasta el momento en que llegó la autorización para aceptar la oferta de M. Méchin, quien habíase apresurado á poner el palacio de la prefectura á disposición de Su Majestad.

Allí se pusieron los primeros cimientos de aquella corte imperial que bien pronto había de ser la más brillante de Europa; allí fué donde la Emperatriz, ayudada por los recuerdos de la vizcondesa de

Beauharnais, intentaba cada día el restablecimiento de alguna costumbre disipada por la Revolución, ó la vuelta á esas fórmulas respetuosas sacrificadas por los modales republicanos.

No faltaba buena voluntad para su aceptación, pues por ávido de homenajes que sea el poder, aún tiene más prisa el vulgo en rendírseles; pero el oficio de cortesano no se aprende en un día, y antes de poseer el buen tono y la gracia de él, tiénense por largo tiempo no más que sus defectos. Se trataba de irse acostumbrando mutuamente, los unos al aire protector y á la actitud digna, los otros á la postura humilde y á la sonrisa adulatora; este código, olvidado ó no conocido por la mayoría de aquellos que debían imponerlo ó soportarlo, aca-

baba de ensayarse, como los venenos de Cleopatra, en algunos domésticos.

Así pueden llamarse los primeros que se prosternaron allí donde sólo se les pedía que se inclinaran; por desgracia, los más devotos eran quienes cometían más faltas contra la etiqueta. Apenas comenzaba á tomarse por lo serio uno de esos deberes pueriles evocados del siglo de Luis XIV, cuando la torpeza de los nuevos cortesanos ávidos de cumplirlos excitaba á risa á los mismos soberanos.

La bajeza progresaba por sí sola, pero tardaba más en venir la noble cortesía; y, sin embargo, Josefina presentaba el más perfecto modelo de ella. Su naturaleza graciosa, sus maneras distinguidas, las tradiciones de la corte cuyo recuerdo con-

servaba, podían hacerla exigente; pero en este punto era inagotable su indulgencia, por lo cual amonestábanla á menudo la señora de Larochefoucauld y el señor de Harville, su dama de honor y su caballero mayor respectivamente. Entonces respondía ella:

—Esta etiqueta es buena para los poderes nacidos en el trono y habituados á las molestias que impone; en cuanto á mí, que he tenido la suerte de vivir tantos años como simple particular, dispensadme que perdone á los que de ello se acuerdan tanto como yo misma.

En cuanto quedó instalada la Emperatriz en el palacio de la prefectura, hubo en él gran recepción de los principales funcionarios y habitantes de la ciudad, así como de los extranjeros de nota que en aquel

momento se encontraban en los baños de Aquisgrán. En este círculo es donde volví á ver por vez primera desde su elevación á aquella simpática mujer á quien había hallado con frecuencia en sociedad, y particularmente en casa de nuestra común amiga la señora de Cabarrús (1).

Conservaba sobre todo el recuerdo de una comida en que estuvimos juntas en casa de la hermosa señora de Fonfrède, pocos días después de que Bonaparte fuese nombrado general en jefe del ejército de Italia.

Era la hora de sentarse á la mesa; la señora de Bonaparte insistió en que no se aguardara á su marido; esto pareció sencillísimo... Pasamos al comedor, y el sitio que quedaba

(1) Princesa de Chimay, más adelante.

en una punta de la mesa, reservósele al futuro vencedor de Italia.

Llegó pronto, sentóse tranquilamente en el sitio vacío; y viendo que no le habían esperado, tampoco se creyó en la obligación de dar ninguna excusa.

—¡Ah! Ya está aquí—dijo la señora de Bonaparte al dueño de la casa.

Entonces éste dirigió un ligero saludo con la mano al joven general. La señora de Tallien le sonrió con su gracia habitual, y ya nadie se ocupó de él.

El marqués de Livry, junto á quien yo me encontraba, fué el único que le hizo caso; verdad es que su manía de observar haciale ocuparse de todo el mundo, y le había llevado á reconocer la edad de cada uno de un modo desastroso para los

ó las que hacen misterio de ella. Marrando pocos meses, decía la edad de personas á quienes nunca había visto, y desafiaba á todos los milagros de conservación; la misma señora V***, cuyo hermoso rostro apenas denunciaba la mitad de sus años, había sido *acotada* por él en la cifra exacta; entreteníase en esta ciencia por un estudio diario del registro civil y profundas investigaciones acerca de las partidas de bautismo, tratando de añadir también el conocimiento de las aventuras galantes y hasta escandalosas de las mujeres que llaman la atención. Ese talento le producía más enemigos que sus defectos, y eso que pasaba por ser jugador, algo libertino y de una malicia despiadada. La majestuosa belleza de la señora de Cambis, la de la señora

de Château-Regnaud, las facciones encantadoras y los vivos ojos de la señora de Noailles (1); en fin, hasta la irresistible seducción de la señora de Tallien, que también estaba en aquel banquete, nada halló gracia ante la delatora imparcialidad de M. de Livry: la edad de estas señoras, sus preferencias más secretas, todo fué denunciado.

Por fortuna, podían arrostrar impunemente sus indiscreciones; el hecho es que sólo tachaba en ellas el fraude de uno ó dos años. Pues bien; mientras que lo detestaban, recibíanle á las mil maravillas, haciéndose la ilusión de comprar su silencio redoblando los mimos.

Por aquella época era yo muy jóven para tener nada que temer

(1) La señorita Lecouteux.

de su manía; así, pues, me habló con toda confianza.

—Este joven—dijo señalando á Bonaparte—está, sin embargo, enamorado de esa mujer que le lleva seis años, lo cual, en estilo criollo, equivale lo menos á doce, porque en nuestras colonias las mujeres son viejas á los treinta y cuatro años.

—No me extraña que esté enamorado—respondí mirando á la señora de Bonaparte.—Aún es muy agradable.

—¡Ah! Lo mejor que tiene—continuó, sonriéndose—es su ascendiente sobre el ánimo de Barras; dícese que ella se ha valido de eso con mucha astucia para conseguir un buen mando á su marido. Por lo demás, el cielo debe á esa pobre mujer algunas compensaciones con-

yugales, porque su primer marido la hizo muy desgraciada; ligero é inconstante como hombre á la moda, tenía además el inconveniente de ser uno de esos celosos disimulados, que afectan dejar mucha libertad á sus mujeres y las dan en secreto unas escenas espantosas. A fuerza de sospechar de su mujer, el vizconde de Beauharnais acabó por entablar demanda de divorcio contra ella; pero los tribunales le obligaron á guardársela por falta de pruebas. Entonces, no pudiendo separarse, tomaron el partido de reconciliarse francamente, y la infortunada no hizo sino cambiar de desventura. Habiendo detenido los terroristas á su marido, en virtud de una acusación falsa, dió ella tantos pasos para hacerle evadirse de la prisión, que la encerraron

también; y después de haber deplorado tanto tiempo la dulzura de verse asociada á la existencia de un hombre infiel y celoso, ha llorado su muerte como si nunca hubiera tenido él la más mínima sinrazón contra ella. Eso son las mujeres: sólo aman y echan de menos á los que las tiranizan.

—Eso no tiene nada de tranquilizador para su nuevo marido, porque parece estarla muy rendido.

—Con esa frente y ese perfil no se está rendido á nadie —replicó M. de Livry, señalando á Bonaparte.—He estudiado á Lavater, y, de creerlo, este mocito no debe de ser fácil de manejar.

La penetración de M. de Livry no fué imitada por ninguna de las personas que estaban allí, pues apenas hicieron caso de Bonaparte. Sin em-

bargo, acababa de ser nombrado general en jefe del ejército de Italia; pero aquel ejército, falto de todo y amenazado por todas las fuerzas de las potencias coaligadas, ofrecía pocas probabilidades de buen éxito, y hasta afirmaría yo que ninguna de ellas previó sus triunfos.

Al levantarse de la mesa, pasamos á un salón lleno de flores; la señora de Bonaparte se sintió mal, y achacóse á los junquillos, jacintos y heliotropos que aromatizaban la sala; pero la señora de Tallien, inclinándose hacia mí, me dió á entender que aquella indisposición era efecto natural del estado interesante de su amiga. Aún creo ver la sonrisa agradable que al escuchar esta confidencia iluminó de pronto el sombrío rostro de Bonaparte. La cosa era prematura, pues hacía poco

tiempo que se había vuelto á casar Josefina , pero la hermosa señora de Tallien , ávida siempre de ser agradable á sus amigos , gustaba de presagiarles aquello que más apetecieran.

En cuanto volvió de su desfallecimiento la señora de Bonaparte, éste nos abandonó para irse al Directorio ; habló en voz baja algunos momentos con su mujer , la estrechó la mano , hizo como que no oía el ¡adios! que le dirigió la señora de Tallien , pasó por delante de mí sin mirarme , y salió.

Era preciso volver á ceñir el cinturón antiguo que habíamos quitado de prisa á la señora de Bonaparte cuando se puso mala. Pasamos al elegante tocador de la señora de Fonfrède ; allí me hizo notar la señora de Tallien el presente, el *úni-*

co presente de boda regalado por Bonaparte á Josefina. Era un simple collar, en que unas cadenas de cabellos uníanse con una placa de oro esmaltada, en la cual se leían estas palabras:

¡ AL DESTINO !

Ya se sabe cómo ha recompensado el dios la ofrenda.

Desde el día de aquella comida no volví á ver á la señora de Bonaparte sino en los festejos celebrando la gloria del vencedor en Lodi y en Arcole; y creíame completamente olvidada por ella, cuando me probó lo contrario dirigiéndome la palabra durante la recepción de señoras en Aquisgrán.

Hallábanse en aquel círculo varias mujeres de gran belleza. Sin

disputa, la más notable era la señora de Méchin; también estaba allí la mujer de un comisario de Guerra, llamada la señora de M***, cuyos talle y rostro hubieran causado el mayor efecto en el salón más elegante; la mujer del general Franceschi, bella morena, que quizá dejaba leer demasiado en sus hermosos ojos el pesar de haber preferido su marido á un hermano del Emperador, cuando pudo casarse con el uno ó con el otro; la baronesa de Fhurt, linda representante de la nobleza del país; la baronesa de Lovenich, de perfil griego y cabellera alemana; las hijas de la señora Van Houten, y otras varias mujeres dignas de cautivar las miradas parisienses, si su fidelidad á las modas atrasadas y á los trajes tudescos no las hubiese convertido á veces en raras caricaturas.

La Emperatriz estaba en la edad en que se aprecia mucho más la elegancia que la belleza; por eso le chocó el modo cómo estaba hecho mi vestido, mucho más que los atractivos mal vestidos de tantas mujeres lindas. En seguida reconoció el corte de aquella famosa señora Germond, que fué la primera que supo hacer valer todas las ventajas de su talle de criolla, y que sabía aliar con tanto arte la nobleza de un traje regio con la gracia de un vestido sin pretensiones. Reparó sobre todo en mi peinado, que se parecía mucho al suyo, salvo la diferencia entre una corona de flores y una diadema de brillantes. La colocación de la guirnalda, lo bien concluido de las trenzas, todo revelaba el estilo de Duplan. También yo era una de las parroquianas de este Duplan, el

gran peluquero de la época; y aunque recién ascendido al cargo de primer ayuda de cámara de la Emperatriz, había venido á ofrecerme sus servicios aquel día, habiéndose hallado libre antes de la hora de la reunión.

En el consejo de la corte, donde todos los días se trataba de las leyes de la etiqueta, dieron con que no estaba bien que el primer ayuda de cámara de una soberana trabajase en testas no coronadas; y Duplau recibió la orden de no ir á peinar á domicilio, pequeña circunstancia que inició la fortuna del célebre Herbault.

Nada tan cómico cual las decisiones ó las indecisiones de esa junta de etiqueta, la mitad de la que deseaba volver en todo á las antiguas usanzas, y la otra mitad quería

adaptar, en lo posible, las añejas tradiciones cortesanas con las maneras independientes hijas de la Revolución. Parecía que se había llamado á Aquisgrán á los dos primeros autores cómicos de la época para enriquecer nuestro teatro con nuevas ridiculeces, casi tan divertidas como todas las que Molière puso de relieve.

Picard había recibido la orden de llevar su compañía á Aquisgrán durante la estancia de la Emperatriz allí. Alejandro Duval había ido á pasar en mi casa la temporada balnearia, y uno de ellos puede recordar aún hasta qué punto contribuían al regocijo de nuestras comidas de confianza los relatos de las parodias del palacio de Versalles, ejecutadas por los mal ensayados cortesanos del palacio imperial. Nos reía-

mos sin remordimiento de los esfuerzos sobrehumanos hechos por aquellos valientes oficiales para someter su natural brusquedad á los modales respetuosamente frívolos, á la cortesía insolente de los modelos del antiguo régimen. Algunos de ellos, creyendo imitar lo que por antonomasia llamaban *la galantería del siglo de Luis XIV*, daban en todas las insulseces de M. Desmazzures, y llevaban el rebuscamiento hasta hacer comparaciones mitológicas, de las cuales costábale mucho trabajo á la Emperatriz no reirse.

Mandaba entonces en el departamento un joven general, valiente como todos y notablemente guapo, pero muy poco ducho en materia de los usos y costumbres que se querían restaurar. La primera vez que

fué á visitar á la soberana, la vió sentada en un largo sofá, y sentóse junto á ella cual pudo haberlo hecho junto á la mujer del alcalde. En vano el gentilhombre de servicio le presenta una silla; en vano la dama de honor le hace señas de que tome asiento en ésta; la hace un saludo y no se mueve del sofá. Los circunstantes se indignan de tal familiaridad; tan sólo la Emperatriz tiene á bien no reparar en ello; pero ese delito de lesa etiqueta es denunciado en seguida al ausente Emperador, quien dirigió vivas reconvenciones á Josefina, lo cual probó á ésta que su corte estaba ya completa, puesto que no faltaban en ella ni siquiera los espías.

El séquito de la Emperatriz en Aquisgrán se componía de la señora duquesa de Larochefoucauld, su

camarera mayor, de cuatro damas de palacio;

La condesa de Luçay, y más tarde la señora de Lannes, que volvía de Portugal;

La condesa de Colbert (señorita de Canclaux) y la baronesa de V***;

Del caballerizo mayor, el caballero de Harville, y dos gentilhombres, el Sr. de Beaumont y el señor de Aubusson de la Feuillade;

De un caballerizo de carrera;

Y del Sr. Deschamps, secretario de órdenes, antes autor de zarzue-
lillas muy picantes, camarada lite-
rario y dramático de Picard, con
quien había compuesto muchas pie-
cecitas, en las cuales ponía también
todo su ingenio su amigo Deprez.

El Sr. Deschamps, elevado ó des-
cendido de pronto desde el papel de

hombre de letras al de servidor de la corte, veíase á veces apurado por su antigua intimidad con el actor-autor de *El Villorrio*, lo cual divertía mucho por su parte al autor de *Los Herederos*. Podía aplicársele al Sr. Deschamps lo que Chamfort decía del Sr. de Guerville:

—Observad que este poeta nunca ha hecho una obra maestra él solo; siempre ha tenido un colaborador, lo cual hace más ligera para la envidia la carga de su gloria.

Por lo demás, este buen Deschamps, cortés, servicial é ingenioso, era el más infeliz de los hombres en aquel puesto, tan ambicionado por él; porque se había reído demasiado con sus colaboradores de las ridiculeces cortesanas para no sufrir al verse también cargado de ellas, él á quien su nacimiento, su

vocación y sus antecedentes debían dispensar más que á nadie de esos nobles errores. Además, siendo por su cargo el natural confidente de las deudas que á diario contraía la Emperatriz, á despecho de las recomendaciones del Emperador, el pobre secretario de órdenes veíase sin cesar amenazado, á la menor indiscreción, de caer en desgracia con su señora, ó de tener que aguantar las iras del señor, y ya se sabe el miedo que inspiraban estas iras.

Reuniendo entonces las funciones de intendente y las de secretario particular, era preciso rebajar las cuentas, disminuir su total, sin saber cómo se saldaría el exceso disimulado; era necesario halagar á los acreedores y comprar su silencio, y redactar luego humildes observaciones acerca de los excesivos gas-

tos consagrados á objetos de capricho, observaciones que Josefina leía ó escuchaba con tanta mayor paciencia cuanto que no hacía caso de ellas y no gastaba ni un céntimo menos. Todo esto aún no era nada. Pero eso de llevar desde la mañana casaca francesa y espada al cinto, saltar casi repentinamente desde la *carmañola* del Terror y el *re-dingot* de la República al casacón palaciego de la corte de Luis XVI, á esa vestimenta condenada á muerte por los revolucionarios y que nuestros actores apenas se atrevían á sacar en los papeles de marqueses de Molière, requería mucho valor, porque llevándola entonces no tenía ya que arrostrar más que el riesgo de ir incómodo y ridículo.

Entre las personas á quienes el interés por su salud ó por su fortuna

había llevado á baños aquella temporada, se distinguían el señor y la señora de Sémonville, sus hijos los señores de Montholon y la encantadora señora de Macdonald, cruelmente herida por la enfermedad que la ha arrebatado al amor de su familia; el señor y la señora de Turenne, el señor de Villontrais, el duque de Aremberg y varios castellanos principales de las riberas del Rhin.

La señora de Turenne, recién llegada de su provincia, apareció de pronto en medio de las mujeres que se presentaron á la Emperatriz. Era bastante bonita para producir efecto; pero, preciso es confesarlo, á la belleza de sus diamantes debió sobre todo las particulares atenciones de la soberana y de las personas encargadas por el Emperador de atraer

á la corte de la Emperatriz las mujeres de los hidalgos ricos.

Cuando se supo que aquella mujer, de ojos espléndidos como los brillantes que llevaba puestos, tenía por marido á un buen mozo llamado el señor de Turenne, y que ambos iban á formar parte de la servidumbre imperial, difundióse cómico regocijo entre muchos de los oficiales cuya instrucción en genealogías nobiliarias no estaba siempre al nivel de su valentía personal.

—Enhorabuena—decía en mi casa uno de los adictos á la ex-república;— puesto que *el general* tiene el antojo de querer mezclar con los nuestros apellidos aristocráticos, que nos los dé como éste; no hay un coronel á quien no le halague ser camarada del *nieto* del gran Turenne. ¡Caracoles, y qué bien se

debe batir con ese nombre! Eso vale más que los *currutacos* de emigrados que se cuelan por todas partes para hacerse rogar que les hagan volver á sus farsas de antaño.

Por más que se le contestaba que el mariscal de Turenne no había dejado ningún hijo, y que entre esos *currutacos* de emigrados había descendientes directos de los Montmorency, de los Montemart, de los Rohan, de los Bouffers, de los Villars, de los Broglie, etc., cuyos antecesores habían guerreado tan bien como él mismo, no por eso cesaba en sus diatribas contra la antigua nobleza francesa, en la cual no hacía más que una sola excepción á favor del pretendido hijo del mariscal de Turenne.

Este intrépido soldado de nuestros ejércitos republicanos era un

verdadero tipo del militar de la época, valiente hasta el heroísmo, amante de la libertad, por la cual creía combatir, desdeñoso para toda ciencia extraña á la guerra, idólatra de Bonaparte, descontento del Emperador, de cuyos decretos *re-negaba*, y á quien obedecía como un esclavo. No permitía á nadie más que á sí mismo hablar mal de él. Inflexible en lo que atañe al cumplimiento del deber, aunque humanitario y hasta generoso, pasó por la prueba más cruel que la suerte pudo imaginar contra un oficial de aquellos tiempos: había sido elegido para mandar el piquete de gendarmes de primera que había de fusilar al duque de Enghien...

Despertado á media noche con orden de encaminarse á los fosos del castillo de Vincennes, para ha-

cer allí justicia (decíanle), en la persona de un oficial traidor y sentenciado por el consejo de guerra, había creído tener que cumplir uno de esos tristes deberes impuesto por la disciplina. Tan presente se halla en mi memoria el relato que me hizo de lo que había sufrido en aquel terrible momento, que aún me parece oírle con sus expresiones medio grotescas, medio conmovedoras.

—¡Preciso es tener desgracia!— decía.—¡Yo que siempre aborrecí esas fiestas!... Pero, ¿qué quiere V.? Son cosas del oficio y hay que resignarse; de lo contrario, le tomarían á uno por un cobarde si se tuvieran melindres para fusilar á un desertor ó á cualquier pobre diablo, culpable de algún arranque brusco contra un superior suyo; por eso no rechisté una palabra cuando

vinieron á llamarme de parte del general para hacer ejecutar la sentencia del consejo. Sólo que me chocó la hora elegida para aquella expedición. Matar á un hombre en pleno día, pase; pero en medio de la noche, á la luz de una linterna puesta sobre su corazón, ¡mil truenos! es para imponer al más intrépido.

Al hablar así, el abultado rostro del capitán H*** palidecía con el recuerdo. Y añadió:

—Eso sin contar con que todo, cuando se hace por el estilo, á la chita callando, siempre me es un poco sospechoso. Vamos—dije para mí—el pobre muchacho ha hecho alguna barbaridad y es justo que la pague. Entonces preparé mis hombres y les repetí que fueran exactos á la voz de mando, porque entre

aquellos mozos hay quienes matan austriacos como gorriones y no saben apuntar á un camarada.

De pronto ábrese una puertecilla y salen los fusileros; como es de cajón, el paciente iba en medio de ellos. ¡Ah, ah! — pensé al verle — no es ningún pelafustán. ¡Vaya un aspecto noble! ¡Qué buena planta! ¡Cómo marcha con paso firme! Pero ¡Dios me perdone! aún es muy joven, treinta años á lo sumo; preciso es que sea algún hijo de buena casa, porque los jefes le tratan con cortesía. ¿Quién dijera que con esa figura y ese valor ha podido merecer tan fea muerte?

Y esta reflexión me trastorna la cabeza; me imagino que es un pobre joven víctima de informes falsos, un valiente oficial calumniado. Me da como un ahogo en el pecho;

me parece que me falta ya la voz y que la palabra *¡fuego!* no podrá salir de mi boca. Sin embargo, no había que retroceder, pues no era cosa de hacerse fusilar en lugar suyo.

Por fortuna le veo hacer señas á uno de los nuestros, cual si quisiera hablarle. Le entrega un papel. Creo que trata de ganar tiempo. Bueno—me digo—flojea un poco. ¡Caramba! El momento es duro y se trata de retardarlo. Eso me da valor á mí... y cumplo con mi deber.

Al llegar aquí el capitán se detuvo, pálido y abatido, como si aún oyera la fatal explosión. Alzó los ojos hacia mí; sin duda habría en mi cara vivas muestras de indignación y de terror, puesto que volvió bruscamente la cabeza, exclamando:

—Me disculpa V., ¿no es cierto? ¿Sabía yo quién era él? ¿Sabía yo que el consejo de guerra se había apresurado á despacharlo para el otro barrio, por miedo de que el Emperador le perdonase? ¿Sabía yo siquiera que el papel que entregó al camarada era un mechón de pelo suyo, el postrer adios á la mujer á quien amaba? ¡Dios me confunda! Creo que si yo lo hubiese sospechado, nunca hubiera tenido ánimos para mandar que disparasen; y bien sabe Dios cuánto aborrezco á todos esos Borbones desde lo de la máquina infernal. Pero ¡mil bombas! aquel tenía el aspecto de un oficial intrépido, y además el continente de un soldado que no tiene nada que echarse en cara y se burla de la muerte. ¡Vaya una mirada de lástima que nos dirigía,

como diciendo: ¡Pobres gentes, os compadezco más que á mí mismo, porque vais á matar á un buen francés! Y cuando sepáis que no era culpable, esta acción os pesará en el alma como un crimen.

—Sin embargo, es verdad, señora —añadió el capitán golpeándose el pecho;— tenía la conciencia limpia. Y cuando al acabar aquella triste expedición he visto al camarada M*** (1) desmayarse como una mujer; cuando este pobre chico, educado en casa del antes príncipe de Condé, se puso á sollozar diciéndonos que acabábamos de matar á un inocente..., que ese joven tan guapo y tan animoso, que yacía allá atravesado por nuestras balas, era... el duque de Enghien... ¡ay! sentí como

(1) Es el oficial citado en la biografía del duque de Enghien.

un puñetazo en el corazón... y sabe Dios cuánto he jurado contra quienes nos comisionaron para hacer aquello...; porque, desengáñese V., de verdad, aquella ejecución sumaria no salió del magín del Emperador.... ¡Demonches! no es así como trata á sus enemigos..., los mata en pleno día, á cañonazo limpio..., á riesgo de que se lo lleve á él mismo por delante una bala rasa... Eso es cosa de algunos zascandiles de la corte, que temen una buena carrera de baquetas como volviesen los antiguos á quienes han plantado; esos *cochinos* políticos son quienes han tomado sobre sí la carga de fusilar á un Borbón, creyendo darle un plato de gusto al general. Pues bien, se han equivocado; por un primo mío, de servicio en la camareta de las Tullerías, he sabido que al ver

entrar el Emperador en su aposento á Josefina, con el rostro demudado, anegada en lágrimas y exclamando:

— ¡Ha muerto el duque de Enghien! ¡Ah, Dios mío! ¿Qué has hecho?

Sé que el Emperador ha palidecido, y ha dicho con voz ahogada:

— *Los desdichados han ido demasiado á escape.*

Sé que estuvo varios días abrumado por el peso de una sombría tristeza, y que pasó varias noches sin sueño... ¡Ah! Esas noches se quedarán grabadas en su memoria; nunca dirá el daño que ha sufrido, es justo; la cosa ya está hecha y hay que sostenerla. Pero crea V. que toda su vida aborrecerá á quienes la aconsejaron y hasta á los pobres diablos que, como yo, la ejecutaron sin saber lo que hacían.

La llegada de M. de C. interrumpió ese relato, que hubiera yo temblado de ver continuar delante de él. Después me ha confesado que, chocándole muchísimo la alteración pintada en mi rostro y en el del capitán H., estuvo á punto de retirarse por discreción; pero que le había contenido el apuro de una salida inmotivada.

M. de C. era uno de esos emigrados recién venidos, á quienes el recuerdo y la proximidad de Coblenza sostenían en las márgenes del Rhin. El miedo á un retorno del Terror entraba también por algo en su cuidado de no alejarse de la frontera. Pero lo que más agradable les hacía la estancia en esas provincias era el gusto de oír allí hablar mal sin cesar de los agentes del gobierno francés, y echar de me-

nos al mismo tiempo todas las vejaciones que se deploraban durante la dominación germánica, capricho habitual de toda provincia conquistada; y esta malquerencia contra los vencedores estaba en armonía con el mal humor de los perjudicados por la Revolución.

El capitán H. advirtió muy pronto, por mi apuro, que acababa de entrar un hombre cuyas confianzas legitimistas temía tanto, como su relato republicano acababa de hacerme temblar. Me echó una mirada reprobadora, pues temer que un emigrado se comprometiese ante él era injuriarle: hubiera podido hacerlo impunemente. El Capitán H. era un hombre de honor, en toda la extensión de la palabra. Pues bien; el recuerdo de sus eminentes cualidades y del servicio que había

prestado á mi marido dejándole escaparse de la prisión en el 93, no llegaban á cohonestar el de la atroz comisión que se había visto obligado á desempeñar; y, lo confieso para vergüenza mía, esa desgracia, que hubiera debido aumentar mi interés por él á causa del sentimiento que le produjo, me hizo insoportable su presencia. Veíale siempre mandando el asesinato de un inocente... ¡Y qué inocente!...

Me dijo un día:

— Señora, hice muy mal en hablarle á V. del asunto de Vincennes; es V. como yo. ¿Está pensando V. en ello siempre?

— Sí, demasiado á menudo—le contesté.

— ¿Y me tiene V. mala voluntad por haber cumplido con mi deber?

—Es cierto; mas es una injusticia que pasará, así lo espero.

—¡Nunca!—replicó con amargura;—las mujeres son como los generales: nunca se les debe contar sino lo que nos honra.

Desde aquel día no he vuelto á ver al capitán H. Murió en una de nuestras victorias.



Pocos días antes de marcharse de París, había asistido la Emperatriz á la distribución de las cruces de la Legión de Honor. Celebróse aquella ceremonia con gran pompa en la iglesia de los Inválidos; y pudieran escribirse tomos enteros con el enjambre de epigramas, pullas y chis-

tes desdeñosos que saludaron la fundación de esta orden, solicitada después por todas las personas ilustres de Francia.

Sin embargo, Napoleón, sentado por vez primera en un trono, recibió aquel día á mil novecientos caballeros. También por vez primera acababa de pasar el séquito de la corte imperial por la misma plaza donde cayó la cabeza de Luis XVI.

El vencedor de Marengo había dejado su caballo de batalla para atravesar en coche de gala el paseo principal de las Tullerías; este jardín, perfumado como hoy de flores, lleno de guerreros y de mujeres elegantes, resonaba con los gritos de *¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!* en vez de los gritos del día: y los periódicos también pregonaban: *¡Todos los corazones*

están ebrios! ¡El entusiasmo llega al colmo! Porque de todos los géneros de estilo, el menos variable es el que se aplica al poder.

No obstante, los fieles á la libertad devolvían sus cruces; los republicanos amenazaban tratar al nuevo trono como al antiguo; aquellos cuyos apellidos ó intereses les ataban al partido caído, reíanse de lástima viendo parodiar así el esplendor monárquico, y decían:

—He aquí una cruz que me asegura la vuelta de mi cruz de San Luis.

La noche de aquella gran solemnidad, el Emperador condujo toda su corte á la sala de las estatuas antiguas. A la claridad de las antorchas admiráronse las obras maestras conquistadas por él en Italia. Así es como en cada uno de los ac-

tos regios á que se atrevía, á despecho de la República, gustaba de manifestar sus derechos á la gratitud nacional.

Cada departamento había de tener participación en las condecoraciones. Decidióse que la Emperatriz distribuiría las destinadas al departamento de Roër. Soñaban ya con la pomposa ceremonia de la coronación, y se quiso hacer una especie de boceto en la catedral donde había sido coronado Carlomagno.

El obispo, á la cabeza de todo el clero, salió á la puerta de la iglesia para recibir á la Emperatriz; la cual cruzó, bajo palio, la larga basílica y fué á sentarse en un trono preparado para ella en el coro.

La belleza de ese monumento tan rico en nobles recuerdos, el esplendor de los uniformes militares, las

galas de aquella nueva corte, las de todos los asistentes, y aún más el retorno de aquella pompa sacerdotal por tanto tiempo oculta á las miradas, daban á esa ceremonia el aspecto de una verdadera solemnidad.

La Emperatriz, revestida por vez primera con el manto de corte, llevaba una diadema de diamantes; y el conjunto de su vestir, la cola de aquella falda de *moaré* blanco bordado de oro que se extendía por las gradas del trono, aquel talle majestuoso, aquella actitud sencilla y digna, completaban la ilusión. Era efectivamente una soberana. Y el clero numeroso, revestido con ricas casullas sembradas de perlas finas, regalo en otros tiempos hecho por el emperador Othon, representaba la corte eclesiástica de una poderosa emperatriz.

Habíanse sacado del tesoro una parte de las reliquias sagradas. Las insignias imperiales y reales de Carlomagno, su corona y su cetro, estaban allí sobre el altar; parecían puestas á disposición de quien osara apoderarse de ellas. Y bajo las bóvedas de ese templo gótico donde Carlomagno daba el espaldarazo á sus valientes caballeros, á Roland, á Roger, á Renaud, era donde los caballeros de la Legión de Honor se inclinaban ante Josefina y recibían de manos de ésta las insignias de la Orden.

Durante ese tiempo, el pueblo prosternado entonaba, con todas las reglas de la armonía, los cánticos de Mozart, y no puede expresarse el efecto de aquella reunión de voces puras, naturalmente sabias y propias de Alemania; de ese coro

público, del cual ningún coro de ópera puede imitar la imponente masa, la unidad de intención y el fervor de alma que nace del sentimiento religioso de todo un pueblo.

Aquellas innumerables voces que cubrían la del órgano, hacían retemblar las vidrieras de colores de la antigua metrópoli é infundían en el ánimo de los circunstantes una fiebre piadosa. Los menos devotos veíanse arrastrados por aquel torrente de armonía, y, sin querer, se mezclaban sus preces con la plegaria general. Dábanse gracias también á aquel gran erector de reinos y de leyes, por haber fundado asimismo en Francia la música de iglesia (1). Comprendíase, en fin,

(1) V. Anquetil: *Historia de Francia*, t. 1, página 266.

que se gozara Dios en oír cantar de aquel modo sus alabanzas.

En medio de aquella noble exaltación, ocurriósele al general L. pronunciar un discurso adaptado á las circunstancias y en el cual se felicitaba (decía) de ver la virtud en el trono y *la belleza al lado*.

Aquella rara elocuencia ofendía por igual á las *virtudes* y á las *bellezas* que allí estaban; pues con justo motivo cada una de ellas hacía poco caso de la hermosura sin virtud, y aún menos quizá de la virtud sin hermosura.

La misma noche, en el salón, bromeó dulcemente la Emperatriz acerca de la noble parte que la había otorgado el general L.; después me preguntó qué pensaba de ese discurso. La pregunta era dificultosa, pues no quería yo disgustar

á la Emperatriz ni al general; y salí sencillamente del apuro respondiendo que, distraída por el ostentoso espectáculo de la ceremonia y convencidísima de que el general orador no podía dirigir á S. M. sino gratas verdades, no había atendido á escucharle.

—Lo cual no le impedirá á V. reirse de él con ganas esta noche entre sus amigos—me dijo en voz baja la Emperatriz; y luego, al ver mi asombro, añadió:—Sé por M. Deschamps que da V. en su casa regocijadas cenas, donde se ríe cual se reía en otros tiempos; que Duval y Picard, son allí tan divertidos como en sus comedias, y que se cuentan las historias más jocosas. Debiera V. relatarme algunas de ellas, pues ha de saber V. que nada le hace tanta gracia al Emperador

como esos chismes y habladurías. Cuando vamos al teatro, su mirada de águila descubre en un minuto las nuevas relaciones entabladas durante su ausencia; quiere saber las rupturas y las paces, interesándose lo increíble por todos esos pequeños dramas de sociedad. Por ejemplo: hay ciertas personas cuya vida sigue con toda la perseverancia empleada en continuar la lectura de una novela que interesa. Adivina V. de quién quiero hablar, ¿no es así?

—Lo creo, señora.

—¿La ve V. siempre?

—Lo más á menudo que me es posible. V. M. sabe mejor que nadie cuán amable y buena es.

—¡Ah! Sí, lo sé—respondió Josefina suspirando;—sé cuán dulce es su amistad. Creo que se han edu-

cado Vds. juntas, así es que la que-
rrá V. mucho.

—Sí, señora. En los tiempos de
su poderío, la debí la libertad y
acaso la vida de varios amigos
míos; por eso estoy eternamente
agradecida á ella.

—Y yo también la quiero mucho;
pero Bonaparte no quiere que la
vea, y esto me desconsuela.

Advirtiéndole entonces que se fija-
ban en nuestra conversación, aña-
dió Josefina:

—Tengo que darla un encargo;
venga V. mañana á verme.

—Esperaré sus órdenes.

—No. Pídame V. audiencia por
medio del Sr. de Harville; hablare-
mos más á nuestras anchas.

Y la conversación volvió á ser lo
que era antes, es decir, una especie
de monólogo entrecortado por pre-

guntas insignificantes, cuyo único objeto era dirigir la palabra á casi todas las personas que formaban la tertulia. Las más duchas en esos escarceos cortesianos soltaban á veces frases graciosas, afortunadas adulaciones. La señora de Sémonville era una de las más ingeniosas en este género, por lo cual gozaba de gran favor en el salón de la Emperatriz. En primer lugar, tenía la ventaja de haber visto el de María Antonieta; sabía cómo puede aliarse la gracia de una conversación fácil con el respeto debido á la elevada posición, y Josefina hablaba con ella enteramente segura; sabía con plena certeza que por reciente que fuese su elevación, ésta no sería olvidada ni un instante por la señora de Sémonville. Además, el culto de una mujer tan ingeniosa

por la etiqueta y las atenciones de la corte, era el mejor modelo que pudiera ofrecerse á las jóvenes damas de palacio y á los cortesanos cuya inexperiencia ocasionaba todos los días tantos yerros.

Durante ese tiempo el Sr. de Sémonville, nuestro embajador en Holanda, estaba en plena desgracia injustísimamente, por haber obedecido órdenes que el Emperador parecía querer desaprobado en su política. El Sr. de Sémonville, satisfecho de su inocencia, permanecía en Aquisgrán, mucho más ocupado en velar por la salud de su nuera que por sus propios intereses. Venía con frecuencia á participarme sus inquietudes, sus tristes presentimientos; y debo hacerle la justicia de decir que ninguna nostalgia del poder y ningún deseo ambicioso dis-

traían esos paternales pesares. Pues bien; aquel dolor sincero y conmovedor pasaba en sociedad por pesadumbre de ministro relevado. Esa incredulidad para con los buenos sentimientos es lo que más autoriza á pensar mal de los palaciegos; y la odio más que nada porque alimenta esa ola de lugares comunes contra los cortesanos, con la cual nos abrevan desde hace tantos siglos.

Sin hacerme esperar obtuve la prometida audiencia, y allí encontré á la señora de Beauharnais con toda su ingenuidad y benevolencia para sus conocimientos antiguos.

Me habló de las disputas que á menudo tenía con el Emperador acerca de su amiga la señora de C***, y me dijo que éste no la perdonaba sobre todo el haber desdeñado el gran papel que estaba llamada á

representar después de haber librado de Robespierre á Francia.

—Eso puede ser una lástima—dije—pero no es un cargo.

—Sí—replicó ella;—Bonaparte se lo hace á todos cuantos faltan á lo que su destino promete.

—Confieso que tiene derecho á mirarlos con lástima; pero odiarlos, eso es injusto...

—Y hasta ingrato—interrumpió Josefina.—Porque sabe que Teresa nos ha servido con su poder y con interés cuando se trató de hacer que le dieran el mando del ejército de Italia. No le he ocultado los socorros de todos géneros que debí á esa excelente amiga cuando salí de la prisión, viuda, arruinada y sin saber el porvenir que esperaba á mis hijos. Crea V. que se necesita que haya algún motivo muy grave para

contrarrestar esos recuerdos en el ánimo de Bonaparte, porque es más agradecido y más sensible de lo que se figuran; yo misma soy una prueba de ello; se hacen multitud de cosas para incitarle contra mí, se intentan todos los días para inducirle á una separación que sería mi muerte. Pues bien, el recuerdo de mi adhesión, de lo que él cree deberme, ha podido siempre más que las insinuaciones y pérfidas denuncias de su familia. Verdad es que yo soy su superstición, acaso más que su amor, y que me juzga uno de los rayos de su buena estrella.

Entonces me refirió Josefina la predicción que la habían hecho en el momento de su marcha á la Martinica.

—Perdería su primer marido de muerte violenta — la había dicho la

hechicera;—el segundo la haría más grande que la reina.

Este oráculo, la mitad del cual habíase ya cumplido cuando conoció á Bonaparte, tenía ella la certidumbre de que contribuyó mucho á la prontitud y confianza con que se hizo elegir emperador de los franceses.

—Es tan supersticioso como yo misma—añadió.—Por ejemplo: tan persuadido se halla de que le doy buena sombra, que por nada del mundo partiría para ponerse al frente del ejército sin haberme besado. Cierto es que me riñe mucho cuando su maldita policía le advierte de que he visto á la señorita Lenormand; pero, aunque la trata de embustera y amenaza con hacerla encerrar si especula más tiempo con nuestra estúpida credulidad, no de-

ja de hacerme repetirle lo que ha visto aquélla en sus cartas; y cuando ha predicho para él nuevos triunfos, siempre se sonríe con complacencia.

Después la Emperatriz me habló de Méhul, de Ducis, de Nepomuceno Lemercier y de otros varios antiguos contertulios habituales de la Malmaisón, todos los cuales habíanse retirado en el momento en que los gentilhombres iban á convertir en antecámara el salón que precedía á ese famoso gabinete donde tantos hechos memorables se meditaron.

—Ducis y Lemercier—continuó Josefina—acaban de devolver al Emperador la cruz de la Legión de Honor. Considera esta devolución como un gran insulto; pero lo que sobre todo explica su cólera es la despedida de Lemercier, quien le dijo en su última visita:

—«¡Ah! ¿Conque os place rehacer la cama á los Borbones? Pues bien; os predigo que no dormiréis en ella diez años (1).»

—Aun cuando esta predicción no le da pena ninguna—añadió Josefina—comprenderá V. muy bien que le guarda rencor por ella. Así es que me encuentro privada de ver á quienes eran mis predilectos amigos. V. que tiene todos los días el gusto de volverlos á ver y de escuchar su conversación tan chispeante, dígalles que los echo de menos en medio de todas las pompas y todos los placeres que me aturden; pero dígase-lo muy quedo, pues imputaríaseme como un delito el interés que por ellos conservo. Y no es esto todo—

(1) Sólo durmió en ella Bonaparte nueve años y nueve meses.

añadió, mirando á todas partes para ver si alguien nos oía, como en las comedias;—es preciso que induzca V. á Teresa á romper sus relaciones de amistad con el Sr. O***. Bonaparte le cree uno de sus mayores enemigos; y, á decir verdad, esta es la causa de su animosidad contra ella. Trate V. de obtener ese sacrificio, y estoy segura de que la devolverá su antiguo afecto y me permitirá que vuelva á verla cual en otros tiempos.

El encargo era difícil, y no esperaba yo además conseguir en él ningún buen éxito. La mujer que había arrostrado el cadalso por sus amigos, no podía inmolar ninguno de ellos en aras del odio, ó más bien de las injustas prevenciones del Emperador. La hice en voz alta esta reflexión.

—No importa—replicó Josefina; —prométame V. inducir la á seguir mi consejo. ¡Dios mío! Nunca hay tan buenos motivos para...

No concluyó la frase, y su restricción me hizo sonreír. Prometí hacer lo que con tanta gracia me pedía; é iba ya á despedirme de ella, cuando me detuvo para hablar de trapos.

Llamó á su primera azafata, la señora de Saint-Hilaire, para enseñarme el último traje que acababa de entregarla Leroi (1). Era de tul de color de rosa, estaba adornado con flores y hubiera convenido perfectamente á una novia de diez y seis años de edad, para su tornaboda. Mientras elogiaba yo la extremada ele-

(1) Famoso modisto y sastre de la corte imperial.

gancia de aquel vestido, pensaba que haría parecer á la Emperatriz más vieja de lo que era. Me equivoqué: sentaba tan bien á su talle, que se le perdonaba el que no favoreciese á su semblante.

—¿Quién la peinó á V. ayer?— me dijo.— Llevaba V. un turbante plegado á las mil maravillas.

—¡Ah, Dios mío!—exclamé riendo.—¿También contra éste la va á emprender V. M.?

Y la confesé que ese turbante en que se había fijado era obra de su segundo ayuda de cámara.

—¡Qué! ¿Ese joven Herbault hace tan lindas cosas? Es necesario que dé yo empleo á su talento.

En esta frase había toda una fortuna. Luego, pasando á otro asunto, me dijo:

—Encargue V. á su amigo Picard

que varíe un poco más su repertorio. Siempre hay los mismos chistes, las mismas ridiculeces cursis; tiene ingenio bastante para dedicarse á la alta comedia. ¿No encuentra V. que sus continuas sátiras contra el señorío hecho de prisa se han pasado de moda?

—Creo que mañana estrena una comedia nueva—respondí, porque en la corte se vuelve uno un normando para contestar.

—¿Sabe V. qué título tiene?

Iba á soltarlo ya... cuando un femenino instinto me contuvo.

—Es un título muy raro—respondí, fingiendo esfuerzos por acordarme de él;—pero no lo recuerdo ya.

Lo cierto es que titulándose aquella comedia *La mujer de cuarenta y cinco años*, tenía yo el presenti-

miento de que sería desagradable el título á la Emperatriz y pudiera hacer que formase prejuicios contrarios á la obra.

Por desgracia, aquella pequeña comedia no era de naturaleza á propósito para vencer esas prevenciones. Jamás he comprendido cómo Picard, con todo su ingenio, pudo imaginarse divertir á la Emperatriz con la tristemente fiel pintura de una mujer casi vieja, defendiéndose á fuerza de afeites y atavios contra los ultrajes del tiempo.

Durante aquella representación estuve en un potro. Mi palco no estaba lejos del de la Emperatriz; veía yo contraérsele el rostro á cada chiste lanzado contra las ridiculeces de la mujer á los cuarenta y cinco años; y buscaba el medio de evitar cualquiera conversación acerca de

este asunto, cuando el señor de B., gentilhombre de la Emperatriz, vino á invitarme de su parte á que me dirigiese á su salón al salir del espectáculo.

No podía, pues, librarme de las críticas y hasta de las embozadas acusaciones con que iban á abrumar al pobre autor. Era imposible justificarle y casi una cobardía el abandonarle; mi papel hacíase difícil.

Apenas hice mis reverencias, cuando la Emperatriz me dijo con una sonrisa algún tanto amarga:

—Dígame V., señora Gay, ¿qué le parece á V. la comedia? Yo no puedo juzgarla. Debiérase aconsejar á Picard que no se representara sino ante mujeres de veinticinco años.

—Paréceme, señora, que en ese auditorio debería comprenderse á

las que no representan más que esa edad.

Esta adulación, bastante traída por los cabellos, me valió una mirada cariñosa.

Los cortesanos cayeron con toda la pesadez de su ingenio sobre el de Picard. El error de un hombre de talento es la *comidilla* de la jauría de las gentes que no lo tienen; hay que dejarles desgarrar su presa.

En aquellas circunstancias, Picard había dado muestras de torpeza, por lo menos. La Emperatriz quiso castigarle ofreciendo á su rival, Alejandro Duval, una ocasión para ser aplaudido en presencia de ella. Había yo invitado á M. Deschamps á la lectura que iba á darnos Duval de una obra que acababa de concluir.

Por aquella época, era un acon-

tecimiento dramático la aparición de una obra en cinco actos del autor de *Eduardo en Escocia*. Deschamps había hablado de ella en la corte, y la Emperatriz me dijo:

—Se habla de que el Sr. Duval tiene aquí una obra en cartera; mucho me complacería oírla. ¿Se la ha leído á V. ya?

—No, señora.

—No importa. Puede exponerse una sin temor á una lectura suya, con la seguridad de que será interesante. Desearía que la diese aquí.

Y el Sr. Deschamps fué encargado de invitar al Sr. Duval á que sometiera su comedia al fallo de aquel pomposo areópago.

—¿Piensan allí en eso—exclamó—después de lo sucedido con *Eduardo en Escocia*? ¿Quieren ten-

derme otro lazo y confiscar esta obra, como la otra?

Podía ser fundada la inquietud; no sabía yo cómo disiparla, cuando se presentó Deschamps á asegurar á Duval que la Emperatriz había defendido siempre su causa contra el Emperador, y que para darle una prueba de su bienquerencia era por lo que le pedía esa lectura.

Duval no podía resistirse á los deseos de la que él denominaba la simpática y buena Josefina; el día designado, recibí el encargo de presentar al autor en medio de aquella corte novicia, en la cual iba él á buscar las ridiculeces más que los aplausos.

Aquella velada dramática fué una verdadera fiesta en esperanza para los pobres hombres condenados á estar de pié todos los días mientras

duraba la tertulia de la Emperatriz, y particularmente para el general Harleville, atacado de una enfermedad que había disminuido muchísimo sus fuerzas é hinchado sus piernas: era menester todo el heroísmo del cortesano para resistir tales sufrimientos y para sostenerse con semejantes bases. En verdad que la gloria y la religión no inspiran abnegaciones mayores que el culto á la etiqueta en las almas nacidas para consagrarse á ella. Lástima es que el látigo de la sátira sea la única palma de ese martirio, á la vez atroz y cómico.

Todos los días traíale á Josefina noticias del Emperador un correo de gabinete enviado desde Boulogne; y por la noche comunicaba ella á veces á las personas de su corte algunos párrafos de las cartas impe-

riales, y les daba parte de los acontecimientos cuyo relato pergeñaba el Emperador, no siempre como habían sucedido, sino como deseaba él que se contaran.

Tuve la prueba de una de esas pasmosas alteraciones, cierta noche que nos habló ella de la horrible tempestad que puso en peligro á toda nuestra escuadrilla.

Aquel mismo día había estado á comer en mi casa un íntimo amigo del almirante Bruix, amigo que también acababa de recibir por un correo del comercio un relato de aquella tempestad y del desastre que la siguió. La carta estaba escrita por un oficial de marina, casi desconocido para el Almirante, pero que teniendo mucha franqueza con el amigo del Sr. Bruix, deseaba hacerle saber la verdad acerca de la

causa de haber caído en desgracia el comandante de nuestra escuadra del Océano.

He aquí el pasaje más importante de aquella carta:

«Le dirán á V. y se imprimirá que su amigo ha obrado mal. No es cierto; aunque tuviera que perder mi apellido y mi empleo, lo repetiré: no es verdad.

»La otra mañana, al montar á caballo, anuncia el Emperador que pasará revista á la escuadra; ordena que abandonen su posición los barcos que forman la línea de retaguardia, pues dice que quiere pasar la revista en alta mar. Luego, seguido de Roustan, va á dar su paseo habitual, recomendando que todo esté dispuesto para su vuelta.

»Transmítese en seguida la orden al almirante Bruix, quien responde

sencillamente: «Hoy no habrá revista; que nadie se mueva.»

» Bien pronto llega al puerto el Emperador; pregunta si todo está dispuesto; le comunican la respuesta del Almirante. Se la hace repetir dos veces; golpea el suelo con el pié; retrátase la cólera en sus ojos; envía al Almirante la orden de presentarse en seguida ante él. Pero su impaciencia no le permite aguardarle.

» Marcha en su busca, y lo encuentra á mitad de camino de su alojamiento. El estado mayor que seguía á S. M. se detiene, se coloca en semicírculo detrás de él y mira con medroso silencio, pues nunca había parecido más profundamente encolerizado el Emperador.

—» Señor Almirante—dice con voz alterada—¿por qué no ha hecho V. ejecutar mis órdenes?

—» Señor— contesta el almirante Bruix con respeto y firmeza— una horrible tempestad se prepara. Vuestra Majestad puede verlo como yo. ¿Quiere, pues, exponer la vida de tantos valientes?

—» Caballero— responde el Emperador cada vez más irritado.— He dado órdenes; otra vez pregunto, ¿por qué no las ha hecho V. ejecutar? Las consecuencias á mí solo me conciernen. ¡Obedezca V.!

—» Señor, no obedeceré de ningún modo.

—» Caballero, es V. un insolente.

»Y al decir estas palabras, el Emperador, que tenía levantado el látigo, se adelanta hacia el Almirante; éste retrocede un paso, se lleva la mano á la espada y dice palideciendo;

— » ¡ Señor, mucho cuidado!

» Todos los testigos quédanse helados de espanto. El Emperador, inmóvil, con la mano levantada, clavaba los ojos en el Almirante, quien por su parte conservaba su terrible actitud. Al fin el Emperador tira su látigo al suelo; entonces el Sr. Bruix suelta la empuñadura de su espada y con la cabeza descubierta esperó en silencio el resultado de aquella escena.

— » Señor contraalmirante Magou—dice el Emperador—haga V. ejecutar al instante los movimientos que he ordenado. En cuanto á V., caballero—añadió dirigiéndose á Bruix—en el término de veinticuatro horas salga V. de Boulogne y retírese á Holanda.

» El Emperador se aleja para ver el movimiento que obligaba á ha-

cer á su escuadra el contraalmirante Magou. Pero, apenas toma las primeras disposiciones en acatamiento á las órdenes del Emperador, cuando se cubre el cielo de negras nubes, ruge el trueno y el viento rompe todas las líneas. En fin, ocurre lo predicho por el Almirante. Una horrible tempestad dispersa los barcos y amenaza tragárselos.

»El Emperador, con aspecto sombrío, la cabeza inclinada y los brazos cruzados, paseábase á zancadas por la playa, cuando de pronto se oyen espantosos gritos. Más de veinte chalupas cañoneras acababan de ser lanzadas contra la costa; los infelices que las tripulaban luchaban contra las olas gritando ¡socorro! Pero era tal el peligro, que nadie se atrevía á prestarles ese socorro.

» Yo tenía rabia en el corazón y maldecía con toda mi alma á aquél cuya terquedad era causa de este desastre, cuando le veo escaparse de los brazos que pugnaban por contenerle, y lanzarse á una lancha de salvamento, gritando:

—» ¡Dejadme, dejadme, hay que sacarlos de ahí!

» Y ya su barca se llenaba de agua; las olas le pasaban por encima de la cabeza; una más fuerte que las otras estuvo á pique de lanzar al Emperador por encima de la borda; cae su sombrero al mar. Electrizados por tanto valor, oficiales, soldados, marinos, paisanos, échanse á nado ó dentro de chalupas para tratar de llevarles socorro; pero no se ha podido salvar sino á un pequeño número de los infelices que componían las dotaciones de

las cañoneras, y al día siguiente arrojó el mar á la playa más de doscientos cadáveres, á la vez que el sombrero del vencedor de Marenngo.

» Aquel tremendo día siguiente lo fué de desolación para todo el campamento; cada cual reconocía un amigo entre los cuerpos hacinados por las olas. El Emperador parecía abatido por este espectáculo, y pienso que interiormente deploraba su injusticia para con el Almirante; pero no es menos cierto que aquí se culpa á Bruix de haber exasperado al Emperador con sus respuestas y haberle inducido, con su lacónica resistencia, á dar la desastrosa orden, que con un poco más de complacencia se hubiese podido hacer retirar. Pero no lo crea V.; que el Almirante vuelva ó no á en-

trar en gracia del Emperador, Bruix no es culpable, no ha hecho más que cumplir con su deber.»

Aún estaba yo conmovida con este relato que me habían hecho dos horas antes, cuando la Emperatriz, llevando aún en la mano la carta que acababa de recibir del Emperador, nos dijo que una *imprudencia* del almirante Bruix estuvo á punto de ser funesta para la escuadrilla; pero que ésta había arrostrado felizmente la tormenta, y que nada podía compararse con el gozo de los marineros y soldados, quienes disputaban ya sobre quién sería el primero en pisar las costas de Inglaterra. El Emperador concluía aquella carta acusándose de haberse reído con toda su alma días antes, al ver al ministro de Marina caerse al agua.

Aconteció esto algún tiempo después de la hermosa fiesta en que el Emperador, sacando del casco de *Du Guesclin* las cruces de la Legión de Honor, había condecorado con ellas á los más valientes de su ejército. Para hacer que S. M. pasara desde el muelle á una chalupa cañonera, habían echado una simple tabla de una orilla á la otra; el Emperador había pasado de un salto el ligero puente; pero el Sr. de Crest, poco ágil y demasiado obeso, después de haber puesto con timidez un pié sobre la tabla, que pandeaba con su peso, perdió el equilibrio precisamente á mitad del trayecto; rompióse el tablón, y el ministro se zambulló en el agua entre el muelle y la chalupa. Habiéndose precipitado al mar en seguida los marineros para pescarlo, izáronlo con sumo

trabajo desde la chalupa, donde el Emperador se acusaba (como lo decía en su carta) de haberle acogido con carcajadas poco caritativas.

Esta última anécdota fué la única de que se habló durante la velada... ¡alegrándose de poderse reír con toda seguridad de un suceso del cual habíase reído el mismo Emperador!

Llegado el día de la lectura, encontramos el salón de la Emperatriz, independientemente de las personas de su corte, lleno de todos los bebedores de agua y nobles extranjeros á quienes había juzgado dignos de asistir á aquella solemnidad literaria. Duval tuvo la más graciosa acogida por parte de la Emperatriz; lo cual no era razón para ser tan bien recibido por todos aquellos que allí se encontraban, pues cada cual sabía que su carácter bretón y su talento

independiente habían desagradado á veces al Emperador ; era preciso, pues, mantenerse entre la obligación de aprobar la benevolencia de la Emperatriz para con Duval y la fría reserva que todo buen palaciego debe conservar para con aquel que alguna vez no ha sido del agrado y puede volver á desagradar al amo y señor.

La obra tenía que vencer más de una preocupación de esa importancia ; era la primera vez que se arreglaba la tertulia de manera que todos estuviesen sentados , y aún no estaba bien resuelto el orden de los sitios. Los de la dama de honor y las damas de palacio estaban naturalmente junto á la soberana ; pero como ésta las veía á todas horas, prefería entablar una conversación nueva cerca de los invitados, lo cual

hacía que algunas veces se acercaran á ella gentes con pocos títulos para tamaño favor. Eso ponía en un potro á la señora de La Rochefoucauld, gran sacerdotisa de la etiqueta : pasaba porque la señora de Sémonville, cuya alcurnia, cuyo ingenio y cuyos modales ofrecían todas las condiciones requeridas, se viese honrada con preferencias por la Emperatriz; pero en cuanto cualquiera otra recibía el menor agasajo, aquello era un levantamiento general.

En aquella tertulia nueva, dispuesta con vacilaciones de inexperiencia, nadie estaba contento con su sitio, excepto yo que no tenía derecho á ocupar ninguno; me encontraba lo bastante cerca de la Emperatriz para que pudiese comunicarme sus observaciones acerca de

la obra sin ser oída por todo el mundo.

La preocupación del auditorio habíase apoderado también del autor; le veía cautivado por la observación de esos pequeños tormentos y de esas pequeñas ambiciones, hasta el punto de olvidar por completo el papel que iba á hacer en aquella pomposa asamblea. Sabía bien que no iba á ser escuchado sino á través de las ideas más extrañas á su obra; y por eso leyó su comedia á través del plan de la que meditaba.

Un gesto de la Emperatriz le indica que se acerque á la mesa dispuesta para la lectura; hace otra señal al Sr. de Harville, quien invita á señoras y caballeros á que se sienten. El más profundo silencio reina en el salón. Pero si todo el mundo calla, nadie escucha tam-

poco; y corre el primer acto cual un arroyo que se desliza por una llanura.

El título de *tirano*, aunque *tirano doméstico*, había promovido al pronto alguna desconfianza; temíase un asunto republicano; pero bien pronto se tranquilizaron, al pensar que el Sr. Duval tenía demasiada perspicacia y que yo no era tan estúpida que fuese á poner en peligro á ambos en ese salón imperial con una lectura ofensiva, y, por tanto, muy arriesgada.

Al final del acto primero, dice Carlos á su hermana:

Para las armas pienso haber nacido.
Tiene mi nuevo estado inmensos goces:
hoy mismo compraré noble caballo,
soberbio bruto de gallardo porte;
bien pronto me has de ver con otro aspecto,
si me han cortado bien el uniforme.

—He ahí precisamente cómo ha-

blaba Eugenio antes de partir para Italia—dijo la Emperatriz;—no es posible pintar mejor el gozo del joven oficial con su primer uniforme.

Y cada uno repitió con confianza ciega este elogio, en idénticos términos.

En el segundo acto, habiéndose amortiguado un poco las agitaciones personales, concedióse más atención á la comedia; además, era preciso aparentar ocuparse mucho de lo que parecía interesar en el más alto grado á la Emperatriz.

—¡Ah, Dios mío!—me dijo en voz baja tras una tirada de versos de Valmont;—es enteramente el carácter de mi primer marido, sólo que aún era más amable delante de gente.

Por esta relación, en la que de seguro no había pensado el autor,

puede juzgarse el buen éxito que obtuvo la lectura en el ánimo de Josefina. Sin embargo, todo el interés dramático de la obra resintióse un momento por un incidente cómico de lo más inesperado.

El Sr. Creté, director general de Obras públicas, que había llegado aquella misma mañana después de pasar varias noches de camino y cerca de una hora en salir del atolladero donde había volcado su carruaje, había querido aceptar la invitación de la Emperatriz, arrojando el insomnio y las consecuencias de su caída.

La pícara casualidad le había proporcionado un excelente sillón, dentro del cual se hallaron tan á gusto sus remolidos y gordos miembros, que todas las ilusiones de una buena cama fascinaron bien pronto su ce-

rebros. La Emperatriz le vió, lo mismo que yo, adormecerse con toda la pesadumbre de su fatiga; pero como, estando sentado tras del autor, no podía ser visto, no pensó ella en turbar aquel inocente descanso.

Cuando, terminado el tercer acto, uniéronse varias voces á la de la Emperatriz para felicitar al señor Duval, el ruido despertó al director. Ve á todo el mundo de pié, porque la Emperatriz se había levantado para ir á hablar al autor de la comedia. Y confuso al ver que es el único que permanece sentado, quiere levantarse precipitadamente. Pero los hermosos cisnes blancos esculpidos por Jacob, que sostienen los brazos del sillón, se han incrustado en los muslos del durmiente durante su sueño; nada puede separarlos de él, y armado con ese per-

tinaz escudo mezcla sus elogios con todos los que abruman al autor.

No hay seriedad que valga contra lo cómico de una situación así. En vano se esforzó la Emperatriz por no ver los esfuerzos del futuro ministro para desembarazarse de la poltrona antigua que se agarraba á él como un pretendiente; en vano las patas al aire de aquel sillón hacíanse amenazadoras para cuantos estaban detrás; no sabiendo cómo dar rienda suelta á la reprimida risa, desahogáronse echándole el muerto al papel del marido ridículo y bueno, contrapuesto en la comedia de Duval al marido *tirano doméstico*; y jamás hubo personaje cómico que excitara más la alegría.

A la postre, el sillón abandonó su presa, y ya nada vino á perturbar la atención que merecía la obra.

Por más empeño que se ponga en matarse el corazón á fuerza de vanidades, quédale siempre un poco de sensibilidad para compadecer los pesares de familia; y después de su ruina, el único suceso que puede enternecer á los *egoistas* es acaso la idea de verse abandonados por las personas á quienes hacen infelices. Por eso produjeron mucho efecto los últimos actos de la comedia. La Emperatriz quedó visiblemente afectada por las penas de la señora de Valmot, por las lágrimas de sus hijos, por el arrepentimiento del *tirano*; y todo el mundo predijo al autor el triunfo que después obtuvo.

Por un momento, la conversación se asemejó á lo que era en otros tiempos, en la Malmaison, en casa de la señora Bonaparte; hubiérase dicho que al volver cada cual

á sus sentimientos naturales, con la pintura de los disgustos comunes en tantas familias, olvidaba la corte y la exagerada reserva que impone.

Siempre he compadecido á los reyes por la obligación que voluntariamente se han impuesto de no conversar nunca; pues no puede llamarse *conversación* ese monólogo entreverado de preguntas, que constituye la base de toda conversación regia. Los más ingeniosos, como Federico II, han intentado tomar parte en este recreo, el más grande y duradero de los provechos del talento; pero siendo la intimidad y la libertad dos condiciones indispensables para esta deliciosa distracción, los reyes se han condenado á no ver más que ridículas parodias de ella. El mismo Voltai-

re nos advierte que, á despecho de los estímulos y engatusamientos de Federico, en los instantes en que más animadas estaban las cenas de Postdam y en que los convidados hacían más esfuerzos de ingenio, el pensamiento de que aquel hombre á quien divertían, tenía el poder de meterlos en su calabozo, si le daba ese capricho, no les abandonaba nunca y enfriaba considerablemente la verbosidad de los convidados enciclopédicos.

Hoy no es el miedo al calabozo lo que dificultaría una conversación *semiregia*, pues hay que convenir en que nunca ha habido más libertad, sobre todo en Francia; pero el amor á los altos puestos y al dinero, paraliza todavía más el ingenio que el miedo al poder absoluto. Como por lo común los soberanos no ha-

blan sino con aquellos á quienes tienen más cerca, el temor de perder los empleos que poseen y que esperan, sostiene justamente su conversación en aquella nulidad servil que es lo clásico del género.

Un príncipe heredero, cuyo padre disfrute de buena salud, si gusta del ingenio, tiene algunas posibilidades de conocer el encanto de aquella comunicación pronta é íntima de las ideas en que abundan los que saben conversar bien. Gusta transmitir las luces propias á quien debiera verlo todo para socorro de todos: es un campo de esperanza donde es grato sembrar ideas generosas. Hay la ilusión halagüeña de que, asociándole á todos los goces de la inteligencia, llegarán á repugnarle las groseras adulaciones y la perversa charla de las media-

nias; fórmase de antemano una corte de hombres superiores, aptos para guiarle en sus elecciones, para defenderle en sus peligros, para cantarle en sus glorias.

Se exponen á contrariarle para probar la sinceridad de su celo; no por el estilo de ese ministro que hablaba con aspereza al Emperador y le decía, golpeando en la mesa del consejo como fuera de sí: «Señor, es preciso que V. M. oiga bien la verdad; es necesario que V. M. sepa al fin que es el más grande hombre del mundo.» Pero no se teme manifestar á un príncipe joven que se tiene diferente opinión que él; se puede discutir y hasta bromear; se puede tener con él esa astucia tan francesa de pasar por la zumba para llegar á la razón; puede enseñársele, con señales ciertas,

á leer en la frente de los malvados.

Pero que se apresure á disfrutar de aquella confraternidad de espíritu, de aquella confianza que le permite ver á los hombres tales como son. Porque la venda va unida á la corona: tan pronto como la una ciña sus sienes, la otra cubrirá sus ojos. No importa: si ha sabido aprovecharse de su noviciado regio, á lo menos le quedarán descubiertos los ojos de la memoria; éstos pueden bastar aún para conducir á un soberano é impedirle caer.

Esparcióse repentinamente la especie de una inesperada aparición del Emperador. Todo Aquisgrán se conmovió. Cada cual se puso á investigar en sus acciones la reprensión que podía temer ó la gracia que tenía derecho á pedir. La llegada de

varios grandes personajes, que precedían ó acompañaban siempre al Emperador, no dejaba ya ninguna duda acerca de su próxima venida.

La entrada fué enteramente militar. Creo que el mariscal Mortier era quien abría la marcha; seguíale el general Moutón. Ambos eran el asombro del pueblo alemán, por su elevada estatura y su arrogante porte. El estado mayor deslumbraba. Pero el Emperador pareció menos hermoso de lo que ese pueblo se lo había imaginado, según las relaciones físicas y morales que los eruditos del país se empeñaban en hallar entre Napoleón y Carlomagno.

Los antiguos vínculos de amistad entre el señor Maret, secretario de los cónsules, y mi marido, así como las nuevas obligaciones del inten-

dente de Hacienda del departamento de Roër para con el secretario de Estado, nos habían hecho pretender el honor de alojar al señor Maret en nuestra casa durante su permanencia en Aquisgrán.

Nunca olvidaré la benevolencia con que se dignó aceptar nuestra invitación, ni los deliciosos momentos que tuvo la bondad de consagrarnos, sin menoscabar los que reclamaban sus múltiples trabajos.

Apreciando el Emperador la lucidez, el orden y la facilidad del estilo del señor Maret, no consentía que ningún otro tradujera sus pensamientos, lo mismo en *El Monitor* que en sus correspondencias políticas. Seguro de su ilustrada prudencia, de su razonador ingenio y de su perfecta discreción, le consultaba acerca de todas las cosas y le

encargaba la ejecución de los proyectos que acababa de forjar. Cuando se piensa en todo lo que pasaba en un día por la voluntad de Napoleón, asombra que haya encontrado en una sola persona ingenio para comprenderla siempre bien, talento y tiempo para transcribirla. Apenas bastaban cuatro secretarios para copiar las notas escritas por la mano del ministro, el cual estaba en todas las solemnidades, en todas las tertulias y en todos los espectáculos de la corte. Cuando hacia las dos de la madrugada, después de trabajar tres ó cuatro horas, oía hablar aún en mi salón, veíamos entreabrirse la puerta de su gabinete, y nos preguntaba si no era demasiado tarde para venir á echar un párrafo con nosotros.

Sorprendíame entonces en medio

de lo que denominaba mi estado mayor. Era una tertulia de gente de buen humor, habladores chispeantes y artistas, en que estaban en mayoría los ayudantes de campo; uno de los de Bernadotte, el coronel Gérard, jugaba á la *bouillotte* con otros mariscales en agraz como él, que se habían distinguido ya por varios hechos de armas y prometían á la gloria tanto como ésta ha hecho por ellos.

La manera como entonces se jugaba era peculiar en aquella época. El oro, que rige hoy al mundo, acababa de ser en Francia motivo de una revolución sanguinaria contra sus poseedores; la guillotina lo había desacreditado. La guerra, que producía mucho sin dejar algunas veces tiempo para gozar de él, no inspiraba ningún deseo de atesorarlo;

así es que se arriesgaba con un desinterés y una nobleza que se considerarían en la actualidad como un acto de locura. ¡Pero cuánta gracia tenía esa locura! ¡Cuánto se diferenciaba de la hipócrita sangre fría ó de la sinceridad de mal humor de nuestra juventud jugadora. Y es que entonces el juego era un placer, una pasión, y no un negocio.

Reíase al jugar, se interrumpía la partida para oír el menor relato divertido: testigo de ello, el que nos refirió Picard, de una mixtificación de que fué víctima su primer galán joven y que le puso á él, como director de la compañía, en un cómico aprieto.

Decíase que el actor Clozel era muy guapo y muy aficionado á las aventuras amorosas. Habiendo sido bien recibido en una casa de Aquis-

grán, apresuróse á cortejar á la señora de la casa, sin advertir los celos que causaba á un amigo de la susodicha señora. Una cita dada para el día siguiente en el bosque de Aquisgrán acabó de hacer perder la chaveta al pobre celoso, quien resolvió imposibilitar á Clozel de asistir al paseo y aprovechar la cita.

Su recurso era violento, es verdad, pero seguro; conocía lo inútil de las reconvenciones; hubiéranse burlado de las amenazas; el duelo era comprometedor; así es que prefirió recurrir á la farmacia.

Dos granos de tártaro emético, recetados por su doctor para una indisposición fingida, le bastaron para su venganza.

En su calidad de amigo de la casa, era él quien hacía el té y distri-

buía las tazas en las diferentes mesas de juego que por lo común llenan un salón de provincias.

Apenas había bebido Clozel la taza que le ofreciera su rival con tanta cortesía, cuando, sintiéndose demasiado inquieto para continuar su partida, cedió los naipes á otra persona, lo cual excitó risas ahogadas entre algunos guasones confidentes del bromazo. Dos horas después presentóse un criado para decir á la señora de la casa que el señor Clozel no podría ir á dar el paseo proyectado para el amanecer del siguiente día, porque estaba enfermo de gravedad.

Al oír esta noticia, levántase Picard alarmadísimo para ir á ver en seguida á su primer galán. Los burles, queriendo calmar su inquietud, le hacen saber la causa de la in-

disposición momentánea del guapo Clozel, sin pedirle que guardara secreto, pues aquellos señores hubieran tenido mucho gusto en responder á las iras del burlado. Picard se enfada y se ríe á la vez, porque sus recuerdos de estudiante y oficial de procurador le hacen, á pesar suyo, indulgente en demasía para las jugarretas á los presuntuosos.

Sin embargo, aunque era á media noche corre á casa de Clozel y le encuentra con el abatimiento consecutivo á una crisis del estómago; por lo demás, muy bien, pero con una inquietud acerca de sí mismo que nada puede calmar. En vano Picard da á aquella indisposición las causas más probables, sin atreverse á decir la verdadera: Clozel se obstina en creerse enfermo de muerte. Se niega en redondo á salir á las tablas

la noche inmediata; y es la única representación á que asistirá el Emperador. ¿Qué hacer? Al contarnos Picard su desesperación, indignábase de nuestras risas.

Le aconsejé que fuera á confiar la anécdota al señor Deschamps para que hablase de ella á la Emperatriz, la cual no dejaría de divertir con su relato al Emperador. Todos los soberanos se asemejan, añadí: cuando el Emperador *se ríe, está desarmado*.

En efecto, todo pasó á pedir de boca. El Sr. de Rémusat envió á pedir noticias de Clozel. Picard le hizo creer que era de parte del Emperador. Orgullosa de tan noble prueba de interés, el actor quiso corresponder á ella representando muerto ó vivo; y como, no obstante de creerse en la agonía, Clozel

estaba bueno y sano, nunca se representó mejor ni hizo reír más el papel de Riffard.

Yo que velaría hasta con los aburridos, si á los aburridos les gustara trasnochar, lo cual no he visto nunca, estaba encantada de tener un momento más que dedicar á la conversación con el señor Maret; porque independientemente del interés que tenía la más mínima palabra de una persona que pasaba la vida en intimidad con Napoleón, la conversación del señor Maret era á un tiempo la de un hombre de sociedad y la de un literato. Siempre tenía algunos hechos menudos que contar relativos al Emperador, que lo presentaban como tanto gustar á las gentes superiores, con la sencillez burguesa de su existencia. Aquella noche nos dijo cómo el

ejército de Italia, riéndose al ver á su general mandarlo con el sombrero rozado y deformado que se había cubierto del polvo de tantas batallas, se había suscrito á escote para obsequiarle con un sombrero nuevo, lo cual le había halagado y divertido. Nos habló también de las cartas inimaginables y burlescas que diariamente recibía el Emperador de muchos de sus soldados, confiándole como á un padre sus respectivos asuntos de familia. Entre otras, una decía:

«V. M. es demasiado justo y conoce muy bien á mi tío Eustaquio, para creer que nunca me dará ni un cuarto de la hijuela de mi madre, á menos de que no vaya al pueblo yo para ponerle las peras á cuarto. Por eso necesito una corta licencia.»

Otro le contaba con el mismo

aplomo sus penas amorosas. Había algo de la antigua sencillez de los combatientes de Homero en esas candorosas expansiones del soldado con su general en jefe. Esto era prueba de que suponían en él, como en la Providencia, esa mirada divina que penetra lo mismo en la choza del pobre que en el palacio de los reyes, ese poder que se interesa por las penas de los más pequeños, igual que por las lágrimas de los más grandes, el conocimiento completo de todos los seres y de sus más recónditas ideas. Nada sirve para dar un concepto más cabal de la gloria del Emperador como esos ejemplos de un culto sincero en donde se encuentran los mayores beneficios del culto religioso: la fe, la esperanza y la súplica.

El señor Maret nos dijo que,

cuando una feliz casualidad permitía al Emperador algún poco de vagar para leer una de esas cartas, era muy raro que no fuese favorable la contestación. Esperamos que tantos detalles interesantes, tantos secretos íntimos ó políticos, vivos aún en la memoria del señor duque de Bassano, no quedarán perdidos para la posteridad; y que nos legará un cuadro fiel de los grandes y pequeños acontecimientos de que ha sido confidente, actor ó testigo.

Después de haber dado audiencia á todas las autoridades departamentales y á los embajadores que aún no habían presentado la credencial desde que el primer cónsul se había hecho Emperador, Napoleón, seguido por toda la corte y por algunas personas de la ciudad, dirigióse á la catedral de Aquis-

grán. Iba á ver las santas reliquias regaladas á Carlomagno por la emperatriz Irene.

Estas reliquias, que se enseñan al pueblo cada siete años, son: una camisa de la Virgen María, un pañal del Niño Jesús, huesos de San Esteban, un brazo de Carlomagno, etc., etc.

Este brazo llamó la atención sobre todo al Emperador.

Llamó al doctor Corvisart, que era de su séquito, para preguntarle á qué parte de ese formidable brazo pertenecía aquel gran hueso, conservado bajo cristales tantos años.

Al oír esta pregunta, sonrióse Corvisart y guardó silencio; pero interrogado de nuevo, contestó en voz baja que aquel hueso es una *tibia* perteneciente á una pierna,

quizá de Carlomagno, pero que nunca había formado parte de ningún brazo.

—Chitón, guarde V. ese descubrimiento para sí solo —dijo el Emperador;—es preciso respetar todos los prestigios.

Pero la observación anatómica del doctor había sido oída por algunos vecinos, quienes me la contaron.

La puerta del armario de hierro que contiene esas reliquias está tabicada; esa pared no se demuele en el intervalo de los siete años de reclusión, sino en obsequio de las testas coronadas. Esto tenía que mirarse como un homenaje doblemente halagüeño para el poderío personal y el nuevo título de Napoleón.

Entre esas reliquias hallábase un

cofrecito de plata sobredorada, que excitó la curiosidad de la Emperatriz. El obispo le dijo que una antigua tradición prometía una gran felicidad á quien abriese aquel cofrecillo, pero que hasta entonces nadie lo había logrado. No se veían en él cerraduras ni goznes.

Apenas tuvo en las manos la Emperatriz el cofre, abrióse éste en seguida. Por la cara que puso al obrarse este milagro, comprendióse que atribuía tal honor á los sacerdotes guardianes de las reliquias, y en manera alguna á su predestinación. El Emperador sonrióse al ver este halago sacerdotal, como hombre resuelto á recibirlos todos, sin apreciarlos en más de lo que valen.

Se mostró menos indulgente para con el obsequio de un camafeo antiguo, incrustado en uno de los re-

licarios del tesoro. Habiendo admirado Josefina con sobrado motivo ese camafeo, el clero de Aquisgrán creyó deber suyo hacerle ofrenda de él; pero el Emperador la prohibió aceptar, acto enteramente imperial y que no fué muy del agrado de Josefina.

Al salir del sacro tesoro, el Emperador bajó á la tumba de Carlomagno.

Sentóse en el sitial de piedra sin labrar en donde tomaban asiento los emperadores todos de Alemania cuando se hacían coronar en Aquisgrán.

Dicen las crónicas que ese sillón fué extraído del sepulcro de Carlomagno por mandato de Othón III. Cuando hizo abrir el mausoleo imperial, encontraron el cuerpo del más grande de nuestros reyes, re-

vestido mitad con los ornamentos de un cristiano penitente, mitad con los de un emperador y rey de Francia. Othón hizo sacar los que el tiempo y la humedad habían respetado, además de la corona y el mandoble. El cadáver del *Emperador-rey* estaba aún sentado en el mismo sitio donde le coronaron; parecía que su altivez no le dejaba inclinarse ni siquiera ante la muerte, que el descanso y el lecho del sepulcro no eran para él. Othón dió el último golpe á ese orgullo póstumo, despojando á los restos de Carlomagno de los atributos de un conquistador y de un santo, y depositando aquéllos en un sarcófago, donde son objeto de la veneración de los héroes, de los legisladores y de los ambiciosos, desde hace más de mil años.

Los sucesos acaecidos después, permiten suponer los pensamientos que agitaban á Napoleón en aquel sitio y junto á ese esqueleto que había dominado medio mundo con sus armas y sus leyes.

Pálido, con los ojos relumbrantes con todos los fulgores de la gloria, hubiérase dicho que Napoleón leía su propio destino en los fúnebres despojos de aquel coloso del poder; y nunca he dudado de que la impresión de ese momento influyó mucho sobre el resto de su gloriosa vida.

Hasta entonces había subido al acaso, sin inquietarse por el puesto que eligiese, con tal de estar más alto que todos. Solamente allí acababan de surgir del caos de su ambición el mundo y el trono con que soñaba; sólo allí acababa de encon-

trar su modelo y su meta; pero el torrente de gloria que le arrastraba hacia esa meta había de tragárselo antes de que la pudiera tocar.

El aspecto de lo que queda del palacio de Carlomagno no aumentó en nada la impresión producida por su tumba. El Emperador sólo fué distraído de ella por la advertencia de uno de los eruditos de su séquito, quien recordó la inscripción latina que se leía encima de la puerta de aquel palacio antes de que los normandos lo devastaran:

*Hic sedes regni trans Alpes habeatur
Caput omnium civitatum et provinciarum Galliae.*

Esta inscripción comprueba que Carlomagno había hecho de Aquisgrán la Sede del imperio de Occidente.

¡Y el imperio de Occidente aún podía renacer!...

Todo conspiraba á alimentar esos proyectos gigantescos. En el gran Consejo en donde el Emperador de Alemania había resuelto, el 10 de Agosto anterior, tomar el título de emperador hereditario de Austria, este monarca se había decidido igualmente á reconocer el advenimiento de Napoleón. Cuando este advenimiento se notificó á las cortes extranjeras, el Austria había consultado á Rusia, sin obtener respuesta. Más vecina de Francia, comprendió con razón que su silencio acerca de tal comunicación equivaldría á una ruptura; y como no se encontraba en estado de declarar la guerra, su embajador, el conde de Cobentzel, recibió la orden de ir á Aquisgrán á presentar sus nuevas credenciales á Napoleón. El mismo día, el señor de Talleyrand presentaba al nuevo

Emperador alconde de Lima y al señor de Souza, aquél embajador y éste enviado extraordinario del príncipe regente de Portugal; al bailio de Ferette, ministro de la orden de Malta, y al marqués de Gallo, embajador de la corte de Nápoles.

Así, pues, aquel salón de la Emperatriz, aquella corte á medio formar, cuya cursi aristocracia había promovido tantas chanzonetas, se volvió imponente de golpe. El aparato militar, que era su lustre, deslumbraba los ojos. Admirábase allí aquel estado mayor de grandes generales de rico y noble aspecto, que reemplazaba con ventaja á toda esa patulea de petimetres con casacas bordadas de la antigua corte, y la multitud de embajadores de casi todos los soberanos de Europa, que, esperando á sus señores, iban en-

tretanto á depositar sus homenajes á los piés del vencedor de Marengo. En fin, de tal manera se dejaba sentir el prestigio inherente á un poder muerto con Luis XVI y resucitado por la gloria, que no había medio de burlarse.

Además, todos los ornamentos, las preocupaciones y hasta los defectos del antiguo régimen tenían allí su representante. El ingenio, la indolencia, los chistes, el desenfado, la gracia, toda la coquetería diplomática habían vuelto allá con el señor de Talleyrand. El joven Augusto de Colbert, tan hermoso y tan friamente audaz, representaba allí la elegante valentía de los coroneles de Fontenoy; la señora de La Rochefoucauld hacía allí el efecto de una duquesa conservada. Su sillón tenía un falso aspecto de tabureté,

que no dejaba nada que desear á los amantes de los vetustos privilegios de la corte. El Sr. de Aubusson de la Feuillade, con su casaca de chambelán, representaba allí el verdadero gentilhombre de cámara. El caballero de Harville recordaba allí á ese señor que se bañaba con un cordón de hoja de lata pintado de azul al óleo para no desprenderse ni por un instante de las insignias de su grandeza.

Verdad es que las mujeres, en su mayoría jóvenes, hermosas y engalanadas, estaban con una actitud más rígida que la de las grandes damas que en otro tiempo se veían en el juego de la reina. Quizá consistiera eso en que las mujeres en la corte de Luis XIV y aun en la de Luis XV no pensaban sino en conseguir una frase galante del rey, y las de la

corte de Napoleón preocupábanse á menudo de evitar una frase severa por parte de éste. Deben perdonársele tales muestras de mal humor, porque casi siempre eran con justo motivo. Por ejemplo: los ingleses nos hacían entonces todo el daño posible. El Emperador no podía herirlos más que en su comercio. Pues bien; á despecho de las leyes, de su voluntad tan fuerte y del interés nacional, en cada paseo de la mañana veía á las damas de palacio y á la misma Emperatriz vestidas con todas las telas inglesas que él mismo había prohibido; cuanto mayor era el riesgo del contrabando, más se apoderaba la moda de ellas; que el espíritu de contradicción puede en Francia mucho más que todo sentimiento patriótico.

Indignado el Emperador por esta

culpable indiferencia, toda su severidad era poca para echarla en cara, puesto que se resistía á todas sus reprensiones.

¡Ah! Preciso es creer que somos incorregibles, puesto que el mayor genio del siglo, el que se sometió á tantos poderosos y reformó tantos abusos, no ha podido triunfar de esta *frivolidad patricida*.

Siendo los recuerdos de Carlomagno el asunto de más interés en el viaje del Emperador á Aquisgrán, subió á Louisberg, lugar adonde iba antaño en peregrinación, con los piés descalzos y la cabeza descubierta, el mismo soberano que podía ostentar tantas espléndidas coronas. Bonaparte, presuroso por llegar al castillo de Franckenberg, cerca de ese lago donde fué arrojado el anillo de Carlomagno, había

descendido á galope de la montaña, y sus mejores caballerizos habían tenido que pasar fatigas para seguirle por el sendero escabroso y rápido, reemplazado hoy por encantadoras calles de árboles. El Emperador se encontró con Josefina en medio de su corte, al llegar al pié del gótico torreón de donde salieron Emma y Eginhard, junto á ese puente donde sólo se encontraron impresas en la nieve las huellas del paso de una mujer. Allá, bajo los muros de ese castillo donde Carlomagno espiaba desde la ventana los amores de su hija, donde él mismo descansaba de las fatigas de la gloria y del poderío, con el placer de amar y de obedecer, allá vimos de pronto improvisarse al azar la más hermosa decoración de ópera que pueda imaginar el genio

de los Ciceri, inspirado por los más brillantes recuerdos de nuestra historia.

El Emperador á caballo, subido, á despecho de una escalera rota, en la cima de la peña que sustenta la torre de Franckenberg: este torreón derruido por el tiempo y por lo alto del cual asoma una vieja encina con las ramas abiertas como paternales brazos, símbolo druídico que parece proteger hoy á las ruinas, como las alas del águila imperial protegían antaño al noble castillo; los generales, los ayudantes de campo, los oficiales de la guardia, desparramados en gradación por el puente, las murallas y los restos de la antigua fortaleza; Roustán *el Mameluco*, apeado de su corcel árabe, con el brazo metido por la brida, estirado el cuello, con la

vista fija en su señor, espiando el fin de su contemplación para obedecer á la menor señal... Y Napoleón dominando desde la cúspide de aquella ruina la risueña comarca elegida para delicia de Carlomagno... apartando con su bella mano las guirnaldas de hiedra y de espino que cuelgan de las viejas almenas, como para formarle una corona natural; dirigiendo alternativamente sus miradas al lago que recibió el anillo mágico, talismán de amor y de locura, y luego á los hirvientes arroyos (1) que surcan la pradera, cubierta entonces de mujeres y de flores. Aquel cuadro representaba toda la poesía de la historia gótica y de la historia moderna; y hubiera

(1) La senda que conduce á Franckenberg está entre dos arroyos, uno de ellos de agua muy termal.

podido creerse que la Emperatriz había transportado aquel día su salón á la sombra de aquella ruina imperial para que allí se vieran, cual en otro tiempo, valientes soldados, hazañosos caballeros y hermosas mujeres rodeando también al más gran conquistador de Europa.

UN SALÓN EN EL MES DE DICIEMBRE

Empezaban las reuniones; algunas personas habían anunciado de nuevo su día de recepción; pero los corrillos no estaban completos, porque los maridos grandes propietarios toman por pretexto sus plantíos y sus labores agrícolas para conservar á sus jóvenes esposas el mayor tiempo posible lejos de los placeres de la ciudad; sin contar con que á los más ricos les gusta librarse de la costumbre de los aguinaldos, especie de impuesto cobrado al amor propio

de los avaros como al de los pródigos, y del cual sólo pueden libertar el alejamiento y la soledad.

El azote de los aguinaldos comienza á dejarse sentir hacia el 20 de Diciembre, primero por una vaga inquietud con motivo de los objetos que deben de agradar á los obsequiados, después por la desesperación de no poder acomodar nunca el objeto elegido al importe de lo que se puede ó se quiere gastar en él.

Nada iguala á la ambición de las personas que reciben aguinaldos, sobre todo la de las mujeres. ¡Cuántas veces han acogido con desdeñosa zumba el presente, cuyo valor, disfrazado con olas de bombones, reducía á la mitad la pensión del joven donante, produciéndole á éste un acreedor más! ¡Qué de

amistades enfriadas y relaciones rotas por no haber respondido á los aguinaldos que se esperaban de nosotros! Estas especies de rencores tienen el carácter y la constancia de las pasiones reconcentradas: ninguna efusión dulcifica su amargura. En tales casos, ¿cómo quejarse de la avaricia de un amigo sin confesar la propia? Hay, pues, que devorar la pena y guardarse mucho de darla á comprender enseñando con aire irónico el mezquino aguinaldo inferior á lo que se esperaba; falta que se comete con excesiva frecuencia y de la cual sacan partido los maliciosos para burlarse igualmente de la parsimonia del obsequiante y del despecho del obsequiado.

Las caricias de los niños y el esmero de los sirvientes domésticos

ya están en razón directa de los aguinaldos que esperan recibir de sus padres y de sus amos.

Los joyeros jabonan ya las alhajas viejas para venderlas como nuevas á todos los extranjeros y provincianos, quienes serían mal recibidos á su regreso, si el envío de algunos vestidos, sombreros ó joyas, pasados de moda, no los recomendasen á la ternura de sus respectivas familias.

¡Qué meses de esperanzas y ansiedades para las grisetas y mujeres de la vida galante! A cuántos ensismamientos profundos y distracciones involuntarias les da margen esta importante pregunta íntima:

—¿Qué me regalará?

¡Qué de medios ingeniosos imaginados por ellas para estimular la

prodigalidad de sus amantes! Una elogia, con aspecto de desinterés, la delicada manera cómo el príncipe T*** envió el año anterior, por aquella época, á su querida, una sencilla cesta de naranjas... pero cada una de las cuales iba envuelta en un billete de mil francos... ¡Qué exquisita galantería!

Otra, más difícil en asuntos de delicadeza, ofenderíase vivamente al ver billetes de Banco; pero disfrazados estos billetes en forma de joyas de moda, en muebles de taracea, en objetos de gran valía, encuentran gracia ante sus ojos. Lo que ambas aparentan apreciar sobre todo es la *atención* ó la *intención* del obsequiante; sólo que la atención no es delicada, ni la intención conmovedora, sino cuando han costado mucho dinero.

Si este mes tiene sus cargas, también tiene sus provechos; el servicio de cada cosa se hace con más exactitud, las cartas no se pierden ni los periódicos se extravían, las tarjetas de visita se mandan á su destino, y los inquilinos no tocan ya veinte veces con el llamador de la puerta cochera antes de que los porteros tiren del cordón para abrirla. La acomodadora de palcos no hace esperar los abrigos, el cochero se embriaga menos, el cocinero deja quieta el asa de la cesta, el criado es atento, la doncella ya no refunfuña; los niños no lloran sino con algún motivo real, y las niñas no les golpean; la vida es, por lo general, más fácil; todo el mundo cumple con su deber; todos los cortesanos ocupan sus puestos, esperando figurar en la lista de las

mercedes ; los salones de los ministros están llenos de gentes, los gobiernos hallan menos opositores, los mismos reyes se ven menos hostigados.

Pero, ¡qué de desengaños, susceptibilidades y hasta enemigas nacen de este mes engañosor ! ¡ Cuántas caras contraídas y falsas palabras de agradecimiento, sin contar con las mentiras conyugales y las generosidades sin agradecer !

Porque en el antiguo sistema de los *aguinaldos* vemos varias especies.

En primer lugar el *aguinaldo por deber*, que se da y recibe como si fuese un pagaré á plazo fijo, es decir, de muy mal humor por una parte, y sin gratitud alguna por la otra.

Viene después el *aguinaldo im-*

puesto, el cual hay que satisfacer so pena de ser servido el último, ó ni siquiera serlo, cuando coméis en casa de los amigos.

Sigue el *aguinaldo de azar*, que consiste simplemente en dar este año á los nuevos amigos los regalillos que el año anterior se recibieron de los amigos antiguos: es lo más socorrido para los economistas vanidosos.

El *aguinaldo fraudulento*, que pasa siempre por haberlo comprado la persona que lo recibe, ó por ser envío de una tía anciana cuyas rentas de tres años no bastarían para pagar el aguinaldo engañoso.

El *aguinaldo menguante*, que revela las fases del sentimiento y sus revoluciones previstas por los astrónomos del corazón, en que el amor se convierte en amistad, la

amistad en costumbre y la costumbre en indiferencia. Esta clase de aguinaldos suelen comenzar por algunos ricos talismanes, cuyo lujo debe ser, ante todo, inútil; y concluyen siempre por un cartucho de dulces.

El *aguinaldo intrigante*, que abre los despachos de los ministerios, los palcos en las funciones en que hay un lleno completo, y el camarín de la mujer bonita que tiene prohibido abrir la puerta.

Tenemos también el *aguinaldo negocio*, el más ingenioso de todos, inventado por los herederos, los solicitantes y las mujeres interesadas. Este no se halla al alcance de todo el mundo, pues no se trata sólo de dar poco para conseguir mucho, sino que es necesario tanto discernimiento como astucia para escoger el

regalo y los medios de hacer que produzca.

¿Pretende V. un destino que dependa de un ministro? Pues hágase V. presentar en casa de la casada ó soltera á quien el personaje va á visitar en secreto; estudie V. el capricho que á éste se le ha olvidado satisfacer, envíe su ofrenda anónima, y bien pronto será adivinado por ella y colocado por él.

¿Depende vuestra suerte de un íntegro administrador, cuya mujer sea honrada? No temáis arruinaros en juguetes para sus niños: es una colocación de fondos más segura que en papel de la Deuda pública de España.

¿Queréis aseguráros la herencia de algún pariente viejo? Observad sus manías, tratad de descubrir el mueble, libro ó manjar delicado

que no compra por avaricia; regalad un reloj al chiquitín de su ama de gobierno y haced que obtenga una pensión vitalicia del viejo, para que el chiquillo no os birle toda la herencia. He aquí el *aguinaldo negocio*, con toda su diplomacia. En cuanto al cálculo de la mujer que fuerza ó excita la generosidad de sus amigos por medio de amigos de gran valía, eso entra en la esfera de las especulaciones vulgares.

El invierno pasado contábase en un salón la historia de un aguinaldo tardío, la cual pudiera titularse *Viajes de Alejandro Magno*; era un pequeño camafeo antiguo admirable y que representaba la hermosa cabeza del vencedor en Arbelas.

La señora Dercourt, á quien designaremos con este apellido para ocultar mejor el suyo, está ca-

sada con un rico banquero, enamorado de sus riquezas tanto como debiera estarlo de su mujer; esto hace que su mujer ame á sus riquezas más que á él; y además de ellas, á un joven elegante para quien ella es lo de más interés en este mundo después de los caballos, de los trajes, de las armas, del café de París, de los bastidores de la Opera y del Jockey-Club.

¿Cómo no comprometerse para conservar un amor tan exclusivo? ¿Pueden escatimarse los pasos imprudentes, los sacrificios continuos, cuando se trata de animar ó reanimar al egoísta á quien se adora?

Después de haber satisfecho todas las clásicas exigencias de un amante joven y fatuo, la señora Dercourt veíase reducida á expiar sus caprichos, mísera condición en

que la mujer se pregunta: «¿Qué deseará?» ¡Ay! Sólo en objetos fútiles era en lo que había de encontrar ya la señora Dercourt un medio de colmar los deseos del hechicero Agenor.

Como el verdadero modelo del *perfecto elegante*, Agenor no tenía ideas ni gustos propios; la moda es lo que sólo le imponía pensamientos, actos, manías y antipatías. Al ver llegar la moda de lo antiguo, de lo gótico y del *rococó*, se había hecho á toda prisa una colección compuesta de arcones descantillados, sillas de refectorio, porcelanas chinas restauradas, colgaduras ahumadas, relojes desmontados, jarros descabalados, vidrieras rajadas, tapices con grandes personajes cuyas nariz y barba apolilladas presentaban á la vista caras monstruosas;

porque la manía por las cosas no da el gusto de ellas, y sólo el gusto sabe elegir las y emplearlas bien. Por eso, el nuevo homenaje rendido por Agenor á la moda del día, no hizo más que amontonar en su habitación un mobiliario feo, sucio y molesto.

Mejor guiado por la imitación exacta de los prototipos de la *fashion*, Agenor iba vestido con esa hipócrita sencillez que, con colores oscuros y una corbata negra, disfraza el lujo en el vestir y la finura de la ropa de hilo; un reloj de Bréguet, suspenso de una cadena de platino, era la única alhaja que llevaba; pues no se había dejado conquistar por lo llamativo de las botonaduras de rubíes, esmeraldas, ópalos, etc., tan gratos á los actores, los peluqueros y los viajantes de comercio.

Una sola cosa era su mayor capricho. En el bosque de Boulogne encontraba á menudo á caballo al joven duque de M***: su ancha corbata negra, cuyas puntas cruzábanse en el pecho, iba sujeta por un camafeo antiguo, de notable hermosura. Este modo de aplicar un objeto de arte y de subido precio al más sencillo vestir al desgaire, parecióle á Agenor el supremo buen gusto. Corrió á casa de todos los vendedores de curiosidades, joyeros artísticos y anticuarios, para proporcionarse un camafeo análogo al del duque de M***. Los vió bellísimos, pero cuya antigüedad era muy dudosa; y todos aquellos cuya perfección hacía creer en su origen griego, eran de un precio exagerado en demasía según su parecer.

Después de regresar del campo,

la señora Dercourt preparaba la habitual sorpresa que había de despertar á Agenor el primero de año. Era una miniatura, una especie de *retrato-mosca*, por su pequeñez, gracia y hermoso colorido; era una de esas obras maestras de parecido, esplendor y perfección, cuya excelencia imponderable revelaba los pinceles de Mad. de Mirbel.

El puño de un bastón, el broche de una cartera, un medallón, un alfiler montado; todo podía servir de escondite á ese retratito. Ya iba la señora Dercourt á encargarse el medallón que debía ocultarlo, cuando por un amigo de Agenor supo el motivo de las múltiples caminatas que á diario hacía á los comercios de curiosidades. Desde ese momento pesaba sobre su corazón la idea más humillante, y se dijo: «Un camafeo

es lo que desea, y no mi retrato.»

Y llenáronse de lágrimas sus ojos... Luego, arrepintiéndose de tal sospecha, se la echó á sí misma en cara como una calumnia; mas para mayor seguridad, decidióse á ocultar el inesperado retrato bajo el camafeo apetecido.

Conocía uno admirable, último tesoro de la viuda de un general que estuvo en la guerra de Italia. El pago de las deudas contraídas durante la enfermedad del difunto, fué lo único que logró resolver á la viuda á desprenderse de aquella hermosa cabeza de Alejandro, conquista y regalo de Bonaparte; pero la ofrecieron la suma que debía, y lo cedió. Y el joyero más discreto y hábil vióse encargado bien pronto de inventar un resorte imperceptible para esconder el más bonito

rostro moderno debajo de las nobles facciones del héroe antiguo.

El aguinaldo fué recibido con los mayores transportes de alegría; y, merced á la ingeniosa combinación, la señora Dercourt pudo creer que su retrato era la única causa de tanta gratitud.

Sin embargo, apenas transcurrieron ocho días, la señora Dercourt ya no vió más al alcahuete camafeo en el pecho de Agenor; manifestó su extrañeza por ello.

—Consiste — respondió él — en que hace algún tiempo que monto un caballo indócil; y con los botes que da, temo perder tan preciosa reliquia.

Esto explica bien ó mal por qué no la llevaba puesta. Pero al decir esto, Agenor no puede disimular bien su apuro.

El hecho es que, queriendo darse á sí mismo el aguinaldo, había pensado en cierta bailarina de la Opera; y durante un momento de intimidad, aquélla le quitó con sus propias manos el rico alfiler, resuelta á quedarse con él. Sorprendidos ambos por la brusca llegada del nuevo Turcaret, cuyo oro le abría á todas horas las puertas de la bailarina, Agenor huyó tan á escape que se le olvidó el alfiler. Ya se comprenderá que lo reclamó en vano. Ruegos, amenazas de una ruptura completa, nada pudo hacerle recobrar el camafeo; sostuvieronle que se había perdido, ó lo habría robado algún sirviente. En fin, que ya no lo vió más.

Los Turcarets de nuestros días, son más taimados que su modelo; abandonan en redondo á la corte-

sana que los engaña con visible descaro, y la bailarina se vió muy pronto privada de la espléndida renta que le pasaba su viejo adorador. Fué preciso allegar recursos con todas las alhajas recibidas á hurtadillas; el hermoso camafeo entró en este número.

Un judío dió á préstamo por él una módica suma, y en seguida se lo vendió por el triple á un inglés. Este lo perdió á los postres de un banquete, de donde le llevaron á su casa á media noche, borracho perdido.

Una lavanderita, que iba al amanecer á su cotidiana faena, ve relumbrar una cosa entre el barro del arroyo; era el círculo de oro del camafeo. Lo recoge, lo frota con el delantal, y pensando que sería una de esas chucherías de los

tenderetes de á real y medio la pieza, se lo regala al mozo de café que siempre la está prometiendo casarse con ella.

—¿Sabes que tienes algo ahí que parece cosa de mérito?—dice con aire de suficiencia un prendero ambulante á su primo el mozo de café.—He visto un alfiler por el estilo, que se ha vendido en más de ochenta francos.

—¡Calla! ¿De veras?

—Te lo juro. Y si quieres hacer la prueba, no tienes más que venirme conmigo á casa del prendero del muelle de los Plateros.

Se acepta la proposición. Después de despreciar lo más posible el camafeo, fué comprado por sesenta francos y revendido al instante por doscientos al joyero próximo. De tienda en tienda, llegó hasta el jo-

yero de la corte; todas estas mutaciones ocurrieron en menos de un mes.

Durante ese tiempo, la señora Dercourt, devorada por la sospecha, ya no acogía á Agenor sino con improperios; y éste los evitaba lo mejor que podía, viéndola lo menos posible.

—Has sacrificado mi retrato en aras de alguna mujer—decía ella, pálida de celos.

—¡Vaya una idea tonta!

—Pues bueno; enséñamelo.

—En verdad que me guardaré bien de hacerlo así. Hay que castigarte un poco por la injuria que me infieres.

Luego, afectando profundo resentimiento, Agenor salió brusca-mente y dejó á la señora Dercourt abrumada bajo el peso de una horrible certidumbre.

En este momento entró en su casa el señor Dercourt y pasó á verla; chocóle la alteración de sus facciones, y la dijo:

—Pobrecita, sufres y quizá me lo achaques á mí; y tienes razón, porque este mes me han dominado tanto los negocios, que ni siquiera he pensado en darte el aguinaldo. Pero tranquilízate: una vez concluida mi liquidación, repararé mi desacierto. Ya he visto algo que te agradará, porque tienes buen gusto y no te entusiasma lo de relumbrón, sino que necesitas una preciosidad. Pues bien, trataremos de contentarte; pero abandona ese aire de tristeza que me parte el alma; afligirse así por mis pequeños descuidos es una niñada. Bien sabes que todo cuanto gano es para ti y para nuestra hijita Cecilia; y debes

perdonarme si algunas veces te olvidado por asegurar á las dos una buena fortuna.

Dos días después de haber pronunciado este discurso tan tiernamente conyugal, habiendo reunido el señor Dercourt en su casa á los amigos á quienes se complacía en humillar con su lujo, vieron entrar á su linda hijita Cecilia.

—Toma—dijo ésta á su madre—aquí tienes el aguinaldo que papá te regala.

La señora Dercourt besa á la niña y abre el estuchito que le acaba de entregar; pero apenas clava los ojos en el objeto que contiene, cuando la ven palidecer y caerse desmayada.

—¡Ah, Dios mío! ¿Qué he hecho—exclama el marido, que llegaba para gozarse en su sorpresa.—Mas

también ¿cómo prever que la menor emoción la ponga en ese estado?

Levantáronse todos para auxiliar á la señora Dercourt. Sólo Agenor permaneció inmóvil. Al ver el camafeo, que acababa de caerse á la alfombra, escapándosele de las manos á la señora Dercourt, explicóse bastante la causa de ese desmayo. Por fortuna, al caerse el alfiler, no se abrió el resorte.

— ¡Vamos, ya vuelve en sí; no será nada! — dijo el señor Dercourt. — Las sorpresas gratas no son dañinas.

Luego, recogiendo el alfiler, entregó á la admiración general el hermoso perfil de *Alejandro*.

— Ya ven Vds. — añadió — cómo mi querida Valeria no ha perdido nada con esperar, y que el *aguinaldo tardío* siempre es el mejor.

En efecto, fundándose la señora Dercourt en el estado de sufrimiento que la produce la *menor* emoción, para alejarse algún tiempo de la sociedad se ha retirado al campo; donde, ocupada enteramente en el cuidado de educar á su hija, ha recobrado la salud, la paz y la felicidad.

Lo mismo que el señor Dercourt, creemos que el *aguinaldo tardío* puede ser el mejor.

LA FATUIDAD MODERNA

Se han perdido algunas enfermedades, como la *pituita vítrea* y otras, cuya extinción deplora la Medicina con una candidez cómica; pero las enfermedades del espíritu continúan incólumes, y no tenemos que sentir la pérdida de ninguno de los defectos con que la naturaleza ó la civilización tan espléndidamente dotan á la humanidad: testigo de ello son los caracteres de Teofrasto, los grandes retratos de Plutarco, los calcos de La Bruyère, los cuadros vivos de Aris-

tófanos, de Terencio, de Molière y la colección moderna de nuestros pintores de costumbres.

De esta inalterable constancia en los vicios y extravagancias, resulta una monotonía que desespera á los observadores y delatores de las debilidades humanas. No teniendo más recursos que matices casi imperceptibles y algunos cambios de vestimenta, vense reducidos á rebautizar á sus modelos. El avaro de Terencio se trueca en el padre de Eugenia Grandet; Werther se llama Chatterton; Valmont, Ramière, Volmar, Jacques; y, á pesar de todo el ingenio empleado en estos disfraces, aún se conocen demasiado los modelos. Por tanto, es prestar un servicio á nuestros modernos Teofrastos el señalarles, á falta de caracteres nuevos, el cambio

acaecido en ciertas ridiculeces, el cual comunica un particular aspecto á la sociedad y puede suministrar picantes observaciones á su genio crítico.

Por ejemplo, la fatuidad ha existido en todos tiempos; y este defecto, cuyo origen se pierde en las tinieblas de lo pasado, ha sufrido grandes mutaciones en nuestros días, desde Acteón, á quien por tan extraño modo castigó Diana, hasta Monaldeschi, cuyo atroz castigo no corrigió á ninguno de los amables fatuos del tiempo de Luis XIV y de la Regencia.

Es en vano buscar hoy en nuestros salones un caballero de Gramont, un duque de Lauzun, un marqués de Wardes, un mariscal de Richelieu, en fin, uno de esos brillantes seductores que no sabían

conservar el secreto de una conquista. Tampoco se encontraría la copia de esos *cavalieri serventi*, que seguían los pasos de una mujer bonita, aguantaban sus desdenes, sus caprichos, con el único fin de dejar creer que tanta complacencia era recompensada; ni de esos galanes subalternos á caza de una carta imprudente, de una simple inconsecuencia, para comprometer á la mujer más deseada por presunción que amor. Estos originales han desaparecido: la política, la literatura, la riqueza tienen aún fatuos; el amor ya no los tiene.

Y no es porque la fatuidad galante, ese achaque del amor propio, haya ido á reunirse con la pituita vítrea de los antiguos, no. Aquella manía de pregonar el triunfo que debiera ocultarse, y de hacer creer

en los que no se han logrado, siempre existe ante nuestros ojos; pero ha cambiado de sexo, y es curioso ver los efectos de esa transmigración en todas las clases sociales.

El aire de indiferencia, la negación positiva, el disimulo, han pasado á ser patrimonio de los hombres; las preferencias ostensibles, las miradas tenaces, los pasos indiscretos, son la hijuela de las mujeres. Ellas son quienes exigen hoy lo que antaño no podían conseguir, á saber: que las visiten por la mañana; que las acompañen por la noche al teatro y al baile; que vayan á su encuentro en todas partes y se sienten junto á ellas en un salón para conversar allí á duo toda la velada como pudieran hacerlo delante de la chimenea de su gabinete, sin dárseles un ardite de lo

que puedan pensar los doscientos maldicientes que compongan la reunión; que rompan toda clase de relaciones de amistad ó de cortesía con las demás mujeres. ¡Tanto les importa que nadie pueda equivocarse acerca del objeto de una predilección tan señalada! Ellas son quienes representan á gritos las escenas de celos y tienen aire de lástima para con las mujeres á las cuales se precian de arrebatables sus jóvenes maridos. En otro tiempo delataban su amor por el escrupuloso cuidado que ponían en no pronunciar nunca el nombre de aquellos á quienes amaban; ahora, ese nombre figura en todas sus frases, preside al relato de lo hecho durante la víspera, al proyecto formado para mañana; es el eje sobre el cual gira su conversación.

De esta preferencia marcadísima no debe inducirse que ocurran cosas tan hondas como se aparentan. No; por desgracia ó por prudencia, la mayoría de esos amorosos sentimientos son muy honestos en el fondo. En primer término, porque la crueldad se ha hecho hombre; y después, porque teniendo esos caballeros por norma sostener á la vez unos amores positivos y una intriga novelesca, resulta de aquí mucho menos peligro para la última. Las fuerzas del corazón, como todas las demás, se empobrecen al dividirse; lo que se ama por la noche perjudica mucho á lo que se ha de amar por la mañana, y de las agitaciones del vicio nace un sosiego del que se aprovecha la virtud. De ahí provienen esa complacencia en dejarse adorar, esa paciencia

para esperar ó esa habilidad para evitar los momentos felices, lo cual presta á nuestros jóvenes una lánguida gracia que sus padres no conocían. No es posible desesperarlos; no desean con viveza nada; su imaginación ya no se atormenta por buscar las ocasiones de verse, de confirmarse en el sentimiento que se inspira; por el contrario, sólo después de reiteradas negativas ceden y se condenan á sufrir el aburrimiento de una función teatral, la sonora charla de una tertulia ó el calor molesto de un baile. Este sublime sacrificio se ve recompensado con las más rendidas gracias: «*¡Qué amable es V. al haber venido aquí!*» se les dice con acento de gratitud. ¡Cuánto se aprecia lo poco que hacen!

Ese heroico sacrificio no llega

hasta á bailar con la mujer á quien cautivan. ¡Quita allá! Eso sería comprometerse demasiado. En primer lugar, el verdadero elegante baila poco ó no baila, y siempre con notabilidades como la señora de la casa, la heredera de más viso, ó la dama que piensa dar un baile. Porque es de advertir que esos encantadores desdeñosos de los placeres de sociedad tienen empeño en ser invitados á todas partes.

Y ya no es, como antaño, por seguir allí al objeto de sus afanes, por gozar con sus triunfos, por sentir palpitar el corazón, oyendo á todo el mundo «¡Qué hermosa es!» No, en verdad; donde más le importa ser admitido es, sobre todo, en la casa adonde no va ella. Es de ver entonces á la pobre mujer aza-

canarse por llegar á obtener la es-
quela de convite que ha de propor-
cionarla la felicidad de ser testigo
de las coqueterías del ingrato con
otra. ¡Cuántas visitas, cuántos pa-
sos, qué de adulaciones para con-
seguir ese objeto! No estaría bien
invitar sin ella á sus más íntimos
amigos, dice. Sería una injuria
ignorar la intimidad de que hace
gala; y, sin embargo, esa intimi-
dad se reduce á recibir de tarde en
tarde un ramo de flores, lo cual le
da derecho á comprar otros, apa-
rentando que de él proceden.

Nada hay tan divertido como la
fatuidad de las mujeres por enseñar
ese magnífico ramillete de camelias
y brezo, de cuyo precio están bien
sabedoras, puesto que se ha visto á
persona de su servidumbre encar-
garlo en casa de Mad. Prévost;

nada tan chistoso como su fingido apuro cuando se les habla sin la más mínima segunda intención del pesar de haberse presentado en su casa un día en que ellas no reciben, y todos sus arrumacos á propósito de una carta entregada sin disimulo y oculta en seguida en el cinturón, con el cuidado de dejarla ver lo suficiente para llamar la atención á los curiosos. Todos esos manejos, remozados por el cambio de lugar, son de lo más cómico y reclaman el tan exacto pincel de nuestros autores contemporáneos.

Hace poco se contaba la historia de un marido engañado como nunca lo fué marido alguno.

Un anónimo le había advertido caritativamente del amor de su mujer por un joven muy de moda. Todo se le indicaba sin ambajes,

las pruebas de la intimidad, los medios de escribirse, los sitios de cita. Encontraría un retrato en el secreto de un atril gótico, cartas en una cartera oculta detrás del marco de un cuadro, y á la infiel en una casita de la alameda de las Viudas, á la hora en que las Cámaras discuten los presupuestos.

Todos esos indicios, tan claramente detallados, comenzaban á perturbar el espíritu del pobre hombre. Sin embargo, le da vergüenza otorgar crédito á un anónimo. Quiere observar por sus propios ojos y juzgar por sí mismo la importancia que merece la denuncia. Le llaman la atención los aires preocupados, las miradas lánguidas, los ramos de flores, los pasos misteriosos; ya no duda de su desdicha, y, como todos los maridos que no dudan, quiere

convencerse. Fuerza el secreto del atril gótico.

Ofúscale la vista el retrato de un hombre; no conoce esa cara, pintada muy medianejamente á la acuarela, por la sencilla razón de que no tiene ni pizca de parecido; pero, la levita abrochada hasta el cuello, la corbata con el lazo hecho de cierta manera, la roseta en el ojal, todo eso está hablando. *Es él*—dice el marido;—y corre á la cartera que contiene la correspondencia. Allí cesa su incertidumbre; porque al decir *es él*, el buen hombre no sabía precisamente de quién hablaba; pues las levitas y corbatas negras, las rosetas rojas en la solapa, son muy comunes; por eso, en realidad, sólo supo á qué atenerse cuando tuvo en sus manos varias cartas firmadas con todas sus letras: A. de N.

Por supuesto, ya se comprenderá que esas cartas, firmadas como simples peticiones, no contenían sino frases corrientes y de lo más respetuosas. «*Están escritas en cifra*—pensó el marido;—estas frases frías y ceremoniosas representan indudablemente las más apasionadas expresiones; de no ser así, no las escondería con tanto cuidado.» Entonces todo lo sacrifica, intereses políticos y jugadas de Bolsa, por la premura en dirigirse á la alameda de las Viudas.

A la puerta de la indicada casa hay un coche de alquiler.

—Esto es hecho—dice el marido, asegurándose de que lleva en los bolsillos las pistolas;—veremos si el malvado es valiente.

Baja del tálburi con el corazón lleno de rabia, decidido á matar al

rival, á la culpable y á todo el que le quiera impedir hacerse justicia por su mano.

Toma por una calle de serbales, oye reir y hablar detrás de un seto... Esa alegría aumenta su furia. Se precipita, pálido y con los ojos torvos, hacia la primera salida que encuentra, y va á dar en medio de un colegio de niñas en plena hora de recreo.

Allí está su mujer hablando con la profesora, á quien recomienda particularmente dos pobres gemelas que hace educar á sus expensas, y que han sido confiadas á su caridad por el respetable cura de San Roque.

No comprende una jota del aire extraviado de su marido; y le pide explicaciones, á la vez que se las da del por qué se encuentra allí

ella. No caben dudas acerca del motivo de aquel paso y de esta beneficencia en secreto; pero hay otros hechos acusadores. El marido despide su tálburi, monta con su mujer en el simón, y allí la hace sufrir un interrogatorio en toda regla.

La confesión de un crimen le hubiera costado quizá menos á aquella joven é inocente señora, que la de la extraña fatuidad que la había inducido á confiar á una pérfida amiga el enredo que no tenía. Porque ese señor A. de N., para con el cual habiase mostrado ella un poco coqueta, ni siquiera lo había reparado. Ese retrato, tan mal hecho como bien oculto, lo había pintado ella de memoria, y la media docena de cartas conservadas con tanto esmero eran la prueba escrita en luga-

res comunes de la más absoluta indiferencia; pero era preciso tener una confianza que hacer, una debilidad que alardear, una conquista de que presumir, y quiso la desgracia que la confidente fuese traidora y rival. Pero como la debilidad era imaginaria nada más, el marido se calmó muy pronto, contento de no tener que maldecir en aquella circunstancia más que la *fatuidad venida á parar en ruela*.

EL SALÓN DE LA CONDESA MERLÍN

Después de haber deplorado la pérdida de los salones que las revoluciones ó la muerte han cerrado para siempre, después de haber gemido por el derrumbamiento ó la profanación de esos templos erigidos á la antigüedad de los franceses, á la conversación, justo es que nos consolemos un poco hablando de lo que nos queda.

Esperamos que, siendo ya tan merecidamente célebre el nombre de la señora condesa Merlín, se nos

perdonará insertarlo aquí á la cabeza de los que más honran á las artes y á la buena sociedad. La señora condesa Merlin forma parte del pequeño número de personas que pueden desafiar á la publicidad; ella misma lo ha reconocido así publicando su vida; por eso creemos poder, sin temor de ofenderla, reparar el olvido suyo de no hablar de su talento y sus afanes por reunir y animar á los artistas de todos los países, que han hecho de su salón un paraíso lleno de armonías.

Angelicales voces de jóvenes y lindas señoritas, cuyos acentos no han arrobado hasta ahora más que á su familia, cantan allí los salmos de Marcello, los coros de *La Creación* por Haydn, ó los de *Moisés*, con esa pureza que da á los cantos

religiosos el primer puesto por cima de todos los demás. Al escuchar los sonidos de esos divinos acordes, la mujer más disipada la elegante menos accesible á las emociones del alma, siéntense conmovidas con una turbación religiosa. El libre-pensador más resuelto á no creer en nada, reconoce en aquella santa armonía otra patria que no es la tierra; y allí, rodeado por todas las seducciones del mundo real, sueña, á pesar suyo, con un mundo más bello todavía, y concibe que lenguaje tan sublime sólo puede dirigirse á Dios.

Es imposible no reconocer la influencia que el salón de la señora condesa Merlin ha ejercido sobre la música *social* en París. Fué la primera en advertir que sin inconveniente alguno podían amalgamar-

se las preeminencias de una dama de buena sociedad con el talento de una gran cantatriz, pues nadie negará que si la señora Merlin hubiese nacido en la clase de los artistas, hubiera adquirido los mayores laureos que han ilustrado los conciertos ó la escena. Su voz brillante, extensa, fuerte y ligera á la vez, el sentimiento dramático que la anima y que se delata á despecho del tono convenido, de la dignidad de aficionada y del ostentoso círculo que la escucha, juntamente con otros dones que la naturaleza le ha prodigado, la hubieran hecho ser el ídolo del público; se ha limitado á serlo de los aficionados á la buena música. Pero puede juzgarse el efecto que hubiera producido el gran talento de la señora Merlin sobre un concurso numeroso, con acor-

darse de los aplausos que resonaron en la sala de Wauxhall el día del concierto dirigido y dado por ella en beneficio de los griegos. Aquella buena acción, franca y noblemente realizada, no hace menos honor al ingenio y á la gracia que á la generosidad de la señora Merlin; porque era necesaria toda su superioridad para no temer el concurso de un talento tan distinguido como el de la señora Dubignon, esa encantadora discípula de Crescentini, verdadero modelo del gran método italiano, la cual dijo el recitado como la Grassini, y posee en grado sumo aquella declamación melodiosa, aquella manera de emitir la frase musical, de que tanto caso se hacía antes de que los gorgoritos destronaran el canto.

Es un recuerdo imperecedero en

todas las memorias de ese tiempo, el de aquella reunión de tantas mujeres bonitas y voces arrebatadoras, acompañadas por el primer compositor del siglo, y desafiando sus hábitos caseros, su timidez de aficionadas y la crítica de un público de pago, todo ello para ser caritativas.

Conociáanse en los coros la hija de la duquesa de D***, la de la condesa de L***, y otras muchas á quienes el cebo de una buena acción había determinado á darse así en espectáculo; pero ningún murmurador de oficio se hubiera atrevido á vituperarlas. Este sacrificio sin riesgo debiera servir de ejemplo á las mujeres distinguidas que tanto vacilan hoy en sacrificar su amor propio ó su modestia en provecho de los pobres.

¿Qué mejor empleo puede darse

á esa educación privilegiada, á esos talentos adquiridos con trabajo, á esos modales naturalmente nobles y graciosos, que suelen ser patrimonio de las mujeres bien educadas, ó aun educadas para ello? Porque hay que ser franco, hasta con el público: la madre que pone todo su ahinco en hacer valer el ingenio y las gracias de su hija, que paga crecidísimos honorarios á Bordogni, Bertini ó Labarre para proporcionarla un gran talento musical; que la impone una penitencia cuando comete una falta de ortografía, y la obliga á leer tratados de historia y literatura; esa madre espera que ofreciendo á su hija tantas ocasiones de ejercitar su genio, se dignará bien pronto ser superior en alguna cosa. Verdad es que se encuentran á veces algunas insensi-

bles á todas las seducciones de la ciencia y de las artes. No hablemos de éstas, porque la felicidad las sustrae á la gloria: son las elegidas de este mundo, donde los pobres de espíritu no están menos favorecidos que en el otro; pero si no se adquieren las facultades que la naturaleza rehusa, no puede tampoco neutralizarse ese sentimiento poético, ese gusto por el ingenio, ese amor á las artes con que el cielo anima á un alma selecta. Una persona dotada ó afligida con tal naturaleza no tiene más remedio que sufrir todas sus consecuencias; porque la inteligencia y la aptitud la conducirán al talento, y una vez que haya sobresalido del gran nivel de la medianía, nada tendrá que aguardar de la benevolencia de las gentes. Así, pues, tendrá que imponerse á su admira-

ción, noble refugio que se parece á ese palacio de mármol y oro donde se muere de frío y hambre. Pero como no hay ningún medio de ganar al hada que nos dota ó deshereda al nacer, lo mejor es olvidar lo que nos falta y sacar partido de lo que se tiene. ¿Y puede hacerse algo más honroso, hasta más virtuoso, que consagrar sus talentos al alivio del desdichado?

Dicen que eso es ponerse en evidencia. Sin duda; pero esa madre de la cual hablamos y que quiere que su hija cante, no los ramplones dúos de zarzuela, suficientes antaño en los conciertos de familia, sino las más hermosas arias de la Malibran y de la Grisi, ¿la obliga á hacer tantas escalas, tantos trinos y tantos complicados floreos nada más que por encantar los últimos días

de algunos parientes ancianos, ó para arrobar al noble terrateniente que ha de casarse con su hija? No. Quiere que sepa todo París que su hija tiene un talento superior; y no seré yo quien vitupere este orgullo materno, el más dispensable de todos cuantos agitan el corazón de una mujer. Me limito á probar que una vez admitida esta necesidad de aplauso, nada debe impedir aplicarla á una buena acción.

Entre todo lo que ha cambiado en Francia, pudiera afirmarse que no ha habido revolución tan completa como la realizada en nuestra música y en la manera de ejecutarla.

Sin disputa, una de nuestras más añejas usanzas era la de hacer cantar á nuestras jóvenes para recrear á los convidados de un palacio, de una casa de la clase media ó de una

choza; jamás hubo costumbre alguna tan generalizada como ésta. Desde la planchadora á quien se invitaba á comer hojaldres á condición de cantar unos villancicos en la velada, hasta la noble heredera á quien se hacía salir del convento para cantar á los postres en casa de la abuela los cadenciosos aires de Rameau ó de Lully, cada salón, grande ó pequeño, con sillones dorados ó sillas de paja, tenía su cantatriz de afición. Vieja ó joven, esta Silvia domesticada tenía invitación segura en todas las comidas de aparato que se daban en la familia; y como sabía el precio puesto á ese favor, nunca se hacía rogar. El sacarse á la mesa el último y más humilde de los postres, las pasas y almendras, inevitable compañero del plato de macarrones, era señal del berrido con

que comenzaba la cantante, sin que ningún acorde la diese el tono, sin que ningún preludio advirtiese al público lo que le amenazaba.

Esto me recuerda aquella señorita que hallándose en un banquete por la toma de *los dichos*, donde representaba el primer papel, salió de pronto con la gran aria de *La bella Arsenia*, sin caer en cuenta que su futuro pudiera intranquilizarse por la elección de esta letra:

No, no, no, soy muy altiva
Para hacer papel de esclava.

Pero en aquellos tiempos no se sabía más que un aria, y se cantaba siempre, pegare ó no pegare; por lo general se escogía el aria culminante de la ópera que acababa de obtener mayor aceptación. Tanto peor para el banquete de boda que

se daba cuando estaba en auge el aria de *Cástor y Pólux*; antes de llegar á los brindis báquicos y á los cantares verdes, hechos para las circunstancias, había que aguantar el canto fúnebre de

Tristes preparativos, pálidas luces, etc.

Sin embargo, la ópera cómica, que era entonces el encanto de la sociedad elegante, reemplazó bien pronto á las lamentaciones de la ópera seria; ya no se aplaudieron sino arietas, y su uso se generalizó mucho, lo que valió tanta confusión y chacota á la inocente que se puso á cantar cenando en casa de la marquesa de Puisieux el aria de *Los cazadores y la lechera*:

Yo soy, etc....

No me atrevo á seguir citando más.

Estas especies de sobremesa acostumbraban á concluir por canciones muy alegres, que la linda cantante de ópera no llegaba á oír; porque entonces las jóvenes se levantaban de la mesa en cuanto los convidados empezaban á ponerse alegrijos, medida tan provechosa para la inocencia de las unas como para la jocosidad de los otros.

El uso del clavicordio y luego del piano acompañante, hizo caer en desuso las canciones á voces solas. Ya no hubo mujer que se atreviese á soltar la voz sin el apoyo de un instrumento de cuerda. Entonces el aria dramática se impuso á la arieta, la romanza dominó á la canción, y los acentos de la sencilla cantora desaparecieron ante los recitados y los torrentes de voz de la cantatriz sabia.

Sin duda el arte ganó con esta revolución: maestros procedentes de Italia enseñaron á los aficionados á filar las notas, los iniciaron en el gran arte de reforzar ó disminuir la voz á voluntad; cesaron de gritar á compás, de inspirar á los benévolo oyentes el temor de ver ahogarse al cantante en medio de la larga frase que le hacía perder el aliento. Cada cual se alistó bajo las banderas del método italiano ó del alemán; estas dos potencias extranjeras trajeron una especie de guerra civil en Francia, en esta buena Francia, tan indiferente hasta entonces por los progresos de la armonía, á quien bastaban los aires de sus añejas baladas y de sus minués cadenciosos, que no gustaba más que de la letra ingeniosa, verde ó picaresca, sin preocuparse de

las notas que la sostenían. Esa Francia que, á no existir Inglaterra, hubiera sido el país menos musical de Europa, encendióse de pronto á favor ó en contra de la armonía alemana ó de la melodía italiana; fué aquello como una guerra de religión, y viéronse familias desunidas, matrimonios perturbados, amistades rotas para siempre por efecto de esas disputas musicales. Los espíritus más cultos y más dulces no estaban libres de ese vértigo; no puedo recordar, sin reirme de ello, todo lo que sufrí en mi primera juventud con aquella locura.

Una mujer hermosa, amable, devota de un marido ingenioso y un poquillo inconstante: he aquí, sin contradicción, todos los elementos de un perfecto matrimonio; así, pues, nada había perturbado el de

mi madre, hasta que un día descubrió en mí una voz bastante buena y alguna disposición para la música. Desde entonces fui sometida, por orden paterna, á las lecciones del célebre Imperani, el sabio profesor de Italia, á quien habíase debido el gran talento de la Morelli. Pero, como este gran profesor tenía el más profundo desprecio por la música de Gluck, en quien adoraba mi madre, ésta me hacía dar lecciones, de cuenta suya, por Richer, el primer maestro de canto indígena, el que daba lecciones á la reina, dirigía con Piccini sus conciertos y á quien el talento innato del joven Garat le había seducido, hasta el punto de hacerle cantar con él en la corte.

¡ Ah ! Esas veladas musicales habían llegado á ser las únicas

distracciones gratas de todas las inquietudes políticas, de todos los presentimientos siniestros que pesaban ya en el corazón de esta infeliz princesa. Y aun este mismo placer no estaba exento de preocupaciones temerosas. Apenas se atrevía á dejar cantar el dúo de *Armida*, ante una corte ávida de agrada-la, aplaudiendo la obra maestra del caballero Gluck: verdad es que estos sufragios los alcanzaba, más que el genio del compositor, su título de compatriota de la reina. Aquella mujer, á quien acusaban de amar á su hermano, no podía proteger á un talento alemán, sin crimen de alta traición; le era preciso estar sobre sí, disimular el entusiasmo que la inspiraban tantos nobles cánticos, ocultar sus lágrimas al oír la *Despedida de Ifige-*

nia, so pena de hacerse sospechosa de una parcialidad culpable, de conservar algún recuerdo de su patria, de conmoverse con los acentos que le recordaba, de que la llamasen *la austriaca*, *la extranjera*... y ya se sabe á dónde habían de conducirla estos dos sobrenombres.

Sin tener yo que temer tan crueles consecuencias de mi admiración por la música de Gluck, cuidaba de no estudiarla sino en ausencia de mi padre; este estudio, fatigoso por las notas altas y sostenidas del canto dramático, extenuábame á veces los días en que, habiendo encontrado mi padre á Piccini, lo traía á comer con nosotros y me era preciso cantar las grandes arias de *Dido*, después de quedarme ronca declamando *Alcestes*. Entonces inventaba algún pretexto para expli-

car lo débil de mi voz y mi falta de respiración, sin confesar nunca la verdadera causa de ello, discreción que me valía una mirada de gratitud de mi madre.

Traigo á cuenta estas pequeñeces, para dar idea de la importancia concedida entonces á la música. La aparición de una nueva ópera era un acontecimiento, casi una batalla; arriesgábase allí la vida por su ídolo, como en aquellos tiempos de ignorancia en que los cristianos se degollaban unos á otros por no comprender su religión. El espíritu de combate es tan natural en los franceses, que antes de sentir, y apreciar, y amar un arte, ya están dispuestos á batirse por él.

Ha sido menester que el estudio de la música se generalizase tanto en Francia para conducirnos al fin

á este gran descubrimiento: que sólo hay dos clases de música en el mundo, la buena y la mala; que una obra maestra no necesita patria, y que después de haberse burlado por tanto tiempo y tan justamente de la música francesa, hay que convenir en que la escuela á la cual se deben las partituras de *Montano*, *José*, *La Dama Blanca*, *La Muda*, *Fra-Diá-volo*, el *Prè-aux-Clercs* y tantas otras obras hechiceras, ha conquistado un puesto entre las grandes potencias de la armonía.

La exclusión, ese déspota avaro que se encierra con su tesoro por miedo á recrearse con las riquezas del otro, no tiene entrada en el salón de la condesa Merlin. A ningún talento se le pide allí el pasaporte antes de aplaudirle. Las diferentes sectas que hay en el culto de las ar-

tes, como los partidos diferentes en la política, se encuentran allí sin chocar unas con otras. El ruido de las discusiones no cubre allí al del piano, y si se oyen algunas frases demasiado sonoras es porque hoy existe la costumbre de cotorrear en voz alta, y eso perturba más de una armonía.

Allí se ha visto á los primeros talentos olvidar sus rivalidades para ofrecer el modelo de una ejecución perfecta, y superar en este género hasta las aspiraciones del mismo compositor. Allí oía Rossini á la señora Malibran y á la señorita Sontag cantar juntas sus duos tan brillantes. Esas envidias, que al público tanto le gusta hacer que nazcan y crezcan, cedían ante el deseo de agradar á la señora de la casa, á su gracia afectuosa é imparcial, que

sabe conceder á cada uno su parte en los elogios, y asegurarle su participación en el triunfo. Allí se ensayaron todas las hermosas partituras de Rossini, Meyerbeer, Bellini y Donizetti antes de ser aplaudidas en la escena. En fin, tan habituado se está á ver presentarse en ese *salón* todas las eminencias del arte musical, que hallándome noches atrás en una casa donde varias personas que volvían de la Opera elogiaban la voz admirable y el método de canto de Duprez, hubo de decirme una de ellas:

—Siento muchísimo no haberle oído hoy; pero, sin duda, muy pronto le aplaudiremos en casa de la señora Merlin.

El esplendor melodioso de esos brillantes conciertos triunfa de la frialdad del público de nuestros sa-

lones modernos, pues pueden citarse varios donde aún se ejecuta excelente música. Pero ¡cómo la escuchan, santo Dios!... ¡Qué mortal escalofrío se apodera del infeliz artista llamado por el *ritornello* á cantar delante de ese círculo de mujeres ocupadas mutua y exclusivamente de sus perifollos! Al principio, la desesperación de producir la más mínima emoción en esas caras bonitas ó feas le priva de la mitad de su talento; pero si, por milagro, la otra mitad hace efecto sobre un corto número de aficionados que no temen comprometerse por algunos signos aprobativos, el eco de esos tímidos ¡*bravo!*, que caen sobre un témpano de hielo, resuena tan tristemente como la limosna echada por una mano caritativa dentro de un cepillo vacío. Al ver á esas mujeres

jóvenes, tan insensibles á los más dulces acentos, cualquiera creería que tienen el alma ausente ó paralizada, si no se supiera que la energía de aquel alma joven se agotó dos horas antes en imprecaciones contra las señoritas Baudran ó Palmira, por el retraso de un sombrero ó la falta de un vestido.

Esperamos que ese ardor fuera de su lugar se manifestará bien pronto en cosas dignas de él, y que los profesores ó los aficionados no se verán reducidos á sobrenaturales esfuerzos de pasión para vencer la apatía de los oyentes de buena sociedad; porque si deploramos la inmovilidad y el silencio que se producen á veces después de arrobadoras piezas musicales, sufrimos aún más viendo á una mujer joven y hermosa tratar de galvanizar á un

salón adormecido, exhalando las agudas quejas de un amor traicionado ó la demencia poquísimamente casta de una pobre amante abandonada. Estos lamentos y sollozos, puestos en solfa, á propósito de la inconstancia y el desamor de un ingrato, se multiplican, al extremo de que si las romanzas fueran un espejo del siglo, como las comedias, las mujeres del actual pasarían en los venideros por haber sido las más aburridas y menos amadas del mundo.

Ridiculez por ridiculez, prefiero la de los hombres que antaño cantaban su doloroso martirio, á la de estas jóvenes á quienes se ha recomendado que tengan alma, como si esa desventura se adquiriese, y las cuales creen llegar á lo sublime de lo dramático en el concierto con

levantar al techo los ojos y pronunciar la frase *beso de la loca*, como si tuviera cuatro *bbbb*. ¿No es una inconveniencia oír esos gemidos eróticos pasar envueltos en voces virginales? Y esas jóvenes aficionadas, tan puras y bellas, cuya timidez natural en su edad presenta un contraste tan extraño con lo que cantan, ¿no serían más graciosas suspirando una romanza melancólica que imitando las convulsiones de la desesperación amorosa? ¡Dice tan bien la languidez al rostro de una mujer! Y eso sin contar con que se interesa uno más por el sentimiento que hace estallar. Por lo demás, sólo criticamos esta moda para impedir que reaparezca, pues nos parece muerta y enterrada. Las romanzas cantadas con tanto hechizo este invierno por Mad. Damo-

reau han llegado á ser modelos de buen gusto, que los aficionados á ese género se apresuran á imitar; y ese añejo buen gusto de los salones de París, á quien se insulta, como á todos los poderes antiguos, á fuerza de frases extravagantes é injurias shakespearianas, no por eso ejerce menos influjo sobre la mayoría del público.

Esta verdad queda bastante demostrada por el apresuramiento con que se aceptan las invitaciones del conde y de la condesa Merlin. Los compromisos adquiridos, los corizas, los bailes, nada sirve de obstáculo al deseo de oír tan buena música y tan bien ejecutada siempre. Y además, esta hospitalidad concedida á las artes por una antigua gloria militar tiene algo noble é interesante; gusta encontrar los

pasatiempos de la paz en casa de los que hacen la guerra. Y esos dúos, cantados por la madre y la hija con doble talento, causan doble placer: ¡tiene tanta gracia el amor materno cuando desciende hasta la fraternidad!

Lo que tranquiliza en ese salón es que si de pronto hubiese una falta de voz ó de buena voluntad en las personas inscritas en el programa del concierto, encontraríase aún allí tan gran número de personas de chispeante conversación, que podríamos consolarnos de la falta de un goce con la sobra de otro. Tal vez se diga que es inútil dar tan perfecta música á gentes que en rigor podrían pasarse sin ella, porque el encanto de una buena conversación hace las veces de todo. Responderemos á eso, que sólo

14

guardan silencio los que pueden romperlo agradablemente; que, como la gente sin ideas habla siempre y en voz alta, bueno es contraponerla gentes de ingenio que saben callarse y para quienes la música es una fuente de inspiración; todos los talentos son hermanos. Sí; la superioridad es una hermandad cuyos miembros se reconocen entre sí y se comprenden siempre á despecho de las diferencias de su lenguaje respectivo. Por más que la envidia intente dividirlos, perseguirlos, desterrarlos como convictos y confesos de genio, cuando se encuentran, aunque sea al fin del mundo, como los descendientes de ese pueblo proscrito por el crimen de sus abuelos, en seguida se entienden y se sonríen cual hijos de una misma familia.

Demos gracias á las distinguidas personas que aún se complacen en reunirlos, en casa de las cuales pueden aún encontrar los extranjeros ese culto de las artes, esas fiestas del ingenio, esa exquisita urbanidad de que Francia fué durante largo tiempo un modelo acabado.

No cabe duda de que algún día llegaremos á ser grandes políticos, lo cual es de presumir en virtud de los afanes que nos tomamos para ello desde cuarenta años á esta parte. Pero como la educación de los pueblos es larga y difícil, pienso que sería prudente conservar nuestros atractivos de adorno hasta que adquiriésemos esas grandes virtudes, esa alta sabiduría, indispensables á los buenos gobiernos y aun á los felices gobernados. ¿Por qué echar al fuego los adornos que nos

embellecen antes de adquirir la vestidura fuerte é impermeable, que debe resguardarnos de todas las intemperies políticas? Antes de llegar á ese paraíso nacional, donde los mártires de todos los partidos depondrán sus palmas en el altar de la patria, contentémonos con el patrimonio de nuestros padres, y, como en esos tiempos tan difamados hoy, resignémonos con vivir aún algunos años, si se puede, de ingenio, de placer y de gloria.

EL SALÓN DE LA SEÑORITA CONTAT

I

El salón de una actriz!—dirán algunos — eso es una equivocación, habrá querido V. decir el camarín.

—No. Una actriz de gran talento podía en otros tiempos tener salón; para lograrlo, no necesitaba más que gusto por la buena sociedad. Pero si se piensa en todo el ingenio necesario para preferir las personas cuya categoría, educación, tono y modales, recuerdan muy á menudo lo que nos falta, á esos subalternos en las artes ó en

la sociedad, cuya servil medianía se empeña en probaros vuestra superioridad innegable sobre todo cuanto os rodea; si se piensa en los obstáculos que las preocupaciones y las costumbres alzan contra la noble ambición de juntar la independencia del artista con la vida de la mujer de buena sociedad, otórgase tanto aprecio como admiración á la actriz que ha podido vencer dichos obstáculos.

El ejemplo de las señoritas Lecouvreur y Quinault, en cuyos salones reuníase la mejor sociedad de su tiempo, bastaba para animar á la señorita Contat á imitarlas. Hay que hacer esta justicia al antiguo régimen: era mucho más cortés que el actual para con los actores, y complaciase en vengarlos de la excomuni6n con una acogida honrosa.

Desde que la ley nivela las categorías todas, la sociedad las separa. La filosofía ha triturado las preocupaciones cuerdas ó absurdas; al punto, apodérase la sociedad de los heridos, los cura, los engorda y los vuelve á presentar en el gran mundo, donde son tanto mejor acogidos, cuanto más se teme perderlos.

Cuando los privilegios, el vestir y los usos distinguían por completo una clase de otra, se hacían mútuas concesiones para aproximarse. Pero hoy que hay el temor de ser tenido en menos de lo que se es, cada cual se conserva derecho en su sitio, como una estatua en su hornacina. De aquí proviene el que los actores sólo se tratan entre sí, como la nobleza antigua, los empleados del gobierno ó los restos del gran ejército; los millonarios

son los únicos que entran en todas las camarillas.

¡Oh miseria del siglo! El hijo de un sirviente, que con la usura llega á ser millonario, verá sus áureos salones llenos de mujeres de pró. La víspera del baile que piensa dar, recibirá treinta esquelas firmadas con los nombres más linajudos de Francia, reclamando el honor de figurar en su lista de invitaciones; y esas mismas mujeres blasonadas se ruborizarían de asistir al salón de nuestra primera actriz. ¡He ahí lo que los grandes talentos han ganado con la Revolución!

Sin embargo, estaban en el derecho de esperar más, en vista de la sociedad que había conservado la señorita Contat al salir de la cárcel, donde se había encontrado con varias señoras de la corte. Su gusto

por las personas distinguidas, su gratitud por el amor de un príncipe, á quien después hicieron ilustrar el trono y el destierro, debían atraerla necesariamente las persecuciones de los reyes del Terror; fué encarcelada en las *Madelonnettes* con los entonces llamados aristócratas de la Comedia Francesa. Por poco hubo de costarle la vida un rasgo que manifiesta su ingenio y sus sentimientos. Antes de ser también prisionera, la reina quiso ver representar *La Gouvernante de la Chaussée*; hizo saber á la señorita Contat que deseaba verla en ese papel, que no era de su cargo. La señorita de Contat se aprendió en veinticuatro horas los quinientos versos de *La Gouvernante*, y luego escribió á la persona que le había comunicado el deseo de la reina:

Ignoraba yo cual era el asiento de la memoria; al presente, sé que está en el corazón.

Aquella carta, que fué publicada de orden de la reina, iba á ser el fundamento de una sentencia del tribunal revolucionario, cuando los sucesos del 9 Thermidor pusieron en libertad á la señorita Contat.

No se la podía ver á menudo sin quedar seducidos por el encanto de su conversación, por cierta grandeza de maneras que, sin ser teatrales, tenían algo de imponentes. Su carácter, á la vez imperioso y vengativo, sensible y generoso, simpatizaba con el de las personas cuyas cualidades y cuyos defectos son nobles; y el sentimiento de su propia superioridad la ponía al abrigo de la cortedad, del servilismo ó de la irreverencia propias de las clases

que la sociedad rechaza. Hablaba con la marquesa de J. y la condesa de N. en el mismo tono con que estas damas hablaban entre sí, sin encogimiento como sin familiaridad.

El íntimo trato que una larga permanencia en la misma prisión, idénticas opiniones é iguales peligros habían hecho nacer por fuerza, continuóse por largo tiempo después de restablecerse el orden y las preocupaciones; lo cual hizo que el salón de la señorita Contat rivalizase con los mejores salones de París.

Un raro motivo me puso en relaciones con ella, y fué su gran semejanza con mi madre; era tan asombrosa, que al cabo de dos años del más triste luto de mi vida, cuando volví á entrar por primera vez en la Comedia Francesa, me aco-

metió una crisis de lágrimas tan violenta, que me sentí mal y hubo que sacarme fuera de la sala. Renovándose esta cruel emoción siempre que intentaba yo vencerla, me resigné á no ir nunca á la Comedia Francesa los días en que representase la señorita Contat.

Eso era una gran privación para mí, que coloco en primer término entre los placeres del espíritu el de ver representar bien la alta comedia. Por una extraña terquedad de la suerte, aquella mujer, de quien huía yo como de un recuerdo desgarrador, vino á vivir en una casa medianera con la mía: era en un extremo de París, en la calle de La Rochefoucauld, barrio muy poblado hoy, pero entonces desiertísimo.

La estancia en prisiones produce

avidez del aire libre; y la señorita Contat había elegido aquella habitación rodeada por un gran jardín, como propia para reemplazar, en rigor, á una casa de campo.

Una tapia muy baja separaba este jardín del mío. Por las ventanas de mi cuarto veíanse los arriates, el césped, la alameda por donde habitualmente paseaba la señorita Contat. Cuando lo permitía el tiempo, paseábame á lo largo de la pared que separaba nuestras calles de tilos, y escuchaba con delicia los acentos de aquella voz que hacía palpar mi corazón; pues el tiempo obra de extraña manera sobre el dolor, y el recuerdo que hoy nos mata truécase más tarde en una triste y dulce voluptuosidad del alma.

No podría pintar lo que experi-

mentaba yo al encontrar en un ser extraño á mí por completo las miradas, los ademanes, las inflexiones á las cuales tenía por costumbre obedecer, la graciosa sonrisa que me recompensaba de todo. Con aquel parecido, exaltábase á veces hasta la locura mi imaginación. Permanecía horas enteras contemplando aquel hermoso rostro, siguiendo con la vista todos los movimientos de aquella mujer que me producía el efecto de una resurrección.

Era imposible que tal preocupación pasara inadvertida. La señorita Contat quiso saber el nombre de esa joven vecina que se pasaba mirándola todo el tiempo que estaba en el jardín.

—La conozco mucho—le respondió el vizconde de Ségur.

El hizo un retrato mío, favorecidísimo por su galantería proverbial. A sus ojos tenía yo el mérito de haberle recibido en un tiempo en que sus faldones en ala de pichón y sus infulas aristocráticas eran tan comprometedoras para sus amigos como para él mismo. Pero me gustan las gentes de valor, y érame grato ver el de arrostrar las iras del *descamisadismo*, conservando el vestir propio del antiguo régimen; me hubiera dado vergüenza tener miedo á lo que tan poco le asustaba. Este sentimiento me valió su coquetona amistad, porque en el señor de Ségur mezclábase á todo el coquetismo. Por más que hiciese la edad, tratábala como á la Revolución; y no sacrificaba por ella ninguno de sus hábitos.

- Al salir de casa de la señorita

Contat, vino á verme y me repitió la conversación que con ella habia tenido á propósito de mí. Entonces, temiendo pasar por una vecina curiosa é importuna, le confesé la causa de mis contemplaciones, añadiendo que la señorita Contat no tendría por qué quejarse más de ellas.

—¡Pero, si no se queja lo más mínimo del mundo!—dijo el vizconde.—Antes al contrario, la encanta el gusto que tiene V. en mirarla. Pero, ¿por qué no se da V. ese gusto más á sus anchas? Están Vds. aquí como en una aldea, y en el campo siempre se intima con los vecinos.

—No me atrevo; además, ya sabe V. que he venido á vivir aquí en el retiro.

—Pues bien, hace V. mal; la se-

ñorita Contat recibe en este momento á todo lo que queda de la mejor sociedad de Paris; y dicho sea sin ofender á V., en su salón no se está expuesto á encontrar los talentos jacobinos que se hallan á menudo en el de V.

— ¡Ah! ¿Jacobinos? Se engaña V.; son talentos nacidos durante la Revolución y que se aprovechan de las nuevas ideas.

— Para mí, es todo uno; odio igualmente á los que la han hecho y á los que la aprovechan.

Esto se refería á Talma, quien acababa de casarse con la chispeante Julia, aquella á la cual amaba todavía el vizconde de Ségur.

Pocos días después volvió el señor Vigée, íntimo de la señorita Contat, á proponerme de su parte que oyese la lectura que debía dar

en presencia de ella uno de nuestros amigos comunes. Tratábase de *El mérito de las mujeres*, composición en verso en la cual había relatado Legouvé, con una sensibilidad conmovedora, parte de los rasgos de heroísmo y de generosidad de que tantas pruebas dieron las mujeres durante el Terror; había elegido los más célebres, pues tomos enteros no hubieran bastado para narrar los hechos sublimes que honraron entonces á las mujeres de todas las categorías. Aquella abnegación sin aparato ni esperanza, aquellas heroínas de que cada mujer podía ofrecer un modelo no son conocidas, por su misma multiplicidad. En Francia hay tal horror á lo común, que nadie quiere hablar de lo sublime en cuanto se ve por todas partes.

Algunas veces pregúntase uno cómo aquellas mujeres tan grandes, tan animosas y de tamaña abnegación descendieron tan pronto á todas las miserias de las almas pequeñas. Consiste en que las mujeres sólo tienen un defecto, la vanidad, el cual neutraliza todas sus virtudes; y habiendo la hoz revolucionaria nivelado todas las categorías sociales, destruido todas las pretensiones y adormecido el amor propio de todos, las mujeres de estos tiempos ya no se someten sino á los impulsos de su generoso corazón.

Al siguiente día recibí una de esas cartas que sólo la señorita Contat sabía escribir, en que la invitación más apremiante iba envuelta en hechiceras lisonjas, todo ello expresado con palabras sencillas, ligeras y picantes, en fin, con

toda la gracia de una conversación ingeniosa. Este talento de tener chispa hasta en las cosas más insignificantes, hizo que la llamaran la *reina de la escuela*.

II

Al entrar en el salón de la señorita Contat estaba yo muy emocionada, pues temía perder algo de la ilusión que me impulsaba á quererla tanto. Era la primera persona de su clase á quien veía yo tan de cerca, y acometíame el temor de que su tono no correspondiese á la elegancia de su talento. Pero sus modales distinguidos, su afectuosa cortesía, no me dejaron mucho tiempo

con ese temor; en aquel salón, nada recordaba á la actriz, ni los invitados, ni la señora de la casa. Uno de los sofás estaba ocupado por la marquesa de J. y la señora Des... En otro estaban sentadas las señora Soulés, mujer del recaudador general de Rouen, y la célebre señora Lebrun. Junto á ellas encontrábanse las señoras de Beaufort, Legouvé y una joven de una belleza arrebatadora, la cual ganaba tanto con ser vista de cerca, que costaba trabajo reconocerla. En aquella época, era la única mujer del Teatro Francés admitida en casa de la señorita Contat; y todos cuantos de entonces acá han admirado la púdica gracia y el tono tan naturalmente distinguido de la señorita Mars, hallarán muy motivada aquella preferencia exclusiva.

En hombres, estaban las personas más escogidas de la buena sociedad, y ni uno solo de los grandes personajes de circunstancia. Salvo algunos jóvenes autores, la tertulia componíase de personas más ó menos perjudicadas por la Revolución y que esperaban olvidarla y anularla quizá, abandonando la política para entregarse como en otro tiempo á los encantos de la conversación ligera.

El conde Luis de Narbonne, el marqués de Jaucourt, el vizconde de Ségur, el marqués de Girardín, el marqués de Gontaut Saint-Blancar, los señores Vigée, Desprez y de Parny, representaban allí el ingenio, el regocijo, la galantería del antiguo régimen; y jóvenes de talento discutían allí acerca de las novedades dramáticas y literarias

que aparecían diariamente. Porque, preciso es confesarlo, hoy no tenemos más que la caducidad del romanticismo: la época que vió nacer á *Atala*, *René*, *Pinto*, *Eduardo en Escocia* y *Cristóbal Colón*, ¿no es la cuna del poema romántico y del drama histórico? Las innovaciones de que hoy se tiene tanto orgullo, ¿han superado á la creación de *Atala*, del padre Aubry, y de aquel amor tan castamente incestuoso, que obtiene la conmiseración de los corazones más puros y ha hecho llorar tanto por la suerte de René?

Las más hermosas páginas de nuestros modernos prosistas, ¿son más elocuentes, más ricas en ideas y en melancolía que los fragmentos de *Corina* y las imprecaciones de *Velleda*? El adulterio dramático, tan reivindicado por nuestros días,

¿ha producido más efecto que en *La madre culpable*, en *Misanropía y arrepentimiento*? ¡Ah! Si se contarán los sollozos, ¡cuánto excederían los obtenidos por estas dos obras sobre el rendimiento en *lágrimas* de nuestros dramas adulterinos!

Presumiendo con verdad que todos los hombres que estaban en casa de la señorita Contat merecerían ser conocidos, rogué al señor de Ségur que me nombrase los más notables.

—Ese hombrecillo de los ojos bajos y de modesta actitud, que se esconde siempre en un ángulo del salón para que vayan á buscarle allí... es Collin d'Harville — dijo el señor de Ségur. — El triunfo que debe y que ha proporcionado á la señorita Contat, en su *Viejo célibe*, es lo único que podía decidirle á venir

esta noche ; vive lejos del mundo, donde no produce efecto ; su pretensión es la dulzura, su ambición la modestia. Es la violeta del Instituto ; pero sus enemigos corren la voz de que esa violeta vive á la greña con toda su familia.

—¿Qué importa? No por eso ha dejado de hacer *El Inconstante*, *Los Castillos en el aire*, y ese papel de la señora Evrard, que parece un olvido de Molière.

—Admiro mucho todo eso—prosiguió el vizconde—pero aún más su soberbio odio contra el setembrista Fabre d'Eglantine, quien tenía más talento que él. ¡No había imaginado ese pícaro reemplazar el nombre de los santos en el calendario por nombres de hortalizas! He buscado el que ocupó el puesto de mi patrón, y resultó que me llamaba *Repollo*.

Me reí de esta salida, á la cual daba bastante carácter cómico lo rizado del vizconde; luego le pregunté quién era un señor gordo y empolvado que hablaba con Collin d'Harville.

—Es Desfaucherets, autor de *El Matrimonio secreto*, á quien la señorita Contat creía buenamente deber un triunfo, obtenido en realidad por su hechicero modo de representar su papel. Aunque ya es muy viejo, tiene puestas ella sus esperanzas en el talento de él; pero se equivoca. Su *Matrimonio secreto* parece ser la historia de su vida, y hasta una historia bastante mal escrita.

—Siempre es un mérito saber aprovecharse del más hermoso talento de su siglo.

—Sin duda: el árbol que no pue-

de madurar en plena libertad, debe recurrir á la espaldera. He aquí uno que crecerá por sí sólo—añadió, mostrándome un hombre joven cuyo rostro expresivo prometía todo cuanto después ha cumplido.

—Le conozco, es el autor de *Agamemnon*; uno de sus amigos lo llevó á mi palco mientras el público le aplaudía y le llamaba con grandes gritos después de la primera representación de su tragedia. La manera que tuvo de responder á las felicitaciones de que se le colmó, me han hecho formar una elevada idea de su ingenio. ¡Es tan raro ver el autor á quien se aplaude, tan exento de una presunción ridícula como de una hipócrita modestia!

—¡Ah!—replicó él.—Nada arriesga V. en creerle con todo el ingenio posible, porque sus mismas

obras nunca tendrán tanto como él tiene.

Luego, después de haberme enseñado quién era el señor de Parny, *el amante de Eleonora*, el señor de Ségur me hizo saber que el sobrino del poeta erótico, prendado desde algunos años ha de la señorita Contat, dicese que acababa de casarse con ésta; pero que no haría público ese matrimonio hasta el momento en que ella abandonase el teatro.

Ese mutuo cariño no extrañaba á nadie; porque, á pesar de sus cuarenta años y de su obesidad, la señorita Contat aún era seductora, y el joven Parny unía al más hermoso rostro la más elegante gracia francesa; pero lo que duplicaba sus méritos es el poco caso que de ellos hacía. Jamás he visto en hombre

alguno una hermosura más agradable y mejor perdonada.

—He aquí mi joven cómplice— continuó el señor de Ségur, señalando á Manuel Dupaty;—hemos hecho juntos *La Opera cómica*, esa piececita en un acto, puesta en música en la casade campo de V. por *Della María*. Este querido Manuel es el más amable colaborador del mundo; en primer término, porque hace las tres cuartas partes de la obra; además, porque la siembra de lindas canciones y frases chispeantes; y después, porque dice unas cosas tan bonitas á las enamoradas y á las grandes coquetas, que éstas representan sus papeles con un celo muy particular. Siento mucho no haberle dado un lugar en mi *Coche amarillo* (1), pues

(1) Título de una opereta cómica, recién caída á silbidos.

no hubiera volcado con tanta fuerza. ¿Sabe V. la vejación que los republicanos de la puerta me hicieron sufrir ayer á la salida de Feydeau? Los tunantes se pusieron á gritar á voz en cuello.

—*¡El coche amarillo del señor de Ségur!*

Y sólo Dios sabe las risas por entre las cuales tuve que atravesar hasta que llegué á mi coche.

—*¡Se va á caer de nuevo!*—decían unos.

—*¡Qué! ¿Se levantará en seguida otra vez?*—decían otros.

Por fortuna, reíame yo más que nadie; y mi regocijo desconcertó sus burlas.

En efecto, nada igualaba á la franca alegría con que el vizconde de Ségur se sacrificaba por un buen chiste. Tenía su parte de ridicule-

ces, como cada cual; pero las conocía, las mimaba, las quería y las hacía amar, porque eran divertidas.

Por ejemplo: aquella noche, la señorita Contat recurrió á él para distraer á sus invitados del aburrimiento de aguardar á Legouvé, quien, como de costumbre, llegaba siempre demasiado tarde. Esto no era en él descortesía, ni cálculo para producir efecto; callejeaba al tontún, y nada más.

Eran los tiempos en que imperaba lo *antiguo*, como hoy el *rococo*; la moda, esta hada despótica que metamorfosea á su antojo cosas y personas, con un golpe de su varita de virtudes había convertido los salones en *atrium*, las butacas en sillas curules, las faldas en túnicas, los cubiletes en copas, los zapatos en coturnos y las guitarras en liras.

Acababan de regalar una de esas liras á la señorita Contat; pero ninguno de los aficionados á la guitarra allí presentes quería tañerla, porque aquel pindárico instrumento obligaba á tomar una actitud ridícula. El vizconde de Ségur fué el único que tuvo el valor de aceptar la lira de manos de la señorita Contat y de acompañarse cantando una canción nueva.

El vestir antigriego del cantor, su peinar con sortijillas rizas y empolvadas, sus maneras de antiguo corte, sus cincuenta años, su vocecilla y su pronunciación según la moda de los ex-elegantes de Versalles, aquella lira puesta al estilo de Fidias, todo eso presentaba la imagen de un Apolo tan grotesco, que no pude menos de echarme á reir á carcajadas.

Entonces no tenía yo aún esa caritativa hipocresía que sabe gozar en silencio de las ridiculeces; por otra parte, profesaba grandísima amistad al señor de Ségur, y es muy frecuente no andar en miramientos con las personas á quienes se quiere. Mi carcajada dió pie á las de todos cuantos las estaban reprimiendo; entonces, el vizconde quiso tomar parte en el efecto que producía, para lo cual adelantó la silla de modo que pudiera mirarse en un espejo; rióse más que nadie de su apostura olímpica, y después cantó con gracia una de las más lindas canciones de su hermano: todos le aplaudimos sinceramente, con tanto gusto como habíamos tenido momentos antes en burlarnos de él.

Por fin anunciaron á Legouvé;

venía de la Comedia Francesa, donde se había detenido en interés á los comienzos de su discípula la señorita Duchesnois, quien hacía retumbar la sala á aplausos cada vez que representaba el papel de Fedra.

Dispuestos estaban el vaso de agua con azúcar y la mesa; y los que charlaban en el dormitorio entraron en el salón para oír la lectura. Entonces reparé en Alejandro Duval y me extrañó su presencia, pues creíale incomodado para siempre con la señora de la casa.

—¡Qué niña es V.—me respondió el señor de Ségur con aire de lástima—al creer que dos personas que tienen mutua necesidad una de otra puedan reñir de veras! Cierto es que en el último ensayo del drama que se prepara en este momento en la Comedia Francesa ha habi-

do una pequeña discusión entre el autor y la actriz; que la señorita Contat, no pudiendo obtener de Duval el cambio que exigía en una escena, le ha tirado bonitamente á la cabeza el cuaderno de su papel; que después de haberlo recogido y tomado el manuscrito de manos del apuntador, salió Duval afirmando que la obra no se representaría sino en tanto que no se hiciese en ella cambio alguno. Es verdad que todos estos rumores corren por el teatro, sin saberse quién podrá más, la voluntad de la mujer ó la del bretón; pero como la obra promete un gran triunfo á la actriz, y la actriz no lo promete menor á la obra, de ahí el que su interés común no podía por menos de aproximarlos bien pronto.

Esta misma obra fué la que, por

los aplausos del duque de Choiseul y los elogios del conde de Ségur, se hizo sospechosa para el primer cónsul y valió al autor una orden de destierro, que no hubo más remedio que acatar.

Idéntica suerte amenazaba á la misma hora á Manuel Dupaty. Hacía ensayar en la Opera Cómica una obrita titulada *La antecámara*. De seguro que el autor no preveía que dos cortesanos de las Tullerías de entonces tuviesen la suma humildad de reconocer en *Picaros y Diego* y en la turba de criados que los engañan, á los candidatos de la naciente corte que muy pronto había de contar con reyes entre sus personajes.

Los innovadores son suspicaces; y el que pensaba ingertar una corte á lo Luis XIV en una tropa de solda-

dos republicanos debía temer, con razón, ver entregados á la befa pública los burlescos ensayos de sus nuevos señores.

En aquella piececita tan alegre y que aún encantaría á los espectadores si hubiera en la Opera Cómica quien pudiese recordar el canto y la acción de Martín, porque Ponchard aún es un Diego perfecto, el lacayo disfrazado se pavoneaba ante un valiente de pega, de haber permanecido varios años en el *servicio*. Este equívoco inocentísimo fué denunciado al primer cónsul como un insulto hecho al ejército; y en seguida el señor Dupaty fué preso por los gendarmes, metido en una silla de posta y llevado á Brest para encerrarle allí en un pontón, especie de calabozo acuático donde el aburrimiento, la mala alimentación y los

miasmas pestilenciales no permiten envejecer á los presos.

Estos ejemplos, unidos á otras desgracias que los precedieron ó siguieron, sólo prueban que, con los gobiernos demasiado fuertes ó débiles en demasía, el ingenio y el talento son tratados igualmente como enemigos; lo cual, en concepto nuestro, vale mucho más que no ser ni protegido ni perseguido, porque el odio estimula y la indiferencia paraliza.

III

A los primeros acentos de la voz grave y sonora de Legouvé, cesaron todas las conversaciones. Al oír el

título de *El Mérito de las mujeres*, los galancetes del salón soltaron algunas insulseces á guisa de prefacio, los picaruelos sonriéronse como quien dice «no me disgustaría conocerlo», y el señor de Ségur me dijo en voz baja riéndose:

—¿*El mérito de las mujeres?* ¡Ah, tanto mejor! No será largo.

En efecto, á nadie le pareció largo; los versos acerca de las hermanas de la caridad y sobre el heroísmo de la señora de Sombreuil hicieron derramar sinceras lágrimas. Con igual entusiasmo se aplaudieron los sentimientos y el talento del autor. Las pobres que se libraron del martirio general estaban aún tan llenas de horror por los verdugos, de lástima por las víctimas y de admiración por tantas nobles abnegaciones de mujer, que todos los pechos sin-

tiéronse vivamente conmovidos con estos versos:

«En todas partes el Terror mandaba,
No había corazón, no había amigo;
Y el Francés por doquiera semejaba
Ser sólo del Francés el enemigo.

Todo el mundo á morir corría ansioso,
Mas nadie se aprestaba á la defensa.
ELLAS no más, con ánimo ingenioso
Y rebosantes de ternura inmensa,

Para apartar con sus benditas manos
La espantosa amenaza de la muerte,
La cólera feroz de los tiranos
Supieron arrostrar con pecho fuerte», etc., etc.

Al escuchar estos versos bastante medianos (1), cada una de nosotras sentíase orgullosa, pues todas, cuál más, cuál menos, habíamos dado muestras de valor. Fijábanse los ojos en la señora Lebrun, á quien sus amigos habían

(1) En francés aún son peores, que es cuanto decirse puede.—(N. DEL T.)

expulsado, digámoslo así, de Francia en el momento en que iba á pagar con su vida el honor de haber dotado á nuestra historia con el más hermoso retrato de la reina mártir. Se recordaba la gratitud animosa que no había cesado de manifestar por sus augustos protectores; y aquella fidelidad de sentimientos, que había de resistir hasta las seducciones del Imperio, realizaba aún la admiración que su talento inspiraba. Jamás hubo mujer más espléndidamente dotada por el cielo. La señora Lebrun era, á la vez, hermosa y bonita, brillante y sencilla, ingeniosa y buena. Pintor del pensamiento tanto como del rostro, puso en sus retratos una verdad y un encanto de expresión que desafían á lo ideal; poeta en su talento, en su conversación y hasta

en su modo de vestir, se le ha perdonado el ser original, porque nunca ha tenido pretensiones de serlo. Aquel día, el rostro de la señora Lebrun tenía todo el brillo de la juventud; y, sin embargo, sus triunfos databan de mucho antes de la Revolución. Pero era tan feliz al encontrarse en Francia en medio de las personas de ingenio y talento de que se complacía en rodearse, que los ojos la brillaban de gozo; y aquella expresión tan animada, su tez tan fresca, sus rubios cabellos tan admirables, engañaban acerca de su edad, porque tenía todo cuanto se apetece en una mujer joven.

Su hermano, el señor Vigée, hombre de chispa, era el autor de *La entrevista*, piececita fácilmente versificada, en que la señorita Contat y Molé representaban con tal per-

fección que creía uno ser testigo de una verdadera discordia doméstica. Este buen éxito por necesidad había de exaltar la gratitud del señor Vigée; por eso, su admiración por la señorita Contat le ha inspirado varias lindas composiciones en verso. Un tinte de pedantismo adquirido en el profesorado de los ateneos perjudicaba mucho al ingenio ligero y gracioso de Vigée, y daba á las lindas monadas que decía una pompa ridícula, por lo cual colmábanle de epigramas. Lebrun-Pindare le llamaba *Figé*. Arnault pretendía que explicaba lecciones en el vientre de su madre; y la misma señorita Contat le embromaba á menudo acerca de su solemne futilidad. Entonces se picaba, y reíanse aún más; lo cual no era obstáculo para que fuese bueno,

ingenioso y afecto de corazón á todos los jóvenes talentados de quienes se tenía por maestro.

Legouvé era de este número. No sólo le había animado, sino que le había hecho aplaudir; á consecuencia de los elogios y la recomendación de Vigée, decidióse la Comedia Francesa á representar *La muerte de Abel*. Ya se comprende cuántos obstáculos habían de suscitar contra la obra del joven trágico la antigüedad del asunto y la novedad de los trajes; pero si el celo del amigo sirvió poderosamente á Legouvé en aquella ocasión, la pedantería del profesor le ha perjudicado en otras muchas. En el talento de Legouvé había pujos de esa libertad dramática, cuyo mismo abuso ha probado su necesidad; pero las tímidas audacias del joven autor

eran reprimidas en el acto por el profesor rutinario. De los consejos de Vigée resultaba que Caín, trazado con arreglo á la Biblia, hablaba como el Orestes de Voltaire, Abel como Zaira, y la sencillez feroz del primer crimen del mundo desaparecía con el culto lenguaje del criminal y de la víctima. El autor veía mejor, y prueba de ello algunas hermosas escenas en que su talento arrostra la rutina y la férula de su amigo.

Había oído yo hablar mucho del conde Luis de Narbonne, de su antiguo amor á la señorita Contat, y sin haberle visto nunca, le hubiera conocido en seguida. Tenía tanto gusto y tanta gracia en los cumplimientos que dirigió á Legouvé, y tanta coquetería en lo que dijo acerca de *El mérito de las mujeres*,

que adiviné en él al hombre más habituado á agradarlas. La amistad que conservaba con la señorita Contat hacía el elogio de ambos. ¡Es tan raro amar mucho y largo tiempo á quien se ha amado con exceso! Y luego, un hombre de moda que continúa siendo amigo de aquella que siente amor por otro, todo esto despertaba la idea de que el señor de Narbonne podía ser aún más que *amable*; lo cual ha probado suficientemente, si no mientras ha sido ministro, á lo menos por un gran número de actos nobles y animosos. A la cabeza de estos últimos debe ponerse la carta que escribió á la Convención nacional para justificar á Luis XVI, como se le acusaba, de haber descuidado los medios de poner el reino en estado de defensa. Sin embargo, este paso no

bastó para lavar al señor de Narbonne á los ojos de los suyos del delito de haber abrazado el partido popular. A esta animosidad aristocrática debió el emperador un cortesano modelo, un embajador más activo que afortunado, y uno de sus más valientes ayudantes de campo.

El odio que excita la rivalidad entre dos *agradables* sobrevive con mucho al agrado y á los triunfos que lo han hecho nacer. Por eso el vizconde de Ségur, á la vez que hacía justicia al mérito del señor de Narbonne, tenía mucho cuidado en hacer resaltar sus desaciertos. Vituperábale, sobre todo, la complacencia con que se dejó acompañar por la señora de Staël cuando, como ministro de la Guerra, fué á visitar todas las plazas fuertes de nuestras fronteras. A propósito de este via-

je, el vizconde de Ségur me dijo una salida encantadora del barón de Staël, que vale por todas las de su mujer, y además tiene la ventaja de ser única y poco conocida.

Poco tiempo después de salir del ministerio, el señor de Narbonne, que no lo había aprovechado para rehacer su fortuna, vióse perseguido con encarnizamiento por sus acreedores. Un amigo indiscreto hace saber á la señora de Staël que el señor de Narbonne será reducido á prisión aquel mismo día si no puede conseguir al instante la cantidad de treinta mil francos. Entonces, dejándose llevar de un arranque de amistad apasionada, la señora de Staël se presenta á su marido, le pinta la horrible situación del conde Luis y le pregunta si no habrá algún medio de salvarle.

—¡Ah! Me llenas de gozo—exclama el señor de Staël.

Luego, sacando de una cartera la suma que debe asegurar la libertad del señor de Narbonne, se la entrega á su mujer y añade con tono conmovido:

—¡Figúrate mi satisfacción! ¡Yo que le creía tu amante!

Anunciaron que la cena estaba servida. El señor de Parny me ofreció la mano para pasar al comedor, y se colocó como dueño de la casa, de modo que no quedase ninguna duda acerca de su matrimonio con la señorita Contat.

Apenas nos habíamos sentado á la mesa, servida con esmero y elegancia, cuando anunciaron un mensaje de la Comedia Francesa.

La señorita Contat, muy contrariada al ver que la recordaban así

el fastidio de su profesión en el momento en que lo olvidaba con tanto gusto, hizo responder que era demasiado tarde para ocuparse de asuntos de teatro, y que volviesen á la mañana siguiente.

—Pero, señora—replicó el criado—es el mismo señor Florence quien viene en nombre del comité para una cosa importantísima; no quiere irse sin hablar con la señora.

—Pues bien—dijo la señorita Contat con bastante mal humor—que le hagan pasar á mi gabinete y dentro de un rato me reuniré con él.

—¡Ah! Hágame V. entrar—exclamó la señora de J.;—permítanos ver á Florence como embajador; nunca lo hemos visto sino de confidente.

—Tiene V. razón; en eso es menos malo—dijo la señorita Contat—

y les costaría á Vds. trabajo creer que el más mediano actor de la Comedia sea su mejor director. Tiene una voluntad sorda y enmascarada, á la cual se obedece sin saber por qué. Sin embargo, tengo la presunción de arrostrar audazmente su voluntad en cuanto me contraría.

—No sé lo que viene á solicitar de ella—me dijo en voz baja Vigée—pero apuesto ciento contra uno á que lo obtendrá.

Llamado con aclamaciones por todos los convidados, apareció Florence y saludó á todo el mundo con ese aire humilde habitual en los confidentes y solicitantes. Reinó gran silencio, como cuando se presentaba á hacer un solemne anuncio en el teatro; en efecto, la situación era casi la misma, pues venía á noticiar que una repentina indis-

posición de su camarada Talma impediría la representación de *Manlius*, anunciada para el día siguiente, y en su apuro la *Comedia* suplicaba á la señorita Contat que se dignase representar *El misántropo* ó *Las falsas confidencias*, añadiendo con habilidad que sólo ella podía indemnizar al público y al cajero de la representación que la enfermedad de Talma hacía suspender.

La más rotunda negativa respondió á aquella verdad lisonjera; cualquier otro que no fuese Florence se habría desanimado por completo, pues no dejaba esperanza alguna la desdeñosa sonrisa y el tono imperativo que acompañaron á esta negativa. Sin embargo, insistió, abogó por los socios y por los abonos á palco por año, todo inútilmente. A este gorjeo de súplicas,

respondió con impaciencia la señorita Contat:

—¡No quiero representar mañana; déjeme V. tranquila!

Como á un pobre importuno se le dice: ¡apártese, no llevo moneda suelta!

Después de haber agotado así en vanos ruegos su elocuencia de *semanero*, Florencio, que había permanecido en pie detrás de la silla de la señorita Contat, lo mismo que *Narciso* detrás de la de *Nerón*, dió luego algunos pasos como si fuese á retirarse, y acercándose de pronto después, dijo con acento de desesperación:

—En verdad, señora, que no tiene V. lástima de mí; obligarme, á la hora que es, á ir á despertar á la señora Petit para rogarla que sustituya á V. mañana en *La madre*

culpable, es una barbarie; porque también está enferma, y, sin embargo, representará el papel, estoy seguro de ello. ¡Es tan buena compañera!

Todo el talento del mundo no puede nada contra los achaques del amor propio, y me es imposible pintar el mágico efecto que en la señorita Contat produjo el nombre de la *señora Petit*, á propósito de un papel en que esta última la sobrepujaba. Verdad es que era un drama, y siendo el tono de la alta comedia muy superior y muy opuesto al tono lacrimoso, no era extraño ver naufragar en él á la más perfecta Celimena que ha existido desde la que sirvió de modelo á Molière. Pero la perfección en el primer género no libra de las pretensiones de dominar también el se-

gundo; y la señorita Contat no podía sufrir la idea de ver que un papel escrito para ella hiciese más efecto cuando lo representaba otra actriz que cuando ella misma se tomaba tanto trabajo por achicar hasta él su talento.

— Atención ahora — me dijo, riéndose, Vigée — comienza la escena.

En efecto, cambiando repentinamente de tono la señorita Contat, dijo con una especie de conmisericordia:

— ¡Qué es eso! Es más de media noche; ¿va V. á atormentar también á esa pobre mujer, para hacerla que mañana represente? ¡V. sí que no tiene lástima ninguna!

— Es verdad, cumplo con un penoso deber — repuso Florence — pero ¿qué vamos á hacerle?

—Pues bien, que suspendan las funciones por indisposición.

—Es imposible, señora; los romadizos han causado bastante daño este mes á las *partes*. No puede sacrificarse un solo ingreso.

—¡De veras! Al oír esto, cualquiera creería que de mí sola dependen la vida de los actores y la ruina de la Comedia Francesa. ¡Eso no tiene sentido común!

—Sin embargo, así es—replicó el semanero, con el aire satisfecho de un abogado que ve el buen éxito de su última treta; y disponiéndose á salir, añadió saludando á todo el mundo:

—Pero, señora, abuso demasiado de la paciencia de V.

El vizconde de Ségur, que fué de los primeros en advertir el cambio que el nombre de la señora Petit

había producido en la determinación de la señorita Contat, vino en su ayuda vituperando con fingido calor su resistencia á los ruegos de la Comedia y á los deseos del público; adivinando la caritativa intención del señor de Ségur, unieron todos sus instancias á las lisonjas del regañón; y la señorita Contat, halagada al verse constreñida á hacer lo que deseaba, llamó á Florence para decirle:

—Puesto que todos se empeñan, mañana representaré *El misántropo* y *Las falsas confidencias*.

IV

Pocos años después, la señorita Contat alquiló el palacio de Ivry,

próximo á París. La señora de Hautcourt, en otros tiempos propietaria del palacio, había hecho en él una bonita sala-teatro, que la señora de Parny quiso emplear en preparar los comienzos dramáticos de su hija.

Esta personita, de elegante talle, talento distinguido y excelentes modales, no era bastante linda para papeles de dama joven; tenía demasiado buen tono para los de doncella. Era fácil ver que no la habían educado para el teatro, y que á falta de la fortuna que tenía derecho á esperar, quería labrarse una con su talento. A pesar de la seguridad que debieran darle su memoria, su inteligencia y los consejos de su madre, era sumamente tímida; y para animarla y acostumbrarla un poco á la escena, fué por lo que la señora de

Parny tuvo la idea de hacer que se estrenase en el teatrillo de Ivry, ante un público de amigos indulgentes.

Señalóse para la representación el día de la fiesta onomástica de Luisa Contat. Como era natural, se eligió la obra maestra de Molière, y los mayores talentos de la Comedia se ofrecieron á secundar el comienzo de la joven Amalric. Mas, por un cálculo muy bien entendido, su madre quiso mezclar aficionados ingeniosos con profesores tan imponentes, y distribuyó los papeles de manera que cada cual se estrenase en el suyo. Esto era desorientar á las notabilidades de la compañía, y asegurar á la joven principiante una señalada ventaja sobre los talentos de sociedad encargados de los principales papeles.

El autor de *El seductor enamora-*

do, de *Mi tía Aurora* y otras varias obras llenas de chispa y regocijo, el señor de Longchamps fué elegido para representar *Tartufe*. La señorita Contat, imaginándose que el hombre que mejor leía la comedia habría de representarla lo mismo, confió el papel de Cléantis al señor de Chazet. He aquí cómo se repartieron los demás:

SRA. PERNELLE.	Srta. Contat.
ELMIRA.....	Srta. Mars.
DORINA.....	Amalric Contat.
ORGON.....	Fleury.
VALERIO.....	Armand.
DAMIS.....	Sr. de Ha...
MARIANA.....	Srta. Fleury, hija del actor.
SR. LOYAL.....	Dazincourt.
FLIPOTE.....	Emilia Contat.

Apenas fué conocido este proyecto de espectáculo, la señora Parny recibió de todas partes pedidos de invitación. Pero no las envió sino á

personas de su conocimiento, por miedo de intimidar á la joven Dorina.

La señorita Mars, tan adorable en los papeles de dama joven, aún no se había presentado en aquellos donde la señorita Contat se había hecho aplaudir siempre. Pasar de pronto de Victorina á Elmira, era dar un gran paso; y la perfección tímida de la señorita Mars hubiese quizá vacilado mucho tiempo en apoderarse del cetro de la alta comedia, si la señorita Contat no hubiese empleado tanta gracia como empeño en enseñarla cómo se reina sobre un público ilustrado.

Nada demuestra mejor la superioridad de alma de la señorita Contat como su tesón en desarrollar en la señorita Mars el talento que había de destronar al suyo. Y no

es porque la señorita Contat, como todos los grandes poderes, no estuviese en guardia contra el presunto heredero; pero aquí su corazón vencía á todos los intereses de su amor propio. No sólo quería á la señorita Mars por sí misma, sino también por amor á su hija, quien adoraba á la hechicera dama joven. Porque la señora de Parny era buena madre, buena hija, buena hermana; y todas esas virtudes patriarcales tienen mucho más mérito en la actriz, á quien tantos triunfos y goces pueden distraerla de sus deberes de familia.

El ejemplo y los preceptos dramáticos de la señorita Contat, unidos á la exquisita naturaleza de la señorita Mars, tenían que producir el talento que aún logra justos aplausos de nuestros hijos, después de

haberlos recibido de nosotros. Sin embargo, excepto en la pureza de dicción y en aquella correcta pronunciación del buen francés, cuya tradición se pierde de día en día, los talentos de las señoritas Contat y Mars no presentan semejanza alguna. La primera tenía más numen, la segunda tiene mejor gusto; la señorita Contat imperaba en la escena; su coquetismo imperioso, su picante alegría, la vivacidad de su ingenio, la autoridad de sus modales hacíanla ser una perfecta Celimena; en efecto, aquella era la señora de su casa, jovial y burlona, que pasa revista á todas las ridiculeces de sus amigos para impacientar al hombre que la quiere. Afirmaba Molé que, cuando en la escena del cuarto acto volvíase ella diciendo *¡Eso no me gusta á mí!*,

era tal la ilusión, que él se quedaba yerto ante aquella potente voluntad, ante aquella profunda conciencia del imperio de una mujer, pérfida ó no, sobre un hombre apasionado.

La mirada que acompañaba á esta frase, ó más bien á esta sentencia de Celimena, justificaba por sí sola la debilidad de Alcestes. Esa mirada despótica, ardiente de cólera y de amor, explicaba la fascinación que atrae á un alma franca bajo las garras de la coqueta; era preciso adorarla, obedecerla, creerla; infidelidades, mentiras, vituperios, perfidia, ¡había que pasar por todo, primero que perderla! Dominado por aquella fuerza invencible, Molé tartajaba naturalmente los primeros versos de la réplica, lo cual producía un efecto superior

á todos los que el arte solo puede engendrar.

Afirmase que ese gran actor debía su talento, tan lleno de calor y de alma, al amor que le había inspirado la seductora *Susana* cuando él representaba el *conde Almaviva*. Este amor, del cual pensó volverse loco, no era bien escuchado sino en las tablas; y se conciben todos sus esfuerzos por hacerle tan elocuente y tan atractivo como le era posible.

Para el talento de un autor es una gran fortuna la crueldad de la mujer obligada á oír cada noche en público sus confesiones y juramentos de amor, y hasta fingir corresponderlos. Vuélvese entonces la voz más rica en inflexiones persuasivas; desaparece el actor tras del amante, y la simpatía que nace de la verdad obra muy pronto en el ánimo

de todos los espectadores. Quizá la indiferencia de la gran coqueta sea una condición indispensable para este efecto simpático, porque el amor ambicioso hace más milagros que el amor satisfecho.

Pero si la señorita Contat no ha tenido reemplazo en los papeles de Celimena y de Susana, ha sido superada con mucho por la señorita Mars en la noble reserva de Elmira y en la deliciosa imprudencia de la Silvia de los *Juegos de amor y de azar*.

Nunca han triunfado mejor de una situación escabrosa el buen gusto y las maneras naturalmente púdicas de la actriz. Jamás fué más patente lo odioso del carácter de Tartufe, puesto que ningún paso atrevido, ninguna mirada incentiva alentaron sus dichos corruptores;

aquella mujer hermosa y honesta no mereció nunca el insulto de tal declaración, y nos movemos á lástima al ver el tormento que la impone la incredulidad de su marido. La casta turbación de *Elmira* comprime el picaresco regocijo del patio, tan bien provocado por las temerarias palabras de Tartufe y por la posición ridícula de Orgon. ¿Quién sería tan bárbaro que se riese del suplicio de aquélla? He aquí lo que la naturaleza y el talento de la señorita Mars le hacen fácil de pintar. Admirándola en este papel, ¡cuántas veces he pensado en el placer que hubiera sentido Molière al ver comprendidas así sus intenciones más nobles y delicadas! Porque si él creó á *Elmira*, sólo nosotros la hemos visto.

Complaciame en referir una par-

te de la superioridad de la señorita Mars en este papel á las lecciones de la señorita Contat; y al felicitarla por ello, me respondió:

—V. me halaga; á lo sumo, la he enseñado á echar los codos un poco menos atrás y abandonar sus actitudes de jovencilla por las de una mujer de mundo; su inteligencia ha hecho todo lo demás. Le digo á V. que es un *diamante*, no engarzado aún como le corresponde, pero bien pronto lo verá V. con todo su esplendor.

Y el nombre de *diamante* se le ha quedado á la señorita Mars. ¡Por qué no podrá decir ella otro tanto de alguna de sus discípulas!

El día de la fiesta debía preceder al espectáculo un gran banquete; y todos los convidados estaban ya reunidos en el salón, cuando se pre-

sentó la señora de Parny para excusarse por haberlos hecho aguardar. Nos dijo que, obligada á dirigirse por la mañana á París para apadrinar con el señor de Chazet á un niño en la pila de bautismo, no había podido estar dispuesta para recibirles.

Al decir esto, fijáronse sus ojos en una rica canastilla de raso azul, llena de guantes, abanicos, cintas, flores artificiales, en fin, de todas esas chucherías ruinosas que un padrino generoso regala á su comadre. Habiendo preguntado la señora de Parny de dónde procedía esa canastilla, la respondieron que era el obsequio de su joven compadre. Entonces, dirigiéndose al señor de Chazet, dijo:

—Amigo mío, debía V. haberme prevenido acerca de esto, y hubie-

se pedido versos al señor Récamier.

El señor Récamier era el millonario del día; y Chazet, cuya familia todo lo perdió con la Revolución, no era más que un joven autor conocido por obras chispeantes y bonitos versos.

Aunque muy concurrido el banquete, fué muy ameno; la señora de Parny tenía el arte de generalizar la conversación, provocando el ingenio de cada uno sobre el mismo asunto; su voz, sus dichos agudos, tenían la virtud de deshacer todas las conversaciones particulares; sin advertirlo, todos los que mantenían diálogos íntimos dejaban de hablar para escucharla; y cuando había logrado concentrar la atención general en el ingenio de uno solo ó de varios de sus *proveedores de conver-*

sación, dejaba que éstos se las compusieran como pudiesen, segura de que el placer de verse escuchados les daría medios de ser divertidos.

Uno de los más fuertes en esto era un hombre destinado á obtener tres triunfos, los más diversos y ruidosos de su época. Ya se comprenderá que me refiero al autor de *La Vestal*, de *Sila* y de *El ermitaño de la Calzada de Antin*. Pues bien; su talento y su suerte en estas obras tan aplaudidas eran superados aún por su jocosidad ingeniosa, por la arrebatadora locura de su conversación. Particularmente en las discusiones literarias con su amigo el señor de Longchamps es donde su apasionada sinrazón le suministraba más frases cómicas y exageraciones fantásticas; y luego, cuando

su cólera tan elocuente, inofensiva y regocijada, conseguía provocar estallidos de risa en todo el mundo, reíase también él de sí mismo y desconcertaba las burlas con su ingenio para replicarlas.

A los postres hubo canciones inocentemente alegres, en que todos los poetas amigos celebraban á Luisa sin insulseces. Al dejar la mesa, pasamos á la sala de billar para ver jugar una partida á Fleury, que era de segunda fuerza en este juego; pero, sin embargo, del gusto que tenía en hacer admirar su habilidad, la señora de Parny le recordó que se le esperaba en el teatro, y bien pronto vinieron á advertirnos que iba á comenzar el espectáculo.

Como la señorita Contat había permanecido casi hasta aquel momento haciendo los honores de su

salón, creyóse que se habría limitado al papel de directora; y no es posible describir el efecto que produjo su salida á la escena, cuando se reconocieron sus hermosos ojos y aquel rostro aún tan fresco bajo las tocas de negro encaje de la señora Pernelle.

Antes de haberla visto en ese papel, no me figuraba yo el partido que de él puede sacarse. En efecto, era el fanatismo doméstico con todo su frenesí y su terquedad, era la mujer vieja y que habiendo sido demasiado bonita para su sosiego, quería rescatar sus pecados con las penitencias de su familia entera. Pronunció sus primeras sentencias con un tono tan imperioso, era tan marcado el despotismo de la fe, que el carácter de Orgon se explicaba naturalmente por la sumisión ciega

y estúpida en que le había educado su madre.

Aquel ejemplo nos probó hasta qué punto es inconveniente entregar á *segundas partes* los papeles secundarios de las grandes obras, pues de su carácter bien definido se derivan la verdad del carácter principal y los hechos que resultan como consecuencia de sus manías ó de sus faltas.

Fleury estuvo excelente en Or-gon, y necesitábase mucho talento para comunicar á su expresiva mirada y á su voz tan insinuante, el aire de la credulidad y el tono de la hombría de bien.

Su hija pareció candorosa y linda en Mariana.

Amalric Contat dió pruebas de un talento bien educado, que no debía decaer ni sobresalir.

El señor Longchamps representó como un distinguido aficionado. Pero su amigo Chazet, aturdido al ver su juventud ahogada bajo una peluca de razonador y una vestimenta de padre noble, dió á su papel un carácter tan grande de tristeza, que la señorita Contat entre bastidores y yo en la sala nos reímos de él ambas, de una manera escandalosa. El autor chispeante vengó enseguida al actor intimado; y después de habernos reído de Cléantis, aplaudimos á rabiarse la piececita de Chazet *El ramo improvisado*, proverbio de circunstancias que siguió á *Tartufe*.

El mayor interés de aquella velada, que quedará entre nuestros fastos dramáticos, fué el estreno de la señorita Mars en el empleo donde ha recogido desde entonces

tantas coronas. Su hermosura, que no llamaba lo suficiente la atención con el traje tan sencillo de las damas jóvenes, pareció deslumbradora con el vestido de raso y la elegante toca de plumas blancas de Elmira.

En el teatro, la nobleza de las facciones y la gracia del rostro no bastan para producir un efecto *arrebataador* (como hoy se dice), sino que además necesitase que un tocado brillante y de buen gusto haga resaltar su esplendor. La uniformidad paraliza la admiración del vulgo y no da pie para nada en las conversaciones; por tanto, es preciso que una actriz halague á la inconstancia humana variando de vestidos y adornos; es ser dos veces bella el serlo bajo un aspecto nuevo, y la señorita Mars pudo convencerse de

esto cuando representó el papel de Benjamín en el *José* del señor Baour-Lormian. Durante tres días no se habló más que de la túnica judía y el turbante árabe que la hermoseaban. Y no es que estuviera mejor con este traje que de ordinario, sino que estaba de otra manera; y entusiasmada la concurrencia, prorrumpió en aplausos para darle gracias por estar tan bonita. Nuestro pequeño público hizo lo mismo; y en nuestro entusiasmo por la joven Elmira vi engendrarse la resolución que tomó la señorita Contat de no representar ya nunca ese papel, y ceder bien pronto el cetro de la comedia á quien acababa de enseñar ella á llevarlo.

Después de esta representación escénica, el salón de la señorita Contat repercutió en elogios, me-

recidos por tantos títulos, á los profesores principiantes y discípulos graduados de maestros que habían contribuido al buen éxito de aquélla. Hablóse del talento de accionar, que no siempre tienen los grandes actores; con este motivo, la señorita Contat citó las atenciones que con ella tuvo en otro tiempo la señora Prévile, diciéndonos:

—Estaba yo en actitud muy cortada; mi excelente memoria y mi atención en asimilarme las inflexiones que Prévile hacía pasar por boca de su mujer para enseñármelas, me hacían fácil el diálogo; pero, no sabiendo qué hacer de mis brazos, incurrí en el defecto de los aficionados que multiplican sus ademanes, creyendo animar con eso su dicción, defecto que desluce en el mayor grado un papel. Para corre-

gírmelo , la señora Prévillo me fijó los brazos colgando á cada lado como los de una momia, ordenándome que ensayaré así sin moverlos. No me fué difícil en tanto que sólo tuve que hablar en verso ; mas en cuanto la acción se hizo más viva y el diálogo más animado, mis brazos se movieron involuntariamente.

—¡Bravo!— exclamó entonces la señora Prévillo.—He ahí un ademán excelente, gracioso, vivo, natural. Hija mía, recuerde V. bien que en el teatro, lo mismo que en un salón, no hay buenos ademanes, sino los que no pueden menos de hacerse, y los demás hay que prohibírseles siempre á sí mismo.

Traigo á cuento esta lección porque me parece útil para los profesores, y, sobre todo, para los aficionados á representar.

La señorita Contat consideraba á Dugazon, el cómico, como el primer profesor del Teatro Francés. Sobresalía, más que nada, en formar buenos discípulos trágicos, y hasta tal punto poseía la tradición del famoso Le Kain, que la señorita Contat no podía oírle decir la entrada de *Tancredo* sin conmoverse hasta el punto de llorar (¡tanto la recordaba á ese gran trágico!); y eso, á pesar de la grotesca figura de Dugazon, de su voz cascada y de sus actitudes de payaso. Como nos confesase ella haber recibido de él un buen consejo acerca del papel de Susana, dijo Chazet:

—No podrá ser mejor que el que le dió V. últimamente.

Y nos refirió que, habiéndose impacientado el público durante un largo entreacto, Dugazon, que es-

taba de semana, hizo levantar el telón y salió á decir que no se podía comenzar *El matrimonio secreto* por el motivo de que la señorita Contat era la única que aún no estaba dispuesta. Al oír eso, alborotóse á silbidos la cazuela; comienza la función, y se apacigua. Aparece la señora de Volmar, y se oyen de nuevo silbidos; sorprendida por un recibimiento tan extraordinario, la señorita Contat pregunta la causa de él, y se la dicen al instante.

Entonces, redoblando su gracia y su talento, obliga á la cazuela á aplaudirla con tanto frenesí como severidad tuvo en castigarla. Luego entra triunfalmente entre bastidores, y dice riéndose al antiguo terrorista:

—Pero, señor Dugazon, ¿aún continúa V. denunciando?

«Al oír esta frase—añadió Chazet—daba lástima el pobre delator.»

Esta lección me recuerda otra dada también por la señorita Contat á un literato, quien, sabedor de su compasión por la desgracia, habíase dirigido á ella para que le socorriese en su triste situación. Al regreso de Inglaterra le habían detenido como emigrado y estaba en la cárcel de Amiens, falto de todo, excepto de agua y pan. La señorita Contat le envió al momento cincuenta luises en oro, lo cual (dada la depreciación de los asignados) era una cantidad importante. Dos meses después, un amigo de la señorita Contat la dijo:

—El Sr.... está libre; acabo de encontrarle.

—Es imposible.

—¿Cómo imposible?

—No está en París, le digo á V.

—Pero, señora, si acabo de hablar con él.

—Pura visión.

—Hasta me ha dicho que se hallaba aquí desde hace más de quince días.

—Nunca lo creeré.

A la postre, no comprendiendo nada de aquella tenaz incredulidad y no pudiendo conseguir de la señorita Contat su explicación, el amigo fué á pedírsela al mismo Sr.... Este le respondió que, sin duda, ella le guardaba tirria por no haber ido aún á visitarla; pero, en vez de reparar esta torpeza, sacó de su caja una talega con mil doscientos francos, escribió en la etiqueta «*Para la señorita Contat*» é hizo que se la llevase un criado.

Ofendida con este envío, que ni aun siquiera iba acompañado de una esquila ni de una tarjeta de visita, la señorita Contat escribió en el reverso de la etiqueta: «*Para los presos de Amiens*», y devolvió la talega por medio del portador.

Pocos años después de retirarse de la escena, la señora de Parny fué atacada por la misma enfermedad que me dejó sin madre; aquella conformidad en las facciones, en la voz y en la agonía me ha llamado tanto la atención, que desde entonces nunca he visto morir á alguien sin temblar por la persona que se le parezca; y esta triste observación, ó más bien este presentimiento, nunca se ha desmentido.

El doctor Corvisart era el único que merecía confianza á la señora de Parny, pero estaba gotoso y ya

no visitaba más que al emperador. La señora de Parny, después de haberle consultado varias veces, volvió un día en busca de la nota acerca del régimen que debía seguir. Corvisart había deseado entenderse con el doctor Hallé sobre los remedios que debieran intentarse, ya que no para salvarla, á lo menos para prolongar la vida de la enferma.

Aún estaba Corvisart en la cama cuando llegó la señora de Parny. Hiciéronla pasar al gabinete del doctor, y tomó asiento junto á la mesa donde éste acostumbraba á escribir; en dicha mesa había una carta empezada, y en ella veíase escrito varias veces en la página el nombre de la señora de Parny. No puede resistir el deseo de saber lo que Corvisart dice acerca de su es-

tado al señor Hallé; y sus ojos se fijan en un párrafo que la condena á morir dentro de cuatro meses, y detalla los medios de suavizar los atroces sufrimientos de un cáncer imposible de curar por el estado de la sangre de la enferma.

En el momento en que aquella lectura acababa de cubrir con una palidez mortal la fisonomía de la señora de Parny, entró Corvisart; su mirada de águila trató enseguida de saber si la enferma había leído su sentencia. Pero la hechicera sonrisa de la señora de Parny, su ánimo de librar á su amigo del dolor de haberla entregado á todos los horrores de una muerte próxima, engañaron el miedo del doctor; no sospechó éste que la generosidad pudiese dar tanta fuerza. Pretextando lo necesario de que tuviera

calientes los pies, obligó á la enferma á que se aproximara á la chimenea y arrojó al descuido su pañuelo sobre la comenzada carta. La señora de Parny contempló con húmedos ojos esos cuidados inútiles. Luego, llevándose la receta de una poción calmante que, según él dijo, había de proporcionarla una *buena noche*, dejó al doctor satisfecho de las engañosas esperanzas que había prodigado.

Aquella misma noche estaba su salón lleno de gente, y se notó que nunca había hablado con mayor encanto y con más libertad de espíritu. Nunca había parecido gozar hasta tal punto con las agudas jocosidades de sus amigos. ¡Ay! Hubiesen podido adivinar el horrible secreto que devoraba su alma, al verla esa noche dirigir á sus hijos

una mirada compasiva y besar al más joven con mayor frecuencia que de costumbre.

Tres meses después, aquel mismo salón estaba lleno de personas de las más distinguidas; pero el duelo había reemplazado á la alegría, y esas personas de sociedad de tan buena conversación, esos grandes artistas, esos oficiales cubiertos ya de gloria, esos autores ilustres no formaban sino un cortejo fúnebre. Era el último deber, el último homenaje que iban á tributar al corazón, al ingenio, al talento de la célebre actriz.

EL SALÓN DEL BARÓN GÉRARD

Ay! Cerrado está ese salon, abierto desde hace cuarenta años á todas las eminencias, á todas las celebridades contemporáneas; ese modelo de hospitalidad artistica; ese asilo donde los jóvenes de talento hallaban protección, ánimos, ejemplo; donde se había refugiado la conversación, en provecho de las personas de buena sociedad que aún la apetecen; donde cada miércoles había la suerte de encontrar lo que todavía queda de

nuestras ilustraciones del Imperio y de la Restauración, junto á los jóvenes sectarios de nuestras escuelas modernas.

Era una cosa notable el ver presidida, digámoslo así, la reunión de nuestros talentos nacientes por los vivos retratos de nuestros grandes talentos muertos. En ese salón, *David*, pintado por él mismo, ocupaba el lugar del maestro en casa del discípulo. Ese retrato, dado por el autor á Gérard, fué el primer homenaje rendido á su juvenil gloria. El jefe de nuestra escuela francesa, después de crear y dirigir el talento de Gérard, sabía ya hasta qué punto ascendería y le saludaba de antemano.

Ducis, esa transición indispensable entre lo sublime griego de nuestro teatro francés y las viriles be-

llezas de Shakespeare; Ducis, á quien se le vituperaron las concesiones y hasta alteraciones sin las cuales no hubiera podido trasplantar á nuestra escena *Hamlet* y *Otello*, esos dos papeles que han creado á nuestro mayor trágico; Ducis parecía animar con su benévola mirada y su noble sonrisa los pasos de sus felices imitadores en la carrera que fué el primero en abrirles.

Talma recordaba allí á todos cuantos buscan lo dramático en las obras aquella profunda observación, aquella sublime melancolía, sin las cuales nunca se logran escalar las altas cimas del arte.

Canova demostraba allí á nuestros jóvenes estatuarios la posibilidad de conseguir la pureza y la gracia de los antiguos.

Madame Pasta parecía estar tam-

bién allí para aplaudir los acentos de esta hermosa Julia Grisi que nos indemniza de su ausencia, y nos consolaría de nuestra mayor pérdida musical si la voz, el talento y la belleza bastasen para reemplazar ese fuego, ese genio del alma, que electrizaban á los admiradores de Desdémona Malibrán, al mismo tiempo que consumían la existencia de ella.

La *señorita Mars*, pintada también por Gérard en todo el esplendor de su belleza, gozaba allí de un doble triunfo: el de ser siempre admirada por los antiguos amigos de la casa, y el de que la encontrasen muy parecida los jóvenes recién admitidos.

El *barón de Humboldt* mostrábase allí como una prueba de nuestra estimación para la ciencia y de nues-

tra urbanidad con el extranjero talentado.

El *Emperador*, representado en la edad de su gloria y antes de la de su poderío, reinaba en ese salón, rodeado por todas las inteligencias á quienes había protegido, por todos los talentos que había inspirado. Por eso veían en él su ídolo poetas, sabios, estatuarios, pintores, artistas, todos ellos, hasta el soldado veterano.

A falta de sus retratos, veíase en ese salón una obra de casi todos nuestros grandes maestros del día. Horacio Vernet, Gudin, Shnetz, Géricault, Robert, Picot, Vandaël, Bidault, etc., habían depositado allí la ofrenda que los verdaderos talentos del siglo presente se han apresurado siempre á tributar á los del siglo pasado; porque la con-

ciencia de su propio mérito les libra de esa miserable ingratitud que insulta al genio moribundo ó muerto, para disimular lo que deben á sus lecciones, ó su impotencia para igualarlos.

La superioridad en un arte jamás había conducido á una posición más honrosa en lo que se llama la buena sociedad; porque si en todos tiempos han sido buscados por ella los artistas célebres, se contentaba con atraérselos, pero sin pensar en ser el ornato de los salones de aquéllos. Gérard es uno de los primeros en cuya casa han querido que se les admitiese los grandes personajes de todos los países, las ilustraciones de todos los géneros.

Al principio, el deseo y la necesidad de admirar sus obras maestras inducían á solicitar la entrada

en su estudio; pero cuando sus ocupaciones le permitían hacer los honores de éste, bien pronto su conversación distraía del placer de contemplar sus obras; parecía que su ingenio estuviera envidioso de su talento y le disputara los sufragios. Después de haber ido á visitar al gran pintor, queríase conocer al hombre de amena conversación y tener trato con la persona simpática.

Todo anunciaba en él una delicadeza de gusto y una oportunidad de orgullo que recordaban igualmente el mérito del simple particular y la nobleza del *príncipe de las artes*, nombre que sus enemigos le han dado sin presumir que la posteridad le conservaría este hermoso título.

Todo su lujo era para su taller,

al cual había consagrado la mitad de su casa; érase allí anunciado, recibido é invitado á sentarse lo mismo que en un salón elegante. El artista parecía querer que todo se armonizase allí, lo noble de los asuntos y lo de los personajes pintados por él, con la austera riqueza del sitio donde los congregaba. La idea de unir á los prestigios del arte el de lo grandioso, sólo podía caber en la imaginación de un hombre convencido de la dignidad del talento.

Aún recuerdo el efecto que el aspecto de ese magnífico estudio produjo en el príncipe Pückler, cuando le llevé á él hace dos años. Ocupaba entonces el sitio de honor el cuadro de la *Batalla de Austerlitz*. Veíanse á un lado *Dafnis y Cloe* y al otro la *Peste de Marsella*, que

acababa de concluir Gérard. ¡Tres composiciones tan diferentes entre sí y de un efecto tan pasmoso!

Cerca de esos grandes cuadros, el retrato del mariscal Soult parecía estar mandando un ejército; no hay soldado que al pasar por delante de su retrato no se hubiera llevado la mano al chacó.

Mientras el ingenioso extranjero se extasiaba con ese parecido y felicitaba á Gérard por su reputación europea, miraba yo á mi querido poeta M. de Lamartine; veíale sonreírme; sus ojos se animaban como si me fuese á confiar uno de sus pensamientos, que le llegan ya rimados desde el cielo. Estaba allí sentado, como ante el hogar de mi chimenea cuando viene á hablar de sus pesares con una madre que los comprende todos. Eran su misma

actitud sencilla, sus nobles facciones, su gracia afectuosa; estaba yo bajo el encanto de su presencia; con la vista fija en ese magnífico retrato, admiraba aquella representación viva del genio de la poesía por el genio de la pintura, y enorgullecíame para mis adentros de ser amiga del pintor y del modelo.

El estudio donde por vez primera vi á Gérard, poco tiempo después del Terror, distaba mucho de la magnificencia del de ahora. El gobierno de entonces, en recompensa del prodigioso triunfo obtenido con el *Belisario* por Gérard, le había dado un cuchitril, más bien que una habitación, en los desvanes del Louvre. Era preciso subir tan arriba, atravesar por tantos cobertizos oscuros antes de llegar á él, que nos perdimos en un corredor donde se encon-

traban varias puertecitas enteramente iguales. El criado de la señora Cabarrús (1), con la cual iba yo, llamó en la primera; salió un viejecito con bata corta y una paleta en la mano, verdadera copia de *Dugazón* en el papel de *M. Fugère*. Nos indicó la puerta de Gérard, y entramos sin transición alguna, desde esos desvanes donde se guardan los trastos viejos del palacio de los reyes, en una salita amueblada y vestida á la antigua, donde los ojos clavábanse al punto en el hechicero cuadro del *Amor y Psiquis* y en varios retratos de mujeres, cuyas regulares facciones y vestiduras griegas (dejando á un lado la insipidez de lo clásico) acrecentaban la ilusión de tal manera,

(1) Después la señora princesa de Chîmay.

que podría imaginarse estar en el taller de Apeles.

Una mujer joven y chiquita, con grandes ojazos negros y una dentadura deslumbradora, se presentó á decirnos que Gérard no había vuelto aún de la Malmaison, donde el primer cónsul le concedía la sesión última para hacer el retrato que había de presentarse en la próxima Exposición anual. La señora Gérard nos invitó á esperar á su marido; pues era ella, cuya cordial urbanidad comenzaba ya á hacerse notar, antes de que la apreciaran todos los asiduos concurrentes á su salón.

Nos dejó para reunirse con las personas á quienes había dejado en su gabinete. Y al volverme para saludarla, vi junto á una ventana una mujer joven copiando una cabeza de estudio.

Por lo sencillo de su vestido de muselina y su sombrerito de paja, por su aspecto á la inglesa, la tomé por una modesta discípula de Gérard, y me aproximé á ella con animo de felicitarla por la perfección de su copia; pero, después de mirarla con atención, un «no sé qué» me advirtió que era una mujer de la sociedad más elegante, y que mis elogios podrían parecerla indiscretos.

Sin embargo, á pesar de todo lo interesante de ver que había en aquel pequeño estudio, no podía apartar los ojos de aquel rostro hechicero; se lo hice notar á la señora de Cabarrús; ésta conoció en seguida á la hija del M. de L. B***, casada con el conde de N***, más adelante duque de M***. Aquella encantadora persona trataba de con-

solarse, con el estudio de las artes, de la horrible muerte de su padre, á quien su merecida fama de ser el más rico, arrojado y generoso hombre de negocios de Francia, tenía que conducirle por necesidad al cadalso bajo el reinado de Robespierre.

Si hubiera yo nacido envidiosa, la señora de N*** me hubiese hecho morir de pena el oír elogiar de continuo su superioridad en todas las cosas que intentaba yo. Varios de sus amigos lo eran míos también; pero, á pesar de su indulgencia para conmigo, nunca dejaban de decirme: « ¡Ah, quien merece oirse, cuando habla ó cuando ejecuta música, es la señora de N***! ¡ Hay que ver bailar ó montar á caballo á la señora de N***! ¡ Son tan superiores á los de todos los aficionados sus

cuadros y sus obras!» En fin, los pocos talentos diseminados que se encontraban en la buena sociedad no les servían áellos sino para exaltar aún más los que ella reunía en su persona.

El motivo de nuestra visita era el retrato en pie de la señora Bonaparte: quería ésta saber nuestra opinión acerca del parecido, y admiramos en silencio el arte con que Gérard la había rejuvenecido sin perjuicio de la semejanza; género de adulación que, si es grato á todas las mujeres, tenía más valor aún á los ojos de la futura emperatriz, pues iba un trono en que representara ó no su edad.

Junto á ese gran lienzo veíase el retrato de la señora Regnault de Saint-Jean-d'Angely, una de las primeras obras en que Gérard de-

mostró su talento en manifestar la nobleza de las facciones y el candor de su rostro joven y bello. El retrato de la hermosa duquesa de Aiguillón no probaba menos la habilidad del pintor en fijar la altiva expresión de una belleza seria que recordaba la de la antigua Juno.

Al ver el cuadro de la *Familia de Augusto*, recuerdo haber oído cuando estuvo en la Exposición anual: «¿Cómo es posible que un pintor algo instruído no haya vestido á la romana á ese mocito?—Quizá consista, señora—respondió un caballero que allí estaba—en que ese mocito es el hijo del joyero de Luis XVI.»—En efecto, engañada por las vendas rojas del tocado de la señora Augusto, por su túnica plegada á la romana, por la luz del cuadro, y aún más por el catálogo,

donde había leído la *Familia de Augusto*, la buena señora creía ver al ilustre amigo de Cinna en su interior doméstico.

Gérard nos sorprendió en medio de nuestro entusiasmo por sus cuadros; tuvo la delicadeza de aparentar que le halagaba, y, con este motivo, dió pruebas de una modestia que me pareció excesiva y poco sincera por consiguiente; defecto que, en vista de su escasez, pudiera pasar por una virtud. Después se lo he echado en cara.

—«Bien se ve—me contestó—que no lee V. las críticas con que me abruma. Tras de tales fallos, tan burlones ó tan injuriosos, ¿cómo puede uno creerse con talento?»

Estas palabras, dichas con todo el desaliento que inspira la injusticia, han producido con frecuencia

en mi ánimo tristes reflexiones. « ¡Cómo! — dije para mí; — cuarenta años de trabajos y de triunfos, nada pueden contra ese vértigo de insultar al genio, y, lo que es peor, nada pueden contra el dolor de verse calumniado así! Pues por más que se desprecie la mano que hiere, no por eso sangra menos la herida; y además, el verdadero talento tiene una propensión tan natural á despreciarse, que la lisonja es para él mucho menos peligrosa que la malevolencia. Gérard sacrificó el honor de ver admirar el retrato de Lamartine por el público imparcial ante el temor de que nuestro gran poeta compartiese con él los efectos de esa malquerencia, y con el deseo de evitar los ultrajes dispuestos á descargar contra los artistas que tuvieron la desgracia

de conseguir triunfos durante el Imperio. Lo mismo ha sucedido con el de M. de Humboldt y con el cuadro de la *Peste de Marsella*, una de las más hermosas composiciones del autor.

La ciudad de Marsella había encargado ese lienzo, señalándole un precio digno del pincel de Gérard; pero éste la ha rogado que lo acepte como ofrenda, en prueba del placer que tuvo al desembarcar en esa gran ciudad cuando regresó de Roma por vez primera, rico tan sólo de juventud, genio y esperanza.

A trueco de ese noble recuerdo, de ese presente que sólo pueden hacer un rey ó un gran artista, veíase encima de la chimenea del salón de Gérard un magnífico vaso de plata cincelado según el estilo de *Benvenuto*, donde están grabadas

la fecha del homenaje ofrecido por Gérard y la expresión de la gratitud de los marseleses.

Hay más de un rasgo de este género en honor de Gérard; y aquella modestia, cuya sinceridad ponía yo en duda, quedó probada de sobra por su negativa á aceptar las mercedes de que Carlos X quiso colmarle cuando volvió á ver la *Entrada de Enrique IV en París*. Habiendo sabido por el conde de F*** que el rey se proponía conferirle un nuevo título y el gran cordón de la Legión de Honor, Gérard hizo suplicar á S. M. que suspendiese estas altas recompensas, diciendo que no las había merecido, y que le bastaba con el honor de haber inspirado lo que dijo Luis XVIII en la sesión regia del Museo, el 2 de Agosto de 1817.

—Siento mucho no ver aquí á Gérard; le hubiera hecho saber, en presencia de Enrique IV, que le he nombrado mi primer pintor de cámara (1).

Ese cargo eminente érale debido al autor de tan gran número de obras que son otras tantas riquezas nacionales. Cuando se recapacitan los inmensos trabajos de Gérard, no causa extrañeza haberle visto tan pronto y en tan breves instantes morir de una enfermedad nerviosa. De todas las artes, la pintura es la que más desgasta la vida. Y Gérard ha hecho: *Belisario*, *Homero* (2), *Psiquis*, *Las tres edades*,

(1) *Monitor* del 3 de Agosto de 1817.

(2) Este cuadro ya no existe. Gérard lo había compuesto durante al sitio de París; y en la desesperación que este suceso le producía, persuadido de que no pudo hacer nada

La batalla de Austerlitz, La entrada de Enrique IV en París, Corina, Felipe V, Dafnis y Cloe, Santa Teresa, La consagración de Carlos X, Las cuatro Famas señalando la tumba de Napoleón, La peste de Marsella, Las pechinas de Santa Genoveva, La patria en peligro (gran cuadro encargado por el gobierno), *Aquiles recogiendo sus armas.*

Este cuadro, el hijo predilecto del pintor, es quizá su obra más hermosa. Nada hay comparable con la expresión de la cabeza de Aquiles, ese despertar del héroe para la ven-

bueno, le dió la idea de destruirlo. «No, dijo un día, esto no es digno del magnífico nombre de Homero.» Y desgarró el lienzo. El grabado que de él hizo M. Massard queda aún como testimonio de la injusta severidad del pintor consigo mismo, y de su fanático respeto al sublime Homero.

ganza, ese movimiento dictado por la ira de Aquiles prometiendo la sangre de Héctor á los manes de Patroclo. Llena ya de terror y desesperación á los troyanos. Ese cuadro, cuya acción principal y sus figuras importantes están hechas, puede ser concluido sin inconveniente por una mano menos hábil.

Hay que añadir á esta lista más de cien retratos de cuerpo entero y doscientos cincuenta bustos. Sería demasiado largo reseñar entre ellos los retratos que se recomiendan por la perfecta ejecución del artista y la celebridad del modelo. Al verlos, diríase que los hombres de esta época no se creían ilustres, ni hermosas las mujeres, sino cuando el pincel de Gérard les había asegurado la inmortalidad.

El retrato del Emperador en su

gabinete de las Tullerías y los de toda la familia imperial quedarán como páginas vivas de nuestra historia, y los retratos de Mad. Visconti, la princesa de Chimay, madama Récamier, la duquesa de Vicence y tantas otras mujeres admirables, quedarán igualmente como testimonio de que esos tiempos de nuestra gloria fueron también la época en que más hermosas mujeres se vieron en Francia.

Cuanta menos gloria personal se tiene, más trata uno de agarrarse á la de sus amigos. Por eso no puedo prescindir de relatar la pequeña participación que tuve en el cuadro de *Corina*. Un mes antes del Congreso, encontrábame en Aquisgrán con Mad. R***, quien había acudido allí para tomar las aguas. En esa ciudad, lo mismo que en el

destierro, que en Roma, en París y en todas partes, su salón era el punto de cita de todos los personajes de nota ó personas simpáticas. El príncipe Augusto de Prusia, á quien á menudo encontré allí, me habló un día acerca del deseo de satisfacer el antojo de su amiga la baronesa de Staël, haciendo que un gran maestro pintase su *Corina* en uno de los momentos en que se entrega á su inspiración poética. El príncipe deseó encargar á David ese capricho, que la muerte de Mad. de Staël no le había permitido realizar, esa obra doblemente importante por el asunto y por el precio que quería ponerla. Todo el mundo aprobó aquella idea, que el talento de David justificaba cumplidamente y cuya posición de desterrado la hacía ser una idea ge-

nerosa; pero, lo confieso, afligiéndose mi celosa amistad de ver arrebatada esa palma de las manos de Gérard, hice valer en vano la voluntad póstuma de Mad. de Staël, su admiración y su afecto á Gérard, que sin duda la hubieran inducido á elegirle para pintar su más noble pensamiento, para ofrecer la dolorosa imagen de una mujer de genio, hermosa y amante, sacrificada sin piedad á las preocupaciones del mundo.

M. G*** fué el encargado de escribir á David. Y ¡quién lo creyera! Ese gran pintor, á quien una obra maestra más podría hacerle regresar á la patria, lejos de aprovechar esta ocasión, entró en regateos acerca de la considerable suma ofrecida por el príncipe; y lo hizo de un modo tan poco digno del

artista, del asunto de ese cuadro, y del sentimiento que impelía á encargárselo, que Mad. R***, cuya bondad había temido al pronto oponerse á los intereses de un desterrado, se unió á mí para decir que Gérard no hubiera escrito nunca nada semejante. Decidióse en seguida que él hiciese la *Corina*. Sabido es el talento con que realizó el deseo del poeta y la intención del príncipe. La ofrenda de ese hermoso cuadro hecha á Mad. ***, lo hace doblemente precioso; como una obra maestra y como un homenaje debido á la amistad de la mujer más bonita y simpática por la más talentosa de su siglo.

Pero por más que he querido distraerme de mis tristes recuerdos, hablando de los tesoros pictóricos que Gérard nos lega, tengo preci-

sión de ocuparme de la última visita que le hice en ese salón donde he pasado tantas veladas encantadoras; donde han resonado las más hermosas voces, desde Viganoni, Garat, Crescentini, las señoras Valbone, Barilli y la bella Grassini, hasta Tamburini, Lablache, Rubini, la Pasta, la Malibrán, la Judith y la Julia Grisi, y cuyos directores de orquesta eran los célebres Paër y Rossini; donde Meyerbeer acudía á recibir los lauros debidos á sus últimos triunfos, sin exigir que le inmolasen los del primero de los compositores modernos; salón á cuyo dueño he visto con frecuencia abandonar á los grandes señores y á los grandes talentos con quienes hablaba, para ir á estrechar la mano del joven artista aún cubierto del polvo del taller, y que iba con la

esperanza de conseguir del conde de Torbin ó de M. de Cailleux un riconeito del Museo para exponer allí el primogénito de su paleta; salón donde los antiguos contertulios jugaban á los naipes riéndose, y suspendiendo á escape la partida al menor preludio que dejaba oír el piano, espiando los dulces acentos que prometía y seguros de antemano de ser arrobados por ellos, pues no era de temer ni la posibilidad de un talento vulgar; salón donde el conde de Torbin hablaba con el ingenio y el buen gusto de un hombre de buena sociedad, con el interés de un viajero y el buen humor de un artista, con los discípulos de Guérin, Ingres, Schnetz, Isabey, Hersant, Granet, Steuben y Champmartin, lo mismo que con sus maestros; donde Ducis hablaba en otros

tiempos con Lemercier, Guérin con Desnoyers, como M. de Humboldt hablaba allí con el ingenioso doctor Koreff, M. Merimée con el autor de *Rojo y Megro*, la señorita Godfroy con la señora de Mirbel, Mad. de Bauer con Mad. Ancelot, y M. de Balzac con todo el mundo, pues cada uno quería gozar de su ingenio tan animado, de sus relatos fantásticos y de su jocosidad chispeante.

Es de notar que en ese salón, abierto desde tan largo tiempo á todas las opiniones y á todas las rivalidades, la discusión jamás degeneró en disputa; y, sin embargo, reinaba allí una gran libertad de pareceres y de conversaciones, porque un interés nuevo cautivaba siempre la atención general.

Ya era un grabado que acababa

de aparecer ó el dibujo copia del último mosaico desenterrado en Pompeya; ya era la muestra de un procedimiento hasta entonces desconocido para imitar el relieve de las medallas ó perfeccionar la litografía; ó bien era la llegada de Champollión que nos refería cosas del Egipto; era M. de Ponqueville, haciendo estremecerse el salón relatando sus conversaciones familiares con el bajá de Janina; era el amigo de Jacquemont, enterneciéndonos con la descripción del séquito, medio inglés, medio indio, de nuestro interesante viajero. Además, era M. de La Ville, quien regresaba sencillamente de la Comedia Francesa y nos analizaba la obra que acababa de estrenarse allí, con toda la agudeza del hombre que sabe escribir comedias mejor que nadie;

en fin, en aquel salón el pensamiento nunca estaba en vaguedades, ni ocioso el espíritu; y la costumbre de ocuparse de las cosas daba allí suma tolerancia para con los defectos de las personas. Cuando hay alguna cosa de qué hablar, se murmura poco.

Entraba yo en aquel salón hace quince días; era la primera vez que volvía después de la enfermedad que hace algunos meses estuvo á pique de hacerme morir, y durante la cual me dió Gérard tantas pruebas de interés. Aún le oigo *darme las gracias por no haber muerto*; son sus propias expresiones. Me habló de sus proyectos para esta primavera, del gusto que tendría en mostrarme las pechinas de Santa Genoveva, que había tenido la *buena suerte* de concluir. En efec-

to, cuando estuvo enfermo el año último, atormentábale tanto el temor de no vivir lo necesario para realizar por sí sólo esa gran obra, que había conjurado á sus amigos que destruyesen lo que ya tenía hecho de ella, prefiriendo ver morir consigo su pensamiento, á suponerse embellecido ó estropeado por otra mano que no fuese la suya.

Hablamos también del regreso de M. Mimault, de las preciosas antiqüedades que traía del Egipto; Gérard me demostró una viva impaciencia por verlas y conocer al hombre que tan bien había sabido valerse, en pro de las ciencias y las artes, de la amistad del bajá de Egipto. Me encargué de la invitación de Gérard para M. Mimault, quien también me había hablado del placer que tendría en ir á casa del

sabio artista. Eligióse como día para hacerlo el miércoles próximo... Y allí estaba la muerte, riéndose de este proyecto y aprestándose á herir á uno y otro.

Y, sin embargo, tranquilizábame acerca de la salud de Gérard la señorita Godefroy, esa preciosa amiga que ha consagrado su existencia á dar gracias á Gérard por el magnífico talento que le debe; me había dicho ésta que trabaja él en su gran cuadro; y, como el arte era su vida, puesto que podía dedicarse á él, yo no le creía ya de peligro. Por eso le contesté con la sonrisa de la incredulidad cuando, á propósito de su deseo de ver á M. Schnetz en la Academia, me dijo:

—Puesto que mi voto le es inútil, le repetiré lo que Gros decía á Abel Pujol: «Todo lo que puedo hacer

ahora por V., amigo mío, es cederle á V. mi puesto.»

Son las últimas palabras que le oí. ¡Y aún estaba yo ayer allí, en el mismo sitio donde me las dijo, en ese salón donde todo le lleva luto!... Conducida por Mad. Gérard, cuyo único consuelo es hablar de aquel á quien llora, he vuelto á visitar ese magnífico estudio, donde todo parece aguardarle aún, donde pintaba cuatro días antes de su muerte. Allá está todavía el andamio al cual subía para acabar el cielo de su cuadro; he aquí su caja de colores, sus pinceles, todo está dispuesto á recibirle; he aquí la tiza que le ha servido para bosquejar el hermoso lebrél en un ángulo de ese lienzo cubierto ya de personajes, cuyas dramáticas expresiones recuerdan los grandes frescos italianos; diríase que, fati-

gado el pintor de trazar tantas figuras imaginadas ó desconocidas, se reservó como un alivio el placer de introducir en esta obra inmensa el retrato de un amigo.

Cerca de ese gran cuadro hay un Cristo de mirar divino, recién concluido y destinado á M. de Genonde.

Luego un magnífico retrato del general Hoche.

Una copia reducida al tamaño de un cuadro de caballete, de la gran escena de la *Consagración de Carlos X.*

Y un retrato asombroso de la duquesa de R***, cuyo traje quería rehacer Gérard, prefiriendo á pesados paños la transparencia de los encajes, el brillo y ligereza de las cintas, que ocultarían menos el hermoso talle de Mad. de R*** y harían de este retrato un tipo de las modas de nuestra época.

Algunos días bastaron á la señorita Godefroy para acabar los accesorios de esas diferentes obras. Pero aún se espera más de ella: excepto el busto que acaba de terminar M. David, y por el cual daba su postrera sesión Gérard hace dos semanas, no existe ningún buen retrato de este hombre tan justamente célebre; porque no podemos contentarnos con el que le hizo Laurence y que no tiene el más remoto parecido. Nadie más que la señorita Godefroy puede hallar en su corazón y en su talento los medios de expresar fielmente las facciones del amigo y el genio del pintor. Es un presente que ella debe á Francia.

Era un miércoles, ese día de la semana en que desde tantos años atrás nos reuníamos en casa de Gérard. Su mujer, abrumada por el

golpe que la hería, sin darse aún cuenta de una tan rápida desgracia, no había pensado en participársela á nadie; y de todas partes acudían para divertirse, como de costumbre, en ese agradable salón, para ver una vez más esos encantadores cuadros que lo adornaban, y para oír hablar al artista, ¡al hombre de ingenio cuya voz acababa de extinguirse para siempre!

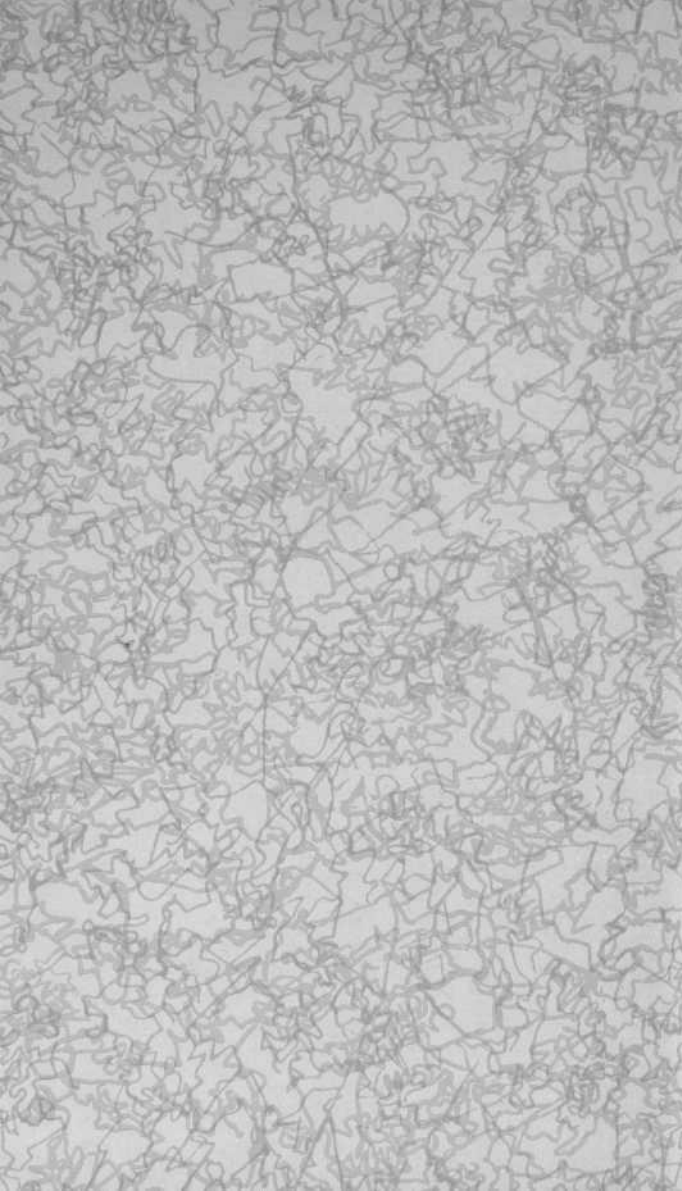
Espectáculo desolador, honrosísima oración fúnebre, esos gritos de sorpresa y de dolor que respondían al viejo criado, cuyos ojos llenos de lágrimas y sus sollozos eran lo único revelador de la tremenda noticia que no tenía valor para decir con palabras; y esos amigos, sin alentar casi, sin poder sostenerse apenas, obligados á sentarse en el quicio de las puertas, esas mujeres

engalanadas, que lloraban dentro del coche, olvidándose de dar órdenes para alejarse de aquella casa de duelo; y la palidez del joven artista á quien la muerte le arrebató de un solo golpe, maestro, protector, amigo y su única fiesta de la semana (porque ese miércoles, en que siempre había la certidumbre de un goce, lo esperaba él como un día de fiesta); por último, el aspecto de toda esa tertulia rechazada del salón por la muerte y transplantada en la calle, haciéndola resonar con el rumor de sus gemidos y de su llanto, probaba mejor que pudiéramos decirlo la extensión de la pérdida que acababan de sufrir la sociedad, el arte y Francia.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El salón de la emperatriz Josefina.....	5
Un salón en el mes de Diciembre.....	137
La fatuidad moderna.....	163
El salón de la condesa Merlin.....	181
El salón de la señorita Contat.....	213
El salón del barón Gérard.....	297

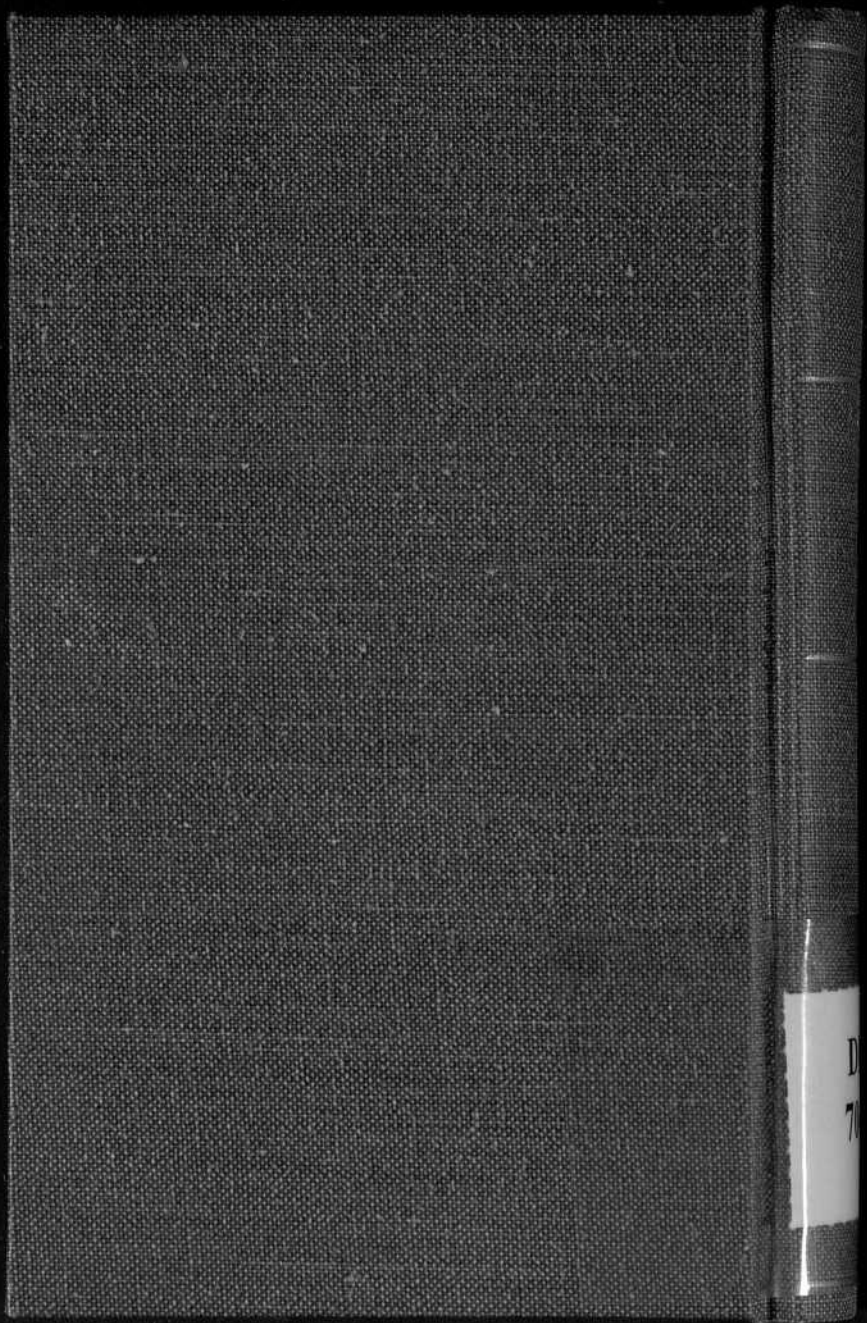


B.P. de Soria



61180651

DR 7043



SIRHAN - GAY

1958

S. JONES

DELEGATES

DR

7043